



# **VIDAS AJENAS**

Carlos Virgilio Zurita

## Carlos Virgilio Zurita

Sociólogo y escritor. Profesor emérito de la Universidad Nacional de Santiago del Estero (UNSE). Editor de la revista *Trabajo y Sociedad*, director de la Maestría en Ciencias Sociales de la UNSE. Fue el primer decano de la Facultad de Humanidades de la UNSE. Además de libros y artículos académicos sobre temas de sociología del trabajo y sociología de la escritura, ha publicado volúmenes con sus producciones literarias, como *Efectos personales* (2005) y *Pretérito imperfecto* (2018). Con EDUNSE ha publicado *El sociólogo como escritor* (2015) y *Un fantasma recorre el mundo* (2021). Ha recibido, entre otras distinciones, el premio Poesía 2023 de la Academia Argentina de Letras por su obra *A falta de otra cosa* (2021).

**Vidas ajenas**

Literaturas

**Rector**

Ing. Héctor Rubén Paz

**Vicerrectora**

Lic. Hilda Marcela Juárez

**Subsecretaria de Comunicaciones**

Lic. María Gabriela Moyano

**Coordinador Editorial**

Dr. Lucas Daniel Cosci

Carlos Virgilio Zurita

## **Vidas ajenas**



---

Zurita, Carlos Virgilio  
Vidas ajenas / Carlos Virgilio Zurita. - 1a ed. - Santiago del Estero : EDUNSE, 2025.  
191 p. ; 21 x 13 cm. - (Literaturas)

ISBN 978-987-4456-54-0

1. Cuentos Clásicos. I. Título.  
CDD A860

---



Diseño de tapa y maquetación: Noelia Achával Montenegro  
Fotografía de tapa: Joaquín Vega  
Edición: Lucas Daniel Cosci - Ignacio Ratier

© Carlos Virgilio Zurita, 2025  
© **EDUNSE**, 2025  
Av. Belgrano (S) 1912 - G4200ABT  
Santiago del Estero, Argentina  
email: [infoedunse@gmail.com](mailto:infoedunse@gmail.com)  
[www.edunse.unse.edu.ar](http://www.edunse.unse.edu.ar)

Las opiniones expresadas en los libros publicados por **EDUNSE** no necesariamente reflejan los puntos de vista de la Subsecretaría de Comunicaciones ni del Comité Académico u otras autoridades de la Universidad Nacional de Santiago del Estero.

Cualquier tipo de reproducción total o parcial de este libro, no autorizada por los editores, viola derechos reservados.

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

*A Anita, compañera de viaje*

*A Olin, mi nieto creciendo en Illinois*

*A nuestro gato Teo, el pájaro de la casa*





## EL POETA Y LOS DETECTIVES

En su poema "Permanencias" Carlos Virgilio Zurita escribió:

*El tiempo pasa y sigo siendo  
el mismo de siempre, aquel  
que cambia de identidad cada mañana.*

Y hay mucha verdad en este último verso. Exquisito poeta, sociólogo de renombre, primer decano de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de Santiago del Estero, Carlos Virgilio Zurita nos revela en estas páginas una novedad (al menos para mí): el amor por la literatura policial. Apasionado lector de los clásicos de la literatura de detectives, Zurita frecuenta en estas páginas tanto el género negro, donde hay más acción que investigación, y donde el mundo se revela dominado por el mal, como los cuentos de

los detectives razonadores, donde siempre hay una posibilidad de redención.

Dos de estos cuentos serán los primeros en llamar la atención de los lectores ("Dinero de otro mundo" y "El misterio de la estancia El algarrobo"). En sus páginas, Sherlock Holmes y Hércules Poirot visitan Santiago del Estero. Pero no lo hacen por mero turismo sino para resolver enigmas: un misterio económico desvela a Holmes y un asesinato exige la presencia de Poirot. Zurita convierte estas visitas ilustres en cuentos ingeniosos donde disfrutamos tanto de la peripecia intelectual como del cruce entre la mitología policial y el paisaje argentino. (Si bien Holmes acude a Santiago del Estero a raíz de un pedido de Scotland Yard, tampoco la visita de Poirot es del todo caprichosa: en *Los cuatro grandes* Agatha Christie nos cuenta que el teniente Hastings, el fiel amigo de Poirot, vivió una temporada en Argentina, como aprendiz de estanciero).

En los primeros cuentos del volumen es el mundo cultural el que sirve de marco a las historias, como en los relatos de Henry James. Hay mucho humor en "Vidas ajenas", inquietante incursión en el tema del doble. "Lectura de un prontuario" comienza con un tono leve, pero se va haciendo más íntimo, misterioso y profundo. Es terrible la idea del cuento: que la policía —o las fuerzas del Estado— saben más de nosotros que nosotros mismos. Si en el otro cuento se sugiere que dos personajes son en realidad uno, aquí ocurre al revés: Horacio se desdobra, encuentra un Horacio desconocido para él. El cuento nos recuerda que la escritura es un regreso; alguien quiere escribir una historia totalmente ajena y al final se asoma a la propia.

En los otros relatos somos testigos del amor a los gatos (y a su misterio), de ciertos itinerarios de Buenos Aires, de algún viaje al extranjero que se convierte en pesadilla. Como escribió Gilbert Keith Chesterton: "Ningún género expresa, como el policial, la poesía de la vida moderna". Con mucha habilidad Zurita vincula una situación insólita a una realidad familiar. Así, en los cuentos aparecen referencias culturales muy cercanas: en una página podemos leer el nombre de Bernardo Canal Feijóo, en otra Hércules Poirot se encuentra con Ricardo Rojas.

La novela policial y la poesía vivieron a menudo en casas vecinas. La primera novela de la colección El séptimo círculo —que fuera dirigida por Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares—, *La bestia debe morir*, fue escrita por el poeta Cecil Day-Lewis (que firmaba sus policiales como Nicholas Blake). En las páginas de Agatha Christie, irrumpen a menudo, además de rimas para niños, poetas como William Shakespeare, Alfred Tennyson o T.S. Eliot.

Hay un impulso narrativo en los poemas de Zurita (recogidos, por ejemplo, en su libro *A falta de otra cosa*) y un momento poético en sus cuentos policiales, porque a menudo la verdad (alguien resuelve un enigma, o alguien asiste de pronto a la revelación de su propio destino) aparece como suele mostrarse la poesía en los poemas: como un relámpago. Una luz que sabemos que va a llegar, pero que siempre nos resulta inesperada.

Pablo De Santis



## Vidas ajenas

Un domingo en el diario *El Imparcial* apareció un pequeño aviso en recuadro que decía: *Le escribo su currículum. Escritor profesional con estudios universitarios y con amplia experiencia en selección de personal le ayuda a hacer una presentación exitosa. Buenos resultados garantizados.* Se consignaba un teléfono y una casilla de correo.

El texto del anuncio había sido largamente meditado por su autor y era el resultado de laboriosas reescrituras que buscaban compatibilizar la eficacia propagandística con las tarifas de publicidad por línea del matutino.

La resonancia fue tan escasa que el anunciante estuvo a punto de desistir de su emprendimiento, pero lo pensó mejor y a las dos semanas decidió reiterar el aviso, pero ampliando la gama de servicios, y ofreciendo no solo la escritura de currículum, sino también de "autobiografías" y de "todo tipo de textos".

El autor de los anuncios era Junio Montenegro. Su nombre de pila, que parecía un error de imprenta, y que tantas veces tuvo que aclararlo cuando conocía a una persona o debía registrarse en un hotel, era producto de una ocurrencia, para llamarla de algún modo, de su padre. Cuando éste se enteró que su esposa estaba embarazada y que el niño nacería en julio, decidió llamarlo con el nombre del mes; pero los acontecimientos se precipitaron y el alumbramiento se produjo en el último día del mes anterior. De ahí el nombre de Junio.

Las razones que lo llevaron a poner el aviso y considerar que podía dedicarse a trabajos de redacción y escritura por encargo, de algún modo se vinculaban con ciertas circunstancias de su vida.

Cuando murió su padre, Arnaldo Montenegro, funcionario de correos y pianista aficionado, su acercamiento simbólico al mundo laboral se produjo a través de una designación como empleado meritario en tribunales. Al comenzar a estudiar en la Facultad de Abogacía buscó un empleo rentado y consiguió que lo tomaran como escribiente en un estudio jurídico. Sin abandonar este puesto, al tiempo un amigo lo llevó a trabajar por las noches en la sección policial de un periódico amarillo. Un hombre soltero con dos ocupaciones, o renuncia a una, o corre el peligro de casarse. Pasó esto último y se casó con Paulita, que había sido compañera en la universidad y con la que tuvieron una niña, Pilar, pelirroja y pecosa como su madre.

Sin que se diera cuenta, el tiempo fue pasando, con módicas armonías familiares y vegetando en ocupaciones mal pagas. Sin embargo, un cierto momento de esplendor llegó cuando un primo de su padre, el tío Melitón, que había logrado integrar una lista del Partido Radical y resultar electo, lo hizo ingresar como empleado en la Cámara de Diputados.

Su tío tenía derecho a algunas designaciones y conformó un equipo de colaboradores, integrado por el profesor Grandi, asesor, consejero y redactor de los discursos y proyectos de ley; el Guapo Mendoza —chofer y “ayuda de cámara”—; la eficiente secretaria María Inés; y Junio, dactilógrafo y para diversas

tareas. Como todo diputado, también tenía derecho a designar un ñoqui, y la canonjía fue ocupada por su hijo, Cacho, que cumplía escrupulosamente con las expectativas de rol de su cargo, no haciendo nada y tan solo apareciendo los días de pago.

Estimulado por el buen clima de trabajo y, sobre todo, por el sueldo que recibía, tres veces más de lo que ganaba antes sumando sus dos ocupaciones, Junio se convirtió en una máquina de productividad. Sus tareas al principio dependían de los requerimientos de su tío o del profesor Grandi, pero poco a poco comenzó a tomar iniciativas propias, realizando informes y aun redactando anteproyectos legislativos. Estaban contentos con su trabajo, se sentía pleno, reconocido y valorado. Y no solo eran satisfacciones espirituales; contaba con una excelente obra social y pudo obtener un crédito para comprarse un autito cero kilómetro.

Pero tanta cosa buena no iba durar eternamente. Aconteció que de pronto se produjo una de las tantas crisis institucionales, cerraron la Cámara de Diputados, y no solo quedó cesante el diputado Melitón, sino también su pequeño núcleo de colaboradores. Para Junio fue una catástrofe, se vio en la calle y sin trabajo. Procuró que lo retomaran en sus antiguas ocupaciones, también buscó otras posibilidades, pero durante varios meses no consiguió nada.

Fue a pedirle consejo al profesor Grandi, un hombre delgado y con cierto aspecto británico, aunque era de origen italiano; había llegado a la Argentina en un momento indeterminado de la década del 40, por lo que había comentarios que no se ponían de acuer-

do, acerca de si era un elemento antifascista que huyó de Mussolini o un camisa negra que se escapó ante el triunfo de los Aliados. Grandi, que había sido docente de griego y latín en colegios secundarios, le sugirió que probara con escribir monografías y trabajos similares para estudiantes.

Le pareció una buena idea. Hizo contactos, habló con gente que conocía y pegó pequeños carteles en algunos colegios. Comenzaron a llegar algunos chicos, a veces acompañados de sus madres y poco a poco comenzó a hacerse de cierta fama. Estuvo alrededor de un año en estos menesteres. Fue una buena experiencia de la que sacó dos conclusiones: que tenía ciertas condiciones para la escritura por encargo, pero que no podía pensar seriamente en vivir solo redactando monografías para estudiantes del secundario; además de ser esporádico e intermitente, resultaba ser un trabajo poco rendidor en términos de ingresos.

Por eso decidió poner los avisos en *El Imparcial*. Después del segundo, con impaciencia esperó los resultados. Pero la inquietud se fue disipando y comenzaron a llegar interesados. Algunos se acercaban a preguntar y después no daban señales de vida. Pero también llegaron varias personas que concretaron sus pedidos.

Al tiempo ya tenía una pequeña clientela. Por sus manos pasaron una decena de solicitantes de ayuda para la confección de curriculum, tres tesis bloqueadas, seis demandantes de monografías, un aspirante a novelista, una mujer que pretendía armar un



libro de recetas de cocina y, nota sorprendente, cinco personas deseosas de tener sus autobiografías.

No obstante la diversidad de reclamos y la variedad de temáticas, de los labios de Junio nunca salió un rechazo ni una negativa. Llegado el caso, si fuera necesario, podría contar con el asesoramiento de alguno de sus amigos. Al cabo de un tiempo, ya se sentía en condiciones de calcular el esfuerzo y las dificultades que implicaba cada encargo y pudo establecer las tarifas correspondientes; aunque éstas no consistían en montos fijos e inmodificables, sino, más bien, en cifras orientadoras que podrían variar según la situación socio económica y también, a veces, por la mera (o ilustrativa) cara del cliente.

Por experiencia propia y ajena, Junio consideraba que todo curriculum pertenece, esencialmente, al género de la literatura fantástica<sup>1</sup>. Para un cierto tipo de ellos, los requeridos por desempleados que postulaban a un puesto, había establecido una tarifa, que él llamaba "social", de solo 40 pesos. Pensaba cobrar por las monografías alrededor de 100 pesos y por las tesis unos 400, y a la novela no fue necesario tarificarla porque su autor desistió. Postergó un tiempo el tarifado del rubro que imaginaba como el más sustancioso: las biografías.

Los curriculums, las monografías y aun la redacción de tesis no presentaron mayores dificultades; acordaba temas y plazos de finalización, y se ponía a trabajar. Con las biografías, iba a ser distinto; tanto

---

1 En su computadora guardaba tres curriculum distintos sobre sí mismo.

por la densidad del asunto, como, sobre todo, por los ingresos que imaginaba podría captar.

Se le ocurrió que cada autobiografía debía tener una extensión mínima de ciento veinte páginas y un costo básico de mil quinientos pesos. Este estipendio fue aceptado por cuatro personas: un militar retirado, dos comerciantes y las representantes de una monja. Todas eran personas mayores, en rigor, bastante mayores. Era natural que lo fueran, nadie piensa, nadie se siente con derecho a ofrendar una biografía antes de los sesenta o setenta años.

La primera autobiografía que escribió le resultó una tarea grata y entretenida, quizás por la novedad de la práctica, pero también porque le permitió conocer (nunca a intimar, como era su norma con los clientes) a un personaje interesante. Le fue encargada por el coronel Carlos Tuxenbank, quien, con sus mostachos blancos, elevada estatura, abdomen prominente y mirada colmada de reminiscencias, hacía pensar en los ayudantes del general Roca en la Campaña del Desierto o en los oficiales británicos retirados que habían prestado servicios en la India. Sus ancestros, los de su esposa y los matrimonios de sus seis hijos lo vinculaban con familias tradicionales del norte. Ninguno de sus tres hijos varones siguió la carrera militar. Tenía dieciséis nietos: uno era militar y otro estuvo en el ERP. Un antiguo jefe, destinado como agregado militar en Inglaterra durante la Segunda Guerra, lo llevó como ayudante; allí nació un hijo y aprendió que todo oficial que pretenda hacer ascender en el escalafón siempre debe tener un cierto olor a gin. Al regresar, sus destinos lo llevaron por todo el país, y al final de

su carrera fue jefe del Distrito Militar en su provincia natal. Pasó a retiro en 1960.

Luego transcribió las evocaciones de don Umberto Mandolini. A pesar de sus noventa años y de ser un empedernido fumador de toscanos baratos preservaba la memoria intacta. Como muchos de su pueblo natal, inicialmente pensó en migrar a Norteamérica, pero le hizo cambiar de opinión la lectura en un periódico de una convocatoria de Edmundo De Amicis invitando a los italianos a radicarse en la Argentina. Recuerda cada uno de los detalles del mes de viaje en la tercera de un barco colmado de inmigrantes atravesando el Atlántico. Cuando se instaló, como era de Cremona, tierra de célebres luthiers, comenzó haciendo instrumentos musicales, pero luego advirtió que habría más porvenir en la fabricación de muebles. Puso una fábrica que prosperó, llegando a tener sesenta trabajadores en tiempos de la prosperidad del país. La fábrica ahora languidece en manos de su hijo, quien redujo el personal a la mitad.

También escribió la vida de don Matías Allub, quien llegó a los 19 años desde el Líbano siguiendo a su novia que había venido a la Argentina con sus padres. Anduvo varios años vendiendo sombreros y géneros por caminos rurales, hasta que abrió un almacén de ramos generales en una esquina de lo que entonces, hacia 1920, era un suburbio mitad rural mitad urbano. Después, no solo creció la ciudad sino también su comercio. Pero su esplendor económico comienza cuando advierte las inmensas perspectivas del negocio inmobiliario: con visión de futuro, adquirió terrenos que posteriormente se valorizarían hasta con-

vertirlo en un hombre de fortuna. Pero siente que no habrá continuidad, que su negocio terminará con él: su hija médica vive fuera del país y el hijo varón se interesa por otras cosas, es pintor y además está casado con una judía.

La congregación de las Hermanas Esclavas del Corazón de Jesús le encomendó que registrara la vida de quien había sido la Madre Superiora durante largo tiempo. Mantuvo dos entrevistas con ella, nunca a solas, siempre acompañada de otras monjas. Era una mujer bajita, sonriente, de lentes y ojos claros. El único rasgo humano que Junio entrevió en ella fue su amor por la música coral en la que tuvo cierta participación. Tenía una serenidad impenetrable. Toda su existencia —ingresó como novicia a los quince años— la había pasado tras las paredes sacrosantas de conventos y escuelas religiosas; ante la falta de acontecimientos, para llegar al número de páginas que había acordado con las monjas, Junio se las ingenió transcribiendo y glosando numerosos poemas y meditaciones místicas.

Una tarde se presenta un tipo más o menos de su edad a solicitar sus servicios.

—Quiero que escriba mi biografía —dice—. No sé qué saldrá, hay pocas cosas para contar, tengo la sensación de que en la vida nunca me ha pasado algo trascendente. Pero, bueno, de todos modos quiero tener mi biografía, sabe por qué, porque la semana pasada me enteré que pronto voy a morir, los médicos me lo dijeron.

Junio quedó impresionado, qué podía decir, ade-

más del consabido cuánto lo siento. Pero se recompuso y dijo:

—Usted quiere su biografía, la tendrá. Cree que nunca le pasó algo importante. No se preocupe, esa es una sensación que tiene mucha gente; pero es una equivocación, un error de perspectivas, en toda vida hay una historia que merece ser contada y recordada. —Eran las palabras con las que siempre estimulaba y preservaba un cliente potencial.

Pero la ocasión era distinta, por eso le ofreció un trago. Fue hasta la biblioteca, de detrás de unos libros sacó una botella de *Smuggler* y sirvió dos vasos. Tampoco él lo tomaba con hielo. Levantó el vaso, miró a su cliente, iba a decir “salud”, pero se dio cuenta a tiempo.

—Empecemos a conocernos, a trabajar, hábleme algo de su vida y, perdón, ¿cómo dijo que se llamaba?

El tipo bebió un sorbo, colocó el vaso lentamente sobre el escritorio, se acomodó el pañuelo que llevaba al cuello, cruzó las manos, e inclinándose hacia delante, dijo:

—Julio Montenegro.

El tipo vio la sorpresa en el rostro de Junio. La había previsto. Quedó en silencio unos instantes, pero luego continuó:

—Ese es, y no es, mi nombre verdadero. Desde hace treinta o cuarenta años que firmo así. En mis documentos de identidad figuro como Julio Ábalos Montenegro. Lo que sucede es que mi padre, Wilson Ábalos, se fue del hogar cuando yo tenía cinco años. Él era zoólogo, especialista en ofidios, por eso mamá solía decir que se lo llevó una víbora. Como él se borró del mapa, primero el Ábalos se transformó en una

“A” y luego lo eliminé completamente. Soy, y firmo, Julio Montenegro.

Luego le contó ciertas circunstancias de su vida, que en realidad se parecía a la de mucha gente; inclusive a la mía, pensó Junio. También era un estudiante frustrado de Abogacía y había trabajado en la Cámara de Diputados.

—Qué cosas más quiere saber— preguntó el cliente.

—Todo lo que le interese recordar y contarme, así puedo irle armando su autobiografía.

—Vamos a entendernos. No quiero una autobiografía, sino mi biografía, y que la firme usted. ¿Acaso no es usted un escritor, con perdón de la palabra, mercenario?

La brutal simpleza de la caracterización de sus actividades puso a Junio un poquito nervioso.

—Bueno, sí, es cierto. Me han pagado en ocasiones para escribir vidas de otros, pero como eran autobiografías usaba la primera persona, para una biografía tendría que usar la tercera persona, el asunto es distinto.

—Use la persona que quiera, la primera, la segunda, la tercera, y aun la cuarta, si es que existe.

El atardecer se iba pagando. El tipo recorrió la pieza con su mirada, se levantó y fue hacia una ventana desde donde seguramente entrevió los tejados de las casas y la lejana arboleda de eucaliptus. Permaneció en silencio unos instantes y luego mencionó que ya debía regresar a su casa, lo esperaban. Le dijo que quería pagar todo el trabajo por anticipado. Junio dice que no es necesario, que si quiere pague ahora la mitad y el resto al final. Pero el tipo insiste: le pago todo

para comprometernos, yo a contarle mi vida y usted a escribirla.

Acuerdan encontrarse nuevamente. Puede ser ahí mismo o en su casa. Promete seguirle contando cosas de su vida y mostrarle cuadernos y libretas con anotaciones y cartas de dos mujeres —“que no son mi esposa”—, una distante y la otra reciente.

A las tres semanas llama para anunciar una visita que no se concreta. Poco después, Junio se entera que el tipo ha muerto.

Asunto concluido. Aunque le dio pena la muerte de ese tipo que no había llegado a conocer plenamente, también sintió la grata sensación de que había recibido plata llovida del cielo, que no otra cosa era que le hubieran pagado por un trabajo que ya no tenía que realizar.

Un frío, pero soleado domingo se encuentra por casualidad en el Museo Histórico con el profesor Grandi. Se ponen a conversar y deciden proseguir la charla en un café cercano.

Hace tiempo que no se ven. Junio le cuenta en lo que andaba, escribiendo cosas por encargo. Le va bien, no puede quejarse, de eso vive, y siempre recuerda con agradecimiento que fuera él quien le diera la idea de dedicarse a esas cosas. Le menciona algunos de los trabajos que ha realizado y también le comenta lo que le pasó con Julio Montenegro.

—En un tiempo fui amigo de su padre —dice el profesor—, un hombre interesante, biólogo o zoólogo, profesor de la universidad, tuvo un lío de faldas y se fue, dicen que al Uruguay o al Brasil. Al hijo, al que

iba ser su cliente, también lo conocí, fue mi alumno en el secundario. Una bala perdida, como dicen ustedes los argentinos, recuerdo que era inteligente pero algo irresponsable. Ahora que lo pienso, advierto que era bastante parecido a usted, en lo físico, me refiero. ¿Así que le pagó por una biografía que no fue escrita? Qué cosas que tiene la vida, no es cierto. A propósito, ¿qué hizo con la plata que le anticipó? La habrá devuelto, supongo.

Junio se puso colorado, siempre le pasaba cuando se sentía pescado en una falta, era una debilidad que lo acompañaba penosamente desde la niñez. Procuró disimular la turbación encendiendo un cigarrillo.

—Por supuesto, profesor, la devolví.

Decidió sepultar en el olvido el incómodo encuentro con el profesor Grandi, pero no le resultó posible. No había cometido un fraude, ni un robo. Durante un tiempo imaginó diversas alternativas, hasta que para salir del atolladero decidió cortar el asunto por lo sano. La viuda de Julio Montenegro recibió el dinero con sorpresa y gratitud. Cuando se despedían, ella le dijo que al verlo sintió una sensación extraña porque lo encontraba parecido al esposo, "mi buen Julio que era feliz, pero no se daba cuenta".

Alguna vez, entre sus ensoñaciones, lo había pensado, pero la idea no terminó de convencerlo; era una de las tantas que le venían a la cabeza. Pero cuando Marina Farinetti, una amiga cuya opinión respetaba mucho, se lo planteó seriamente, como una reconvención, como un desafío: "No puede ser, Junio, que solo te dediques a escribir vidas de otros, vidas ajenas, tienes



que escribir tu propia biografía”, comenzó a pensar en el asunto.

Finalmente, Junio decide hacerla. Se pone un plazo, la escribirá en dos meses, aprovechando el tiempo muerto de las vacaciones de verano, serán doscientas páginas.

Dos meses, doscientas páginas. En su experiencia con las biografías que ya había escrito siempre procedía de esa manera, estimando tiempos y cantidad de líneas; las referencias que necesitaba antes de ponerse a trabajar.

Sin embargo, ahora el asunto no iba a resultarle tan sencillo, ya que comenzaron a presentarse dificultades y vacilaciones que no había tenido antes, que podían ser propias de literatos y personajes similares, pero que no era el caso de Junio. Porque, quizás resultara un tanto raro, pero él había llegado a la escritura por encargo sin tener, estrictamente, antecedentes literarios, sin pasar por cuentos, poemas u otro tipo de devaneos creativos; había arribado a la escritura como a un hecho físico, primero dactilografiando, luego haciendo informes, después notas periodísticas y finalmente satisfaciendo pedidos. Las cosas fueron así: como, era natural, Junio pensaba —no podía ser de otra manera— realizar un recuento de su vida verdadera —ése y no otro era su propósito—, su escritura discurrió inicialmente por los cauces confesionales de la primera persona; nací, viví, pensé: todas las facetas del yo se mostraban en su texto.

Pero, a las pocas páginas, al comprobar que, más que mentir, estaba, no modificando, sino corrigiendo algunos episodios, ciertas circunstancias de su vida,

sintió el imperativo ético de pasar a la tercera persona. En algún momento advirtió que ya no estaba escribiendo su biografía sino otra cosa, quizás una novela. No era el propósito original, pero sí tal vez lo que necesitaba: modificar su pasado, su pretérito imperfecto, decir a todo el mundo, decirse a sí mismo, lo que hubiera querido ser y no fue. Le quedó vibrando esa sensación y alentó la posibilidad de llamar "Lo que no fue" a su biografía, pero recordó que era el título de una obra de Noel Coward.

Cuando la concluye ya decidió firmarla, no con su nombre, obviamente, sino bajo el seudónimo de Walter Ego. Lo único sincero es su título "Una vida intrascendente". Son demasiadas páginas colmadas de verdades a medias y de lisas y llanas mentiras, porque más que las memorias de una persona real ella consiste en la laboriosa y forzada construcción de un personaje que pretende ser él mismo.

La publica en la Editorial Dunken y obtiene una mínima repercusión, aunque le conceden una de las tantas Fajas de Honor que la SADE suele repartir; unos contactos le posibilitan acceder a breves reseñas en *La Nación* y en la Revista *Nuevos Aires* que encomian su discreto título chejoviano y una cierta habilidad para presentar como atractiva una vida desde todo punto grisácea.<sup>2</sup>

---

2 El profesor Ricardo Piglia, en sus clases en la Universidad de Princeton sobre la literatura autobiográfica argentina, entre el medio centenar de títulos que menciona en el rubro de "obras prescindibles pero que integran el tejido conjuntivo de la memorialística argentina de los últimos veinte años" incluyó el libro de Junio. A éste nunca le quedó claro si tal mención, si la mera mención

La autobiografía apócrifa de Junio aún se la puede encontrar en la mesa de saldos de una librería de Buenos Aires, en la calle Corrientes al 1300. Quedaban tres ejemplares. Uno de ellos fue adquirido por el autor de estas líneas.

---

—aunque en tal rubro- debía tomarla como motivo de vanagloria o desánimo.



## Lectura de un prontuario

### I

Todo comenzó con un encuentro que ahora ya no sabe si fue casual a la salida de una conferencia. Su padre le había pedido que lo acompañara a escuchar a Julián Marías, cuya presencia constituía todo un acontecimiento en una ciudad del interior.

El padre de Horacio, el doctor Marcos Barrionuevo, era uno de los tantos fieles seguidores del connotado filósofo español; había leído alguno de sus libros y los artículos que publicaba —quizás con frecuencia excesiva, a juicio de Horacio— en el suplemento de rotograbados de *La Nación*. Don Marcos tenía más de setenta años y conservaba intacto el entusiasmo para las cosas importantes de la vida, que para él eran, sobre todo, la música clásica y la lectura. De vez en cuando, Horacio era el único de sus cinco hijos que lo acompañaba en alguna salida.

Cuando terminó la conferencia, permanecieron un rato en el foyer del teatro saludando a gente conocida y comentando las palabras del disertante. Estaban en eso cuando se acercó a su padre un antiguo alumno.

—Siempre lo tengo presente, doctor. Usted fue uno de los mejores profesores que tuve—. Lo saludó estrechándole la mano.

—Yo también te recuerdo. ¿Conoces a mi hijo?

Por supuesto que se conocían, habían sido compañeros un tiempo en la universidad, aunque Tito Quiroga se recibió de abogado y esa fue la primera carrera que abandonó Horacio. “Qué suerte haberte

encontrado, Tito, tenía ganas de charlar, te invito un café”, dijo Horacio. Don Marcos se despidió y tomó un remisse para volver a su casa.

Horacio propuso ir al Jockey Club. Un lugar silencioso y tranquilo. Sos socio, vos, preguntó Quiroga. “No, pero a veces suelo ir, me conocen”. Tito lo miró de soslayo y quizás se hizo una pregunta. Horacio era un tipo alto, rubicundo, de barba y pelo que comenzaba a encanecer y que lucía moderadamente descuidado. Tito era un tanto más bajo, moreno y se notaba fibroso, con carnes y músculos firmes.

—Tito, no te han pasado los años.

—Lo mismo te digo.

—La verdad, desde hace un tiempo quería charlar con vos.

—¿Por alguna razón en especial?

—En cierto modo, sí. Porque sé que trabajas en la policía.

—Pero eso fue hace un tiempo. Creía que sabías que ya estoy retirado. De todos modos, sigo teniendo contactos, te puedo orientar, recomendarte a alguien. ¿Tienes algún problema con la policía?

Horacio sonrió, aunque no dejó de sentir cierta incomodidad.

—No, que yo sepa no tengo por el momento ninguna cuenta pendiente con las autoridades. El asunto es más sencillo o más complicado, no sé. Sucede que desde hace un tiempo estoy tratando de escribir cuentos policiales. Escribí unos cuantos, pero estoy teniendo dificultades para encontrar historias y personajes. Por eso quería conversar con vos, para que me des una mano.

—Ah, era por eso, —sonrió Quiroga ahora distendi-do. Te aseguro que por un momento me preocupaste. No sabía que te gustaba la literatura policial. ¿Y cómo podría ayudarte?

—Contándome historias, casos que se comenten en la policía, crímenes no resueltos. Y, por qué no, mostrándome algunos legajos o prontuarios.

—¿Prontuarios? Eso es imposible.

—Pero te aseguro que manejaría el asunto con discreción, jamás te comprometería en nada.

—No, esas cosas no se hacen.

Horacio quedó pensando en el asunto, un torbellino de ideas le vino a la cabeza, un torbellino que, con algo de inconsciencia, lo llevó a doblar la apuesta.

—Está bien, no puedes mostrarme prontuarios de otra gente, ¿pero podrías conseguirme el mío?

## II

Casi como un juego en medio de una charla ocasional, sin que se lo hubiera propuesto de antemano, había aparecido la cuestión del prontuario. En el país ya se llevaban más de veinte años de gobiernos democráticos, y que Horacio quisiera conocer sus antecedentes registrados por la policía o la SIDE implicaba ahora una curiosidad casi literaria. Ahora significaba quizás solo eso. Pero en otros tiempos fue una obsesión aciaga, persistente. Durante la Dictadura militar hubiera dado un ojo de la cara para conocerlos y saber a qué atenerse. Saber si lo vendrían a buscar o podría pasar

desapercibido. Por ese entonces estuvo pensando en irse del país, pero nunca terminó de decidirse.

En rigor, las indecisiones —que él quería llamar “sus búsquedas”— fueron conformando la trayectoria arborescente de la vida de Horacio, que ya comenzó a manifestarse en el colegio secundario, cuando no terminaba de definir si quería ser poeta surrealista o militante revolucionario, participando de cenáculos y recitales poéticos en la SADE y de afiebradas sesiones de un grupo indigenista.

Cuando terminó el secundario, se inscribió en Abogacía para seguir los pasos de su padre. Luego fue a Buenos Aires a estudiar Letras, y después se pasó a Historia, estudios que tampoco concluyó. Pero se quedó a vivir en la gran ciudad. Anduvo dando vueltas, comenzando una y otra cosa. Un amigo lo llevó como aspirante a cronista en el naciente diario *Palabra Argentina* fundado por Alejandro Olmos. Horacio aún no sabía escribir con destreza a máquina, pero como era un periódico popular, desorganizado y lleno de ilusiones, nadie se dio cuenta; fue una linda experiencia pero el diario no duró más de tres meses.

Logró subsistir varios años en Buenos Aires realizando trabajos esporádicos —vendedor de enciclopedias en cuotas, promotor en la venta de terrenos y como encuestador—, consiguiendo novias que lo llevaban a comer en sus casas, con pequeños préstamos de amigos y, cuando la situación se tornaba dramática, requiriendo el auxilio de los giros de sus padres.

Al principio, vivió en pensiones con muchachos de provincias, pero donde pasó más tiempo fue en una pensión de la calle Cerrito 244, donde consiguió



una pieza, para llamarla de algún modo, individual, que en realidad era un pequeño depósito de cosas inservibles de dos metros por lado, situado en la terraza, donde entraban a duras penas la cama, la mesa, una silla y un roperito. Pero era su cuarto propio, su mundo privado, cuya posesión más preciada era un calentador a alcohol para desayunos y comidas. El principal inconveniente de la pensión era que no resultaba posible ingresar discreta, silenciosamente; se debía pasar junto a la pieza con puertas entornadas de su dueña, Doña María, que siempre tenía un ojo para la televisión y un oído alerta para los pensionistas que llegaban. Ella había sido clara, amenazante: *no se pueden traer mujeres*. Para colmo, el hall de entrada tenía un piso de parqué al que el paso del tiempo y el descuido lo habían tornado en una caja de resonancias de cualquier pisada que intentara ser furtiva; y luego, para subir a las habitaciones, la maldita escalera cuyos peldaños no parecían ser de madera, sino de quejumbres, de alaridos, de lamentos de seres vivos. Si uno pretendía llevar una chica a su pieza, de noche, obviamente, se debía comprobar que Doña María dormía; por suerte ella otorgaba un hándicap: roncaba; aunque Horacio nunca confió del todo en la sinceridad de esos ronquidos.

Cuando recordaba ante sus amigos la época que pasó en Buenos Aires solía referirse a ella como “mis años de bohemia revolucionaria”. Años de amor, búsqueda del amor militancia, dura militancia, y de Paul Eluard y Trotsky, madrugadas en los bares de Corrientes, tardes de asambleas en la facultad, noches con mujeres imaginarias y reales, mujeres transparentes y

enigmáticas, sueños de cambiar el mundo, certidumbres de cambiar el mundo, la compañía de resplandecientes y oscuros amigos y compañeros, y siempre la soledad, la soledad de los domingos por la tarde en su pieza de pensión.

Esa época terminó dos meses después del golpe de marzo de 1976, cuando regresó a la provincia en busca, no de la felicidad, sino de cierta forma de invisibilidad que quizás podría obtener al amparo de una existencia intrascendente, disolviéndose, esfumándose en la semipenumbra de los rituales lugareños.

En la actualidad, a sus cuarenta y tantos años, a mucha gente no le quedaba claro a qué se dedicaba Horacio. No era una persona de la que pudiera decirse que tuviera que tuviera ideas claras acerca de sí mismo. Tampoco poseía convicciones firmes, inmodificables, y no estaba seguro de que esto constituyera un defecto o una virtud.

Su experiencia sentimental fue mucho más módica de lo que él hubiera querido: muchas fantasías, pocas aventuras y tan solo dos mujeres reales. Con una vivió un tiempo; con la otra se casó y luego se separó. Pero siempre fue un hombre de búsquedas, un corazón dispuesto: pero ciertas mujeres no parecían darse cuenta.

Hombre sin conflictos, Horacio, *el Nene*, como le dicen sus amigos de la infancia. Tipo raro para muchos, algo inescrutable. Fue gran bebedor de ginebra y fumador compulsivo, pero desde hace varios años ha logrado moderarse en la bebida y eliminar totalmente el cigarrillo. Se ha ido descarnando y ahora solo reconocería poseer un vicio secreto: la turba-

ción y el temblor que le producen las chicas de veinte años; pero él quiere pensar que se trata de una actitud estética y no los preanuncios de decrepitud moral.

### III

Unas semanas después Tito Quiroga lo llama por teléfono. Tengo lo que me pediste, dice. Quedan en encontrarse al día siguiente en el bar de la planta baja de Tribunales.

Horacio llega temprano y pide café. Al rato ve a Quiroga acercarse con otras dos personas. Permanecen un rato en la puerta charlando y miran adentro, hacia él. Horacio siente algo raro, ¿qué podía ser?, casi como una antigua alarma. Pero Quiroga se despide de sus acompañantes y se acerca.

Del portafolio extrae un sobre de papel madera que coloca sobre la mesa.

—La verdad, estas cosas no se hacen, pero en fin. Aquí lo tienes. Ni una palabra a nadie sobre esto.

—Muchas gracias, viejo, no te preocupes. Qué increíble tenerlo. ¿Lo leíste?

—Por encima, pero vi que habías tenido tus cositas vos, eh. Te podrían haber metido en cana en los 70. Pero también hay que reconocer que en estos legajos hay mucha basura, mucha metida de púa, mucho invento, pero también, claro, cosas que son ciertas.

Horacio piensa en llegar cuanto antes a su casa, pero se desvía hacia una plazoleta frente a Tribunales

y, sentado en un banco, bajo la sombra de una tipa, siente que estaba cumpliendo con una de las fantasías de su vida, con un ritual tan íntimo y necesario como los primeros pantalones largos o el primer beso a una mujer, y abre el sobre.

Aparece una carpeta de cartón; con marcador está escrito su nombre y su número de documento, el de la antigua Libreta de Enrolamiento. En la carpeta están las hojas del legajo y también hay fotografías, recortes de periódicos y volantes de propaganda política.

Luego leería todo con más detenimiento, pero ahora predomina la apreciación visual. La primera página es de 1964, está escrita a máquina y hacia el final hay un párrafo manuscrito. Se suceden páginas escritas en distintas máquinas de escribir y también anotaciones de puño y letra. Pareciera que el informante o, más probablemente, los diversos informantes, hubieran cumplido con sus obligaciones con el detalle de las normas policiales pero también con la despreocupación y falta de cuidado que es típica de los empleados públicos argentinos. La penúltima página está escrita a mano y en la última, que es de 1982, vuelve el dactilografiado.

En el vértigo de esa primera lectura, distingue lugares, circunstancias y, sobre todo, nombres, que ponen su memoria en ebullición. Cierra la carpeta y se pone a pensar.

En la noche, en su casa se prepara unos mates, y sus ojos comienzan a recorrer cada una de las palabras que hablan sobre él. A veces, suspende la lectura, preso de la evocación, la sorpresa o la indignación; pero finalmente la concluye.

Está tan excitado que baja a la cocina y se sirve un jerez que bebe en pequeños sorbos. Sube de nuevo al escritorio, y mientras lentamente asciende la escalera evoca su vida, el sentido y el sinsentido de su vida. Se detiene en la puerta y mira la escena: la lámpara inclinada sobre la mesa iluminando esos trémulos papeles. Sus antecedentes. La mirada de los otros, la visión de los uniformados. La forma más aciaga de la mentira: la verdad distorsionada. Los informantes han construido un personaje caleidoscópico con diversos nombres (*Barrionuevo, el sujeto, el sospechoso, el elemento subversivo*), diversas actividades (*estudiante, encuestador, vendedor de prensa subversiva, desocupado, correo de organizaciones terroristas*), y con diversas costumbres malsanas (*divorciado, noctámbulo de bares poco recomendables, probable drogadicto, quizás homosexual*).

El primer antecedente consignado es de cuando él tenía dieciséis años y refería su participación en un acto cultural organizado por la Revista *Dimensión* cuyo director era Francisco Santucho (*izquierdista reconocido y envenenador de mentes jóvenes*), y el último, de 1981, da cuenta de su firma en una solicitada sobre presos políticos.

Entre el primer y el último antecedente, todo le resultaba, al mismo tiempo, real y ficticio, los nombres, las personas, las circunstancias, simultáneamente verosímiles e imaginarias. Pero todo conocido.

Salvo una cosa.

En las páginas del prontuario encontró unas líneas que le resultaron inquietantes. Entre detalles irrelevantes y datos minuciosos sin importancia, de pronto se consignaba que “la detenida Adela Saint Germais a la que se le dio la opción de salir del país, al ser interrogada sobre su embarazo declaró que lo estaba en virtud de una relación con el mencionado Barrionuevo”.

La conoció en enero o febrero de 1975. Horacio militaba en un grupo trotskista en la Facultad de Filosofía y Letras y era medianamente conocido por participar en asambleas y discusiones. Un día se acercó a conversar una chica delgada, pecosa y con una suave manera de hablar. La recuerda con ternura, como una chica muy dulce. Llevaba una visible cruz colgada del cuello, algo raro en la facultad. Él estaba con unos compañeros vendiendo el periódico *Lucha Obrera* en la puerta de la facultad, otros grupos ofrecían sus periódicos y repartían panfletos. Los estudiantes que pretendían entrar debían pasar entre el apretujamiento y la vocinglería de militantes. No era fácil conversar, pero la chica se detuvo frente a él y le dijo: “quiero charlar con vos”. No escuchaba tan a menudo ese requerimiento, así que interrumpió la venta del periódico y tocándole la espalda se alejaron para conversar.

—Quiero que me hables de la Izquierda Nacional, dijo la chica.

Esto no es un levante, ni la promesa de un atraque, piensa Horacio, se trata de auténtico interés en nuestras posiciones. Así que durante media hora le recita el catecismo del Partido, le comunica todas las verdades reveladas, señalándole el sentido epifánico

que tenían los dos Octubres —el de 1917 en Petrogrado y el de 1945 en Plaza de Mayo—. También le informa de las reuniones de esclarecimiento que se realizaban tales días y a tales horas en el local partidario de la calle Soler, en Palermo, a los que ella no podía dejar de asistir.

Al tiempo, se encuentran en un café en Independencia y Urquiza en la esquina de la facultad.

—Te invito a una parroquia el domingo, vení, va a estar lindo. Hay misa y después un desayuno comunitario, dice ella.

—Pero si yo soy marxista, cómo voy a ir a misa.

—No importa, vení lo mismo.

—Pero ¿qué, tendré que comulgar y todo eso?

Aunque el asunto era medio raro, decidió ir. Durante la misa, celebrada por un sacerdote del Tercer Mundo, le aclaró Adela, permaneció atrás, parado, para evitar confusiones. Después ella le presentó mucha gente, inclusive al cura, todos le dijeron "Bienvenido" (*¿Pensarán que me estoy incorporando a la grey?*).

Luego del desayuno comunitario, que fue sobrio pero copioso, simple y abundante, mate cocido y crujiente pan casero, Horacio le dijo que se tenía que ir. Ella lo acompañó hasta la puerta de la parroquia.

Al despedirse, él pregunta: tenés que hacer algo esta noche; ella: nada; él: entonces si querés nos vemos; y ella: claro.

Se da cuenta que ha dejado de actuar como recaudador de adherentes al Partido para convertirse en un mero vendedor de ilusiones. No es la primera vez que le pasa.

Poseía unas mínimas estrategias de seducción que a veces le daban resultados. Esa noche fueron a un bar, pidieron unos sándwiches y una cerveza grande. Él había llevado un libro de poemas para leer. En un momento le tomó una mano, ella lo miró y permaneció en silencio. A la salida, en la vereda se besaron. El la invitó, la llevó y pudieron ingresar a su pensión de acceso peligroso. Fue un hermoso e inolvidable encuentro de amantes inexpertos. Se repitió unas pocas veces más. Pero luego Horacio tornó a sumergirse, a enajenarse en la militancia política.

Después ella lo llamó una vez por teléfono. Pero no volvieron a verse.

Cuando vino el golpe militar del 76, él dejó de ir por la facultad, y unos meses después, cuando todos comenzaron a enterarse de las cosas que estaban ocurriendo, Horacio trató de tornarse invisible volviendo a la provincia, a casa de sus padres.

Eso fue lo que pasó.

#### IV

Después de leer el prontuario, al principio le costó un poco, pero luego pudo reconstruir la trayectoria de esa chica, Adela, desde que se fue del país. Le escribió una carta a la hermana de ella que vivía en Francia y al tiempo la llamó por teléfono. La hermana de Adela le dijo:

—Vivo en Francia desde los años 60. Me recibí de médica y como era becaria en el equipo de investiga-



ción del doctor Houssay me enviaron a perfeccionarme a La Salpêtrière. Me casé con un colega y me quedé aquí: mis abuelos eran franceses así que no hubo problemas para obtener la ciudadanía y todo eso. Cuando nos enteramos que detuvieron a Adela, a través de la Embajada de Francia comenzamos gestiones para que la liberaran o le dieran la opción de salir del país. Tuvimos suerte y ella llegó aquí. Sí, estaba embarazada y el niño nació a unos meses de su llegada. ¿Su padre? Ella nunca quiso hablar del asunto. La comprendo, eran momentos tan terribles los que se estaban viviendo en Argentina. Nunca me quedó claro si era un tipo que se fue o murió o desapareció. ¿Vos lo conociste? Su hijo, sí, ahora es nuestro hijo y tiene dos hermanos más. Ella murió cuando él tenía tres años. Un accidente increíble, absurdo, la atropelló un auto cuando ella caminaba por el costado de la ruta. Salía todas las mañanas a caminar. Pobre Adela. Su hijo, nuestro hijo, ya es todo un hombre, tiene veintiocho años, es economista, estudió aquí y luego en Londres, en la actualidad trabaja en el departamento de investigaciones del Credit Lyonnés, se dedica al tema de los modelos matemáticos aplicado a las finanzas, son las cuestiones que le gustan, es feliz en su trabajo. Aún es soltero. ¿Su nombre? Ella pensaba ponerle un nombre argentino, Horacio, Carlos o Santiago, pero finalmente, para facilitarle las cosas a su niño, le puso un nombre francés: se llama Jacques. ¿Pero por qué te interesa tanto el asunto?

—Me interesa porque en un tiempo fui amigo de tu hermana.

Horacio quedó sumido en largas cavilaciones. Qué debía hacer, qué convenía hacer. La cuestión era demasiado seria y delicada como para actuar con precipitación. Por empezar no había certidumbre de que el chico fuera hijo suyo. Estaban las declaraciones de Adela transcriptas en el prontuario, pero fueron dichas cuando estaba detenida, ¿cómo y en qué condiciones fueron expresadas o arrancadas? Quizás las dijo para salir del paso, un nombre que le vino a la cabeza, un nombre desconocido e inverificable. También es posible que nunca las haya dicho y que se trate de un invento de los informantes, como tantas mentiras, falsificaciones y verdades a medias que leyó en el prontuario.

Y en el caso de que fuera cierto, tampoco resultaba claro lo que debía hacer. Cuando murió su madre el niño fue criado por su tía; por lo visto, bien criado, tiene una profesión y es feliz en su trabajo. Tengo derecho, se preguntaba Horacio, a irrumpir de pronto en su vida, quizás solo para turbarlo e inquietarlo. No era improbable que el chico hubiera alentado fantasías sobre su padre: qué era, o fue, un militante revolucionario o un sabio conocedor del sentido profundo de la vida o un triunfador en los negocios financieros o tal vez un artista o a al menos un hombre seguro de sí mismo capaz de proporcionar buenos consejos y de tener comportamientos ejemplares. Cualquiera fuese su fantasía, Horacio temía causarle una seria desilusión.

Si lo fuera a ver no sería para ayudarle a configurar su identidad, sino que iría, piensa Horacio, buscando mi propia identificación, procurando apresar una re-

velación, un cabo suelto del pasado, de mi pretérito imperfecto.

## V

La revelación de que quizás tiene un hijo fue, en la vida de Horacio, como una inesperada tormenta que quiebra la calma de una tarde donde todo estaba medianamente bien. Se ha enterado y ya no hay vuelta atrás. Tiene un hijo, se convence, ahora ya grande, cuya existencia ignoraba por completo. ¡Era padre sin saberlo! Y de un hijo varón. Primero lo atormenta la culpa, piensa en su egoísmo, su desinterés por Adela luego de la emoción del encuentro. Busca y encuentra justificación en el apasionamiento irreflexivo de la juventud, y también en la tormenta de la dictadura que puso en prisión a la madre de ese niño, que se salvó de ser robado como un botín de guerra. Ese hijo desconocido que ahora, en una súbita y reparadora decisión, se propone conocer. Es cierto que va a irrumpir en su vida, pero intuye que ambos necesitan mirarse, para recuperar algo de su historia perdida.

Una noche, la petaca de whisky que ha comprado en un almacén de la esquina, en algo lo ayuda a tomar por fin una decisión y se pone a escribirle una carta a Jacques. Le cuenta las razones por las que quisiera conocerlo. Le pregunta si él está interesado en que se encuentren.

La carta que envió Horacio nunca fue respondida.



## Dinero de otro mundo

*En agosto pasado murió Esteban Rodríguez Doyle. Hacía un largo tiempo que no lo frecuentaba, pero fue uno de mis mejores amigos en la lejana adolescencia del bachillerato. De vez en cuando me cruzaba con él y se demoraba en detalles de sus viajes que lo llevaron a permanecer largas temporadas en Europa. Hace unos días, una sobrina suya vino a verme y me entregó dos colmados carpetones. Uno de ellos contenía diverso material que reflejaba su personalidad fragmentaria, polifacética y, de algún modo, obsesiva: un puñado de buenos poemas, anotaciones con prometedores comienzos de relatos, dos esquemas de novelas, el detallado índice de una tesis de sociología, apuntes de viajes, punzantes descripciones de personajes de la ciudad, y una multitud de materiales —quizás prescindibles— que solo pueden ser enumerados mediante un largo etcétera. El otro cartapacio estaba dedicado por entero a Sherlock Holmes, la gran pasión de Esteban: imágenes, recortes de periódicos y revistas, y una variada hagiografía que pudo ser adquirida en las tiendas de souvenirs de los alrededores del 221 de Baker Street. Me llamaron la atención unas hojas abrochadas, con una traducción que Esteban había realizado, “en enero de 1984, en El Rodeo, Ambato”, de un relato, creo que desconocido, de Arthur Conan Doyle donde el doctor Watson cuenta una sorprendente historia de falsificadores de dinero, y que se transcribe a continuación.*

## I

Él estaba, aunque frenético, sorprendentemente comunicativo. Me alegraba verlo así luego de tantos días de hostil ensimismamiento. El motivo de su nerviosa inquietud consistía en que esa tarde concurriríamos a escuchar en Saint-Martin-in-the-Fields, no un oficio religioso, sino a Soltan Ferenczy, un violinista húngaro que si bien no poseía un Stradivarius ("apenas un Guarneris", me advirtió Holmes) en sus actuaciones en el continente había adquirido fama de ejecutar su instrumento con destreza casi demoníaca.

—Ojalá este magyar logre sorprenderme, Watson —musitó Holmes con aire melancólico mientras ingresábamos en el templo.

Pero lo que sí nos sorprendió fue la irrupción casi al comienzo del concierto del teniente Templeton de Scotland Yard.

—¿Qué hace un polizonte aquí, es que acaso el Yard los envía ahora a cultivar el espíritu?, —preguntó mi amigo.

—No, no estoy aquí para escuchar música, sino que el jefe me envió a buscarlo a usted, Mr. Holmes.

—Su jefe, no el mío, gracias a Dios.

—Bueno, sí... Pero él quiere verlo. En verdad, solicita verlo, pero de inmediato. Ocurre que han surgido evidencias en el caso de la falsificación de dinero.

—¿Cómo que "de inmediato"? Yo no acepto órdenes de él, no soy su empleado. ¿No ve, acaso, que estoy en un concierto? Adiós, teniente —lo despedió.

Yo, lleno de intriga, pero él como si no hubiera pasado nada, permanecemos hasta el final del recital. Cuando salimos ya había oscurecido, era una tibia noche de finales de junio, y nos dirigimos hacia *The Golden Horn*. Nos instalamos en una mesa del fondo y él encendió su pipa. La aspiraba con una fruición, con una sensualidad —diría— que era muy típica de él, pero que nada tenía que ver con el espíritu británico. Han circulado, a medida que fundada en la resolución de tantos casos notables crecía su celebridad, diversas interpretaciones sobre sus propiedades, así les llaman, deductivas: dicen que ellas son expresivas del espíritu inglés, de quien él sería un representante prototípico. Nada más falso, ninguna cosa más errada. Holmes es cualquier cosa, menos un típico inglés. En realidad posee la marginalidad racional y moral de un centro europeo: su torturada obsesión por los detalles y por los pliegues recónditos del alma es, más bien, un rasgo típicamente eslavo. Pero dejemos estas observaciones para otra ocasión.

Luego de permanecer un largo momento con la mirada perdida en no sé qué paisajes interiores me preguntó: “¿Qué opina, Watson, de lo que dijo Templeton?” Le dije que valía la pena ir. “Así también creo yo, aunque más no sea para obtener noticias sobre esa cuestión tan extraña de la falsificación”.

Desde hacía unos meses los periódicos, especialmente *The Sun* y *The Mirror*, habían publicado diversas noticias sobre la aparición de billetes falsos de cinco libras. Al principio circularon en pequeñas cantidades por algunos sitios de Liverpool y Southampton, pero

luego aparecieron también en Londres en algunos establecimientos de la city y en mayores volúmenes. Sin embargo, en las últimas semanas dichas noticias cesaron, por lo que era dado suponer que la acción de los falsificadores había concluido o había sido neutralizada por la policía. Pero, como veríamos, lejos estaba de ser así.

Nos dirigimos al viejo y augusto edificio de Kensington Road; luego de anunciarnos, al instante nos condujeron hacia el despacho de quien tan afanosamente nos había convocado. Al ingresar me impresionó la atmósfera de preocupación que allí se vivía y la cantidad —y también el aspecto imponente— de los personajes reunidos con el Coronel Dunsanny, el jefe de Scotland Yard. Que hubiera dos personas más con él me resultó muy extraño, porque en las ocasiones que había requerido de los servicios de Holmes siempre lo había hecho en la mayor discreción, recibiéndonos a solas, tratando de mantener en secreto nuestra colaboración, para que la imagen del Yard siguiera siendo la de la todopoderosa institución que se bastaba a sí misma y que no necesitaba de la ayuda de un detective excéntrico —así lo pensaba en el fondo el Coronel— como Holmes. Además era raro que su pedido de colaboración lo hiciera directamente, ya que siempre se encarga de esa tarea el Inspector Lestrade.

—Sean bienvenidos, caballeros —nos saludó el Coronel. Éste es el famoso detective Mr. Sherlock Holmes y éste su amigo el doctor John Watson —agregó dirigiéndose a quienes estaban reunidos con él.



Luego señalando a sus acompañantes nos los presentó.

—Seguramente ya conocerán ustedes al Lord del Exchequer<sup>3</sup>, su excelencia Andrew York. Y este distinguido visitante es el señor embajador de la República Argentina, míster Nazareno Figueroa Alcorta.

Nos quedamos de un palmo cuando escuchamos esos nombres. Al menos yo, no lograba comprender las razones de tan insólita reunión. Al viejo Lord ya lo conocía, al menos su venerable y ajada imagen la había visto tantas veces en fotos en los periódicos y en las implacables caricaturas del *Punch*, que me parecía totalmente familiar. En tanto que la figura y el aspecto del diplomático sudamericano resultaba, de alguna manera, tranquilizadora, porque ella coincidía en todo con la imagen que uno había tenido siempre de los diplomáticos, aunque de los diplomáticos franceses. Porque ese hombre joven, de alrededor de los cuarenta años, de oscuro pelo ensortijado, de mejillas sumamente pálidas, barbita en punta y mirada entre melancólica y vacía estaba vestido de los pies a la cabeza como un figurín francés. Vi que también Holmes estaba suspenso y con un aire de sorpresa. Pero el Coronel pronto nos explicó las razones de ese original cónclave.

—Tomen asiento, por favor, caballeros. Los he citado, mis queridos Holmes y Watson, por un asunto tan importante, tan crucial diría, que me atrevo a afirmar que puede afectar la estabilidad y el orden del

---

3 El Lord del Exchequer es el ministro de Economía en la Gran Bretaña. (Nota del traductor).

Imperio Británico. Es así, en efecto, no se sorprendan. Créanme —nos dijo mirándonos casi con reproche. Porque el preocupado Coronel en nuestro asombro había pretendido captar incredulidad.

—Ustedes habrán leído hace un tiempo en los periódicos —prosiguió— sobre la aparición en nuestro país de dinero falso. Al principio eran pequeñas cantidades y no les dimos demasiada importancia. Pensábamos que eran obra de algunos bromistas o de aventureros de poca monta y que el asunto pronto pasaría. Pero siguió, y agravado. Las cantidades, los lugares y la denominación del dinero crecieron tanto que el Lord del Exchequer aquí presente vino a verme para manifestar su preocupación por ese embrollo que amenazaba, como les dije, con socavar las bases de nuestro sistema financiero y comercial, que es decir la grandeza y el poder de Inglaterra. Porque ustedes saben, mis amigos, que en los tiempos que corren la fortaleza de las naciones ya no reside en las armas ni en las naves: ellas son solo las apariencias, las máscaras del poder. La verdadera fuerza de una nación consiste en su estructura económica, y el esqueleto y la sangre de esa estructura es la moneda, el valor de su moneda. Y lo que ahora estamos viviendo es un ataque con artillería pesada al corazón de nuestro Imperio. Pero antes de proseguir, señores, quisiera cederle la palabra a Lord Andrew.

Los términos admonitorios y las apocalípticas invocaciones del Coronel me sumieron en la perplejidad; parecía casi increíble que esa cosa tan mustia y, en varios sentidos, tan distante, el dinero, los billetes

contantes aunque no sonantes, fuera tan poderosa y, al mismo tiempo, tan vulnerable.

Resultaba clara, ahora, la razón de la presencia del antiguo Lord. Este se atusó una de sus largas patillas plateadas, carraspeó, se levantó de su asiento y mientras se apoyaba sobre una y otra pierna, habló con voz potente.

—Este es el caso, mis amables caballeros. Falsificación de dinero. Pero quiero hacerles una advertencia: una cosa son las operaciones a pequeña escala, obra de individuos aislados o pequeñas organizaciones, que siempre tienen escaso efecto y generalmente corta vida. Otra cosa, distinta, es cuando detrás de la maniobra hay un gobierno hostil o, lo que es lo mismo, grandes organizaciones hostiles: en este caso ya no se pretende engañar a un pequeño comerciante pasándole una o dos libras tramposas, sino que el objetivo es atacar a la estabilidad de toda una nación. Estos manejos a gran escala no son nuevos en el mundo ni, lamentablemente, en la Gran Bretaña: hubo dos anteriores, ambos felizmente abortados. El primero fue obra de la perversidad francesa, lo que, es obvio, no constituye una novedad para nosotros: Napoleón, de infeliz memoria, antes de invadirnos pensaba desmembrarnos suscitando el desorden y el caos; para ello en una imprenta de Lyon ordenó imprimir millares de libras esterlinas de baja denominación con las que iba a inundar nuestro mercado, pero la maniobra fue abortada gracias a un agente del duque de Wellington infiltrado entre los francos. El segundo intento, sumamente curioso por sus motivaciones que eran mitad filosóficas y mitad políticas, fue la obra de dos

refugiados en nuestra patria, ambos judíos y ambos alemanes, y que para muchos eran unos fanáticos casi inofensivos, pero sumamente empeñosos en sus alocadas ideas: Engels, un empresario textil, y Marx, sin oficio conocido, lograron convencer a unos operarios gráficos de su amistad de imprimir un centenar de planchas. Pero también fueron descubiertos. El propio Marx fue sorprendido ante una denuncia de su casera a quien había intentado pagar la renta con billetes falsos.

—Pero la maniobra actual, el tercer intento —continúo el Lord— es mucho más serio que los dos anteriores. En principio, la calidad de las copias es sorprendentemente fiel al original y, sobre todo, la cantidad lanzada es pasmosa.

—Si me permite, mi Lord —lo interrumpí. ¿Por qué, sin embargo, las noticias sobre el caso han mermado en los últimos días en la prensa?

—A eso iba, Doctor Watson, precisamente. Cuando advertimos las dimensiones casi de catástrofe que iba tomando el asunto, con el jefe de Scotland Yard acordamos hablar con los propietarios de los periódicos para pedirles su contribución en aquietar los ánimos. Les solicitamos que no publicaran nuevas informaciones sobre el tema, ya que estaba en ciernes la amenaza de una corrida bancaria; el *Times*, por supuesto, entró en razón de inmediato, los otros diarios tardaron un tiempo, pero al final también silenciaron el asunto.

Holmes había estado escuchando con rostro casi ausente las peroratas, pero yo advertía que la manera nerviosa e insistente de girar la pipa en sus manos era

señal inequívoca de una ebullición interior. Por fin, levantando una mano, habló.

—Que los periódicos enmudecieran como por encanto tornó evidente para cualquiera —y que me disculpe mi amigo Watson— la existencia de una orden superior de que callaran. Tal vez haya sido una buena orden, no lo sé, pero de todos modos el silenciar un problema no lo elimina. Lo que importa, al margen de las lecciones de economía política que nos han dado —y que resultan, perdonen ustedes, archiconocidas— es saber qué progresos ha habido en la investigación, qué datos reveladores existen, qué pista por mínima que sea. No me interesan las teorías sino las evidencias.

La áspera intervención de Holmes sonó como un reproche en los oídos del Coronel. Su rostro se conturbó, enrojeció y parecía que iba a estallar, pero se contuvo y en tono forzosamente calmo señaló algunos hechos.

—Señor Holmes, sabe de sobra que si el asunto fuera sencillo jamás lo habríamos llamado. Pero estamos literalmente confundidos, los datos son escasos y las pistas casi inexistentes. Salvo un hecho al que ahora nos aferramos, y que es el motivo por el que lo convocamos.

Casi no pude contener un suspiro de alivio; entonces, no todo era tinieblas, había, al menos, el atisbo de una huella.

—Hay casi una evidencia: el dinero no es impreso en Inglaterra. Hemos realizado centenares de procedimientos en imprentas y linotipias, hemos consultado a todos nuestros informantes y la conclusión es

siempre la misma: no es impreso aquí. ¿Pero dónde? nos preguntábamos. Un esbozo de respuesta nos llegó ayer —lo expresó mirando al diplomático sudamericano—.

El aludido se acomodó nerviosamente en su asiento y dirigió a los presentes un esbozo de sonrisa cándida y helada. Se veía que estaba incómodo en ese ambiente tan distinto al de las recepciones elegantes.

—Anteayer, señores, —continúo el Coronel— a la sede central de la British Railway Consolidated, en Park Lane, llegó el envío identificado como AF 354 de su filial en Argentina, el Central Argentino Inc., una de las dos empresas ferroviarias que posee en ese país, consistente en 220.000 libras. Una proporción significativa de ellas eran falsas y con una similitud sorprendente con las que actualmente circulan por aquí. Cuando nos enteramos pedimos ver, si era posible, algunos billetes de anteriores envíos de esa filial sudamericana. Por suerte, quedaban algunos. Muchos eran falsos.

Holmes, que había permanecido en silencio, con la cabeza gacha, pareció revivir.

—¡Qué extraordinario, señores! Una maniobra perfecta. El centro de falsificación a veinte mil kilómetros de las islas y con una insospechable e incauta distribuidora en Londres. Una verdadera obra de arte del delito. Si no supiera que él no está en Inglaterra, diría que es obra de ese genio del mal que es el profesor Moriarty, pero habrá que ver... Lo que no logro entender, Coronel, cuál es la danza que puedo bailar yo desde aquí, desde tan lejos del escenario del delito. ¿Para qué nos ha llamado? ¿Acaso piensa...? —se in-

terrumpió ante una preocupante luz que comenzó a formarse en su mente.

—Usted lo está vislumbrando, estimado Holmes. Los he convocado, a usted y al doctor Watson, para formalmente solicitarles en nombre de la Corona, cuyos reclamos estoy seguro no dejarán de escuchar, que se trasladen a ese lejano pero, supongo, interesante país, y descubran y terminen con ese hato de bandidos que está amenazando la seguridad y prosperidad del Imperio. No le pediríamos semejante cosa si no estuvieran en juego realmente tantos bienes superiores. El señor Embajador de la India, perdón, de Argentina, aquí presente, nos ha prometido la total buena voluntad y colaboración de su gobierno para todo lo que sea necesario, Holmes. No deseo que nos dé su respuesta ahora; quisiéramos que usted y Watson la mediten y que, dentro de lo posible, nos la comuniquen cuanto antes.

El requerimiento era tan impensable, tan fuera de toda previsión que nos quedamos de un punto. Rechazamos cortésmente el ofrecimiento de un carruaje para regresar a nuestra casa: prefería Holmes caminar hasta Baker Street para que el aire de la noche, que ya se había tornado fresco, aquietara en algo el torbellino de ideas en que lo habían sumido las palabras escuchadas. Todo el trayecto permaneció en silencio, adentrado en hondas cavilaciones.

Cuando llegamos, él ingresó en su cuarto y al poco rato salió enfundado en su bata fumadora; se dirigió a la chimenea, tomó el violín que siempre permanecía encima de ella, y comenzó a ejecutar la Partita en Si Menor de Bach. Cuando concluyó, en-

cendió ceremoniosamente una pipa y, mirándome, me dijo:

—Aquí estamos, Watson. Al frente de una verdadera aventura estimulante que hace tiempo que nos falta, pero cuya prosecución exigiría que nos traslademos hacia los confines de la tierra. Esto me preocupa y lo he meditado suficientemente. He evaluado la posibilidad de permanecer en Inglaterra y mover los hilos desde aquí, pero no resulta una alternativa satisfactoria. ¿Estaría dispuesto a acompañarme hasta allá?

Como lo saben los pacientes lectores de estas notas sobre las diversas aventuras que vivimos con mi amigo, no soy precisamente una persona que haya evitado los viajes a regiones extremas, por lejanas que ellas sean. Apenas graduado me incorporé como médico a la Royal Army, lo que me llevó a permanecer una larga temporada en la India y Afganistán, y esa estadía, no obstante sus inconvenientes, fue una escuela de sabiduría, de hondas experiencias y de temple para mi espíritu. Pero eso aconteció en mis ya lejanos años mozos. El tiempo no había pasado en vano, y ya no me sentía en condiciones de emprender una travesía tan difícil, y así se lo hice saber a Holmes.

Pero su poder argumentativo, que se extendió hasta que las primeras luces del alba comenzaron a asomar, finalmente, como otras tantas veces, torció mi decisión y me dispuse a acompañarlo.

A la mañana siguiente, luego de comunicarle nuestra aceptación al Coronel, comenzaron los preparativos del viaje. Para mí consistieron en lecturas en el



British Museum de cuanto libro estuviese referido a las características sanitarias, geográficas e históricas de ese lejano país. Para Holmes, en cambio, estuvieron centrados en el conocimiento de relatos de viajeros, expedicionarios o científicos que hubiesen merodeado por la Argentina. Quiso también disponer de testimonios directos de algunas pocas personas que habían vivido en ese país. Al respecto hizo un viaje a los Midlands para interrogar a un ornitólogo escocés aficionado que había escrito varios libros sobre su infancia en la Argentina, uno de los cuales, *Idles days in Patagonia*, le había impresionado.

Finalmente, a principios de julio, zarpamos de Portsmouth en *The Verbatim*, una esbelta goleta que transportaba hacia Argentina máquinas de coser y refrigeradores domésticos, amén de pasajeros, y que iba a recoger las prestigiosas carnes de ese país; el capitán, un gentil marino que había participado en la guerra anglo-boer, nos colmaba de atenciones y nos invitaba a su mesa todos los días, pero Holmes exhibiendo su espíritu antisocial, durante todo el viaje permaneció enclaustrado en su cabina.

A comienzos de agosto llegamos a Buenos Aires. Era una fría mañana y en el muelle nos esperaba un bisoño empleado de la embajada. Lawrence Durrell era su nombre, y nos condujo hacia un hotel céntrico. Recuerdo que el aspecto de la ciudad me resultó, extrañamente, casi familiar. El joven empleado nos dijo que esa tarde había una recepción en la Embajada a la que estábamos invitados, y que luego de ella nos recibiría el embajador.

Cuando llegamos la reunión estaba en su máximo esplendor y nuestro arribo pasó desapercibido, salvo para un hombre joven enfundado en un saco de tweed que no sin cierta indecisión se acercó hacia nosotros. Casi trémulo se paró frente a Holmes y extendiéndole la mano se presentó.

—Mucho gusto señores, mi nombre es Jorge Borges Acevedo— Y luego dirigiéndose a mí agregó:

—Es igual a como usted lo describe. He leído varios libros de sus aventuras. Me gustó, especialmente, *A Study in Scarlet*.

Se expresaba en un inglés muy correcto y me sorprendió que hubiera por esas tierras vírgenes un lector de nuestras peripecias; cuando le pregunté cómo había llegado a conocerlas respondió, haciéndole un guiño de complicidad a Holmes, "Mi abuela es inglesa". Pero él no se dignó responderle.

Luego se acercó Durrell y nos dijo que el embajador nos esperaba. Pasamos a un amplio despacho donde estaba el embajador, mister Percy Bishop, acompañado de dos personajes. Uno de ellos, Edward Tools, era el agregado de seguridad de la embajada y el otro, un hombre alto y con mostachos, que era el director de la filial argentina de la British Railway, se llamaba Archibald Tippit. Luego de las presentaciones y las cortesías de rigor tomó la palabra Tools.

—Tenemos fundadas razones para suponer que una parte significativa, sino la más importante, de la organización de falsificadores se encuentra radicada en este país. Hay varios motivos para creerlo así, siendo el principal el envío de fondos de los ferrocarriles que ustedes ya conocen. ¿No es así Tippit?

—Tal cual —respondió el aludido—. Nuestras recaudaciones por la venta de pasajes y de cargas, antes de ser giradas a Inglaterra las convertimos en valores de pago, pero siempre hay una proporción, alrededor del treinta por ciento, que la enviamos en efectivo. Porque en este país, como en muchos otros donde hay inversiones británicas, aunque les pueda resultar sorprendente, hay una significativa circulación de libras, que es una moneda de mucha aceptación en las grandes transacciones. Las empresas principales y los bancos siempre tienen una fuerte disponibilidad de libras esterlinas.

—¡Al grano, al grano! —intervino Holmes— Ciñámonos a las evidencias. No vinimos a este país para escuchar conferencias, para eso nos hubiéramos quedado en Inglaterra. ¿No hay, por todos los cielos, algún dato concreto que puedan mencionar?

—Hay uno —respondió Tools—. Y parece revelador. Una parte sustantiva de los billetes del famoso envió a Inglaterra, el AF 354, llegó a las oficinas centrales en Buenos Aires desde la oficina de Santiago del Estero, una ciudad situada unas setecientas millas al norte.

—No hay nada más que decir, intervino Holmes, partiremos de inmediato hacia esa ciudad.

## II

Prontamente se organizaron los preparativos para el viaje. Cinco días después de nuestro arribo a Buenos Aires, un lluvioso atardecer tomamos un tren en la es-

tación de Retiro. Nos habían reservado en el *Estrella del Norte* un compartimento con dos literas, una encima de la otra; estaba seguro que me tocaría dormir en la superior, pero por lo demás el vagón era cómodo y bien cuidado, muy similar a los que circulaban por Inglaterra. Luego de que Holmes hubiera inspeccionado con curiosidad casi infantil todos los rincones del pequeño recinto que por una noche sería nuestro dormitorio y de acomodar nuestros bártulos, nos dirigimos al coche comedor a tomar unas bebidas. Holmes permaneció largo rato en silencio contemplando por las ventanillas el panorama casi infinito de pampas y praderas que se sucedían incesantemente, casi sin árboles y con pequeñas multitudes aisladas de vacunos.

—Mire ese océano de tierras fértiles —me dijo. Sin duda este país es una inmensa promesa. Quién sabe qué le tendrá deparado el destino...

Volvimos a nuestro vagón y nos dispusimos a descansar hasta la hora de la cena. Yo subí a mi litera y Holmes quedó en la suya repasando su ya ajado volumen de gramática española. Luego salió y regresó cerca de dos horas después con el rostro iluminado.

—Ahora ya me siento, por fin, en América —me dijo—. Mas precisamente en la América española.

—¿Cómo es eso?

—Claro, estimado amigo. Hasta ahora habíamos estado en los salones de la embajada, con funcionarios, o en un hotel céntrico de Buenos Aires. Acabo de recorrer el tren. Para conocer un país hay que visitar sus mercados, como usted sabe. Y también las secciones populares de los trenes: he visto esos rostros mo-

renos, he respirado el aroma de sus comidas, he escuchado el rumor de sus conversaciones y su música.

Al anochecer o, más precisamente, bien entrada la noche, nos dirigimos a tomar la cena en el bien surtido coche comedor del *Estrella Norte*. Los argentinos tienen la sorprendente costumbre de comer alrededor de las diez de la noche, y no menos extraño resulta que a esas horas tan tardías el menú sea tan copioso como en el almuerzo, con los infaltables e impresionantes solomillos de buey que ellos denominan *bifes de chorizo*<sup>4</sup> y con una interesante provisión de vinos tintos como solo es posible encontrar en Francia o en Italia. Había uno de precio muy módico que le gustó a Holmes, y no puedo negar que a mí también, aunque un poco menos que a mi amigo, quien hacia los postres pidió una segunda botella al camarero.

Concluida la cena, me costó algo de esfuerzo convencer a Holmes de que nos retiráramos a nuestro compartimento.

Finalmente regresamos y comenzamos a prepararnos para dormir. Holmes escogió la litera alta, no por deferencia hacia mí, sino, quizás, por su espíritu curioso y aventurero. El traqueteo del tren era como un arrullo intenso y pronto me dormí. Hacia el amanecer sentí con sorpresa y cierta incomodidad que el recinto se llenaba de polvo que penetraba por los intersticios de la ventana. Cuando desperté el sol ya estaba alto, y Holmes leía concentrado uno de los libros —en este caso de historia— que le habían proporcionado en la biblioteca de la Embajada.

---

4 En español en el original (N. del T.)

Luego de las consabidas abluciones matutinas fuimos al coche comedor y nos instalamos frente a dos humeantes tazones de café con leche. Él, mirando por la ventanilla, murmuró ensimismado:

—“Santiago del Estero”. Extrañas resonancias la de este nombre ¿no es así, Watson? Aunque la palabra “Santiago” es, claro, española, también posee reminiscencias shakespearianas. Yago, el intrigante que pierde a Otelio. Extraño que lo hayan santificado, San Yago...

Permaneció en silencio unos instantes y luego continuó.

—¿Sabía usted, Watson, que la ciudad a donde vamos es la más antigua de este país?

Frente a la ventanilla desfilaron durante varias horas paisajes de vegetación rala que a mí me recordaban ciertas zonas de la India que tan bien conocía. El camarero se acercó y nos anunció que estábamos próximos a llegar a una estación, La Banda, donde debíamos bajar para tomar un corto desvío hacia nuestro destino. Así lo hicimos y, luego de que el tren atravesara un río, finalmente llegamos a Santiago del Estero.

Los andenes de la estación estaban colmados, y entre la multitud de curiosos y vendedores se abrió paso un hombre joven, cetrino, de baja estatura y con rostro de ave nocturna, quien con palabras ceremoniosas y moduladas se dirigió hacia nosotros.

—Caballeros, los estaba esperando —dijo, mientras nos extendía una mano—. Mi nombre es Bernardo Canal Feijóo y soy representante en esta ciudad del estudio de los doctores Rodríguez Jurado de Buenos Aires, que son los mandantes legales de varias com-

pañías inglesas, entre ellas la empresa que posee el ferrocarril en el que ustedes vinieron. Estoy a su disposición para cumplir con vuestros deseos. Pero antes permitan que me haga cargo de sus maletas.

Con una mirada, hizo que se acercara un nativo fornido y oscuro que hacía las veces de mozo de cordel y respondía al nombre de Leguizamón, quien cargó nuestras vituallas.

A la salida de la Estación nos dirigimos hacia una fila de vehículos muy similares a los coches de punto de Trafalgar Square, que allá era llamados tanto "victorias" como "mateos". Abordamos uno de ellos, y entramos por la calle Perú, flanqueada de árboles y con un adoquinado nuevo aunque algo desparejo, sobre el que resonaban los cloqueantes cascos del caballo. Al llegar al 280 de esa calle nuestro acompañante saludó a un hombre que nos miró pasar desde el balcón de un recinto que se vislumbraba colmado de libros.

—Les he reservado alojamiento en el Hotel Savoy. Espero que se sientan cómodos, es el mejor de la ciudad, además es muy céntrico. Pueden almorzar y cenar en él. Descansen hoy del largo viaje, mañana podrán dar comienzo a vuestra misión.

Llegamos a un edificio de estilo francés que se veía recién construido y, luego de los trámites de rigor, un ascensor nos llevó hasta nuestras habitaciones en el tercer piso. Después de desempacar me dirigí hacia la habitación de Holmes. Él estaba acodado al balcón mirando el panorama de la ciudad y me acerqué a su lado. Santiago del Estero se extendía a nuestros pies; era una ciudad baja, como no las hay en Inglaterra ni tampoco en el continente, pero que son típicas en la

América española. Él escudriñó en varias direcciones y luego dijo:

—¡Qué extraña esta situación, Watson! Uno mira esta ciudad tan plácida y no es imaginable suponer que desde ella pueda provenir una amenaza tan grande para Inglaterra. Londres y esta ciudad son tan distintas y tan lejanas, sin embargo, ahora hay una extraña y ominosa vinculación entre ellas, que debemos develar y desarticular. ¿Pero por dónde empezar? Si en este lugar está la sede de la banda de falsificadores, esperemos que pronto podamos toparnos con alguno de ellos.

Unos golpes en la puerta interrumpieron las cavilaciones de mi amigo. Era un empleado del Hotel que traía un mensaje.

—Una persona quiere verlo y me pidió que le entregara esta tarjeta —dijo dirigiéndose a Holmes.

Él la leyó y luego me la pasó. Ella decía: *Juan Manuel Aragón (hijo), cronista de la sección policial del Nuevo Diario.*

—Ni siquiera en esta ciudad podemos librarnos de los reporteros —exclamó mirándome—. Por favor, dígame a ese señor que no tengo nada que decirle...

—...Por el momento —agregué yo, con la esperanza de que pronto tuviéramos buenas noticias para comunicar.

Pero el primer día en Santiago del Estero transcurrió sin mayores novedades, ya que luego del almuerzo Holmes se encerró en su habitación y no salió más de ella. Recién a la mañana siguiente me buscó para compartir el desayuno.

—¿Cuál es su plan, Holmes? ¿Por dónde cree que debemos comenzar?



—Tenemos varios caminos posibles, algunas personas a las que debemos hacer ciertas preguntas. Ayer estuve reflexionando y pienso que lo esencial es que, en todos los casos, procedamos con extrema cautela. La visita de ese reportero me ha inquietado, porque significa que nuestra presencia aquí, lamentablemente, ha trascendido, y, en consecuencia, nuestros enemigos están sobre aviso y se cuidarán de dar un paso en falso. Pero dejémonos de prolegómenos. Salgamos y procedamos, tenemos varias cosas que hacer —dijo, mientras me invitaba a acompañarlo—. Pero antes debemos pasar por el Banco a recoger nuestros fondos que espero hayan llegado desde Inglaterra.

Al llegar al Banco nos hicieron pasar a la oficina de su presidente. Era un amplio salón, fina y confortablemente amoblado; en unas butacas se encontraban sentados dos caballeros que se levantaron a saludarnos. Uno, a quien llamaban don Luis Suárez, un hombre de edad mayor, de cabello y elegantes bigotes blancos, era el presidente del *Banco de Comercio y Fomento Industrial*; el otro, joven y de calvicie incipiente, llevaba en su rostro los colores de quienes saben disfrutar de los placeres de la vida, y nos fue presentado como el doctor Mariano Paz, abogado del Banco.

—Antes de hablar de las serias circunstancias que sabemos los traen por aquí, permítanme invitarles para alguna de estas noches a una reunión cultural y musical en *La Brasa* —dijo sonriente el doctor Paz.

Holmes agradeció el convite y luego explicó en pocas y cuidadas palabras las razones de nuestra presencia en Santiago del Estero, solicitando la mayor reserva sobre ellas.

Cuando salimos del Banco, luego de retirar nuestros fondos que habían llegado el día anterior, Holmes se disculpó y me dijo que no lo esperara a almorzar, ya que debía hacer algunas averiguaciones que no sabía cuánto tiempo le insumirían.

Poco vi a mi amigo en los días sucesivos. Desayunábamos juntos, y luego partía para regresar recién al anochecer. Lo que me incomodaba era que no solo no consentía en que lo acompañara, sino que tampoco me proporcionaba ningún detalle de sus afanes.

Una tarde pasó a buscarnos el abogado que habíamos conocido en el Banco, para llevarnos a una velada de *La Brasa*, una suerte de sociedad artística y cultural, que se realizaba en la Biblioteca Sarmiento. Cuando llegamos, ya había una rumorosa multitud que conversaba acaloradamente, formando corrillos por todo el amplio salón. Canal Feijóo se acercó a saludarnos, acompañado de Mariano Paz.

—Es un honor para nosotros que nos acompañen. Podrán comprobar ustedes que en esta pequeña ciudad también soplan los vientos de la cultura. Esta noche tendremos el privilegio de escuchar al Conde de Keyserling, quien disertará sobre *La nueva espiritualidad*.

Luego de departir un tiempo con los numerosos contertulios que nos presentaron, por una amplia escalera de mármol ascendimos hacia la sala donde disertaría el conferenciante. Nos instalamos, y a los pocos instantes, por un costado del escenario, asomó Canal Feijóo acompañado de un pálido regordete de aspecto pacífico, que lucía una larga barbita caprina. De un modo encomiástico —que bordeaba el diti-

rambo, según Holmes—, Canal presentó al intelectual germano.

El Conde, cuando comenzó a hablar, alteró su inicial apariencia tranquila y se transfiguró en una especie de iluminado. Su voz resonaba potente y conmovida, mientras pronunciaba, casi como una oración, lo que me pareció un discurso apologético sobre la irracionalidad. Me impresionó que dijera que la última edad de oro de la humanidad había sido la Edad Media. Pero, en verdad, más que sus conceptos, lo que me incomodaba era su tono descontrolado, el aire de desmesura de su voz. Es cierto que suele ser común en los ciudadanos alemanes cierto apasionamiento desmedido por las ideas, pero en este caso se superaban todos los límites.

En un momento de su acalorada argumentación la emprendió contra lo que él consideraba los ejemplos supremos de naciones antiespirituales: los Estados Unidos de América e Inglaterra. De soslayo miré a Holmes, vi que sus facciones se contraían y, por un instante, temí alguna reacción de su parte, pero nada pasó. En ese instante, al menos.

Pero cuando a los pocos momentos el Conde volvió a referirse ácidamente a la Gran Bretaña, Holmes se levantó como un resorte. Los rostros se volvieron sorprendidos hacia él. Y ante el estupor de la sala, mientras se acercaba amenazadoramente hacia el proscenio, interrumpió al conferenciante, diciendo:

—Basta, señor, estamos hartos de sus aullidos germánicos. Si vuelve a pronunciar otra agresión contra Inglaterra le aseguro que se arrepentirá.

Rápidamente intervinieron varias personas para calmar a mi amigo, quien volvió a sentarse a mi lado. El conferencista retomó su discurso en el que no volvió a asomar ninguna referencia a nuestra nación.

Cuando ya nos retirábamos, se acercó Paz, que nos dijo:

—Los invito a mi casa donde nos reuniremos un grupo de amigos para pasar un momento agradable. Si están de acuerdo partimos ahora mismo.

—Le agradecemos, pero no sé si será conveniente. —dijo Holmes.

—¿Por qué? Si es por lo que pasó con el Conde no se preocupen, a mí también me resulta insoportable, pero es una de esas visitas excéntricas a las que ya estamos acostumbrados, que nos envía periódicamente Victoria Ocampo a través de Canal Feijóo.

En la casa de nuestro anfitrión, a quien todos llamaban *Nano*, pasamos una agradable velada que se extendió hasta la madrugada. Reinaba un clima festivo mientras circulaban sin pausa los manjares del lugar y una excelente provisión de bebidas. Nos presentaron una sorprendente colección de personajes que daban la idea de que entre los contertulios de *La Brasa* se podía encontrar, además de los sectores acomodados de la ciudad, tanto a representantes de la cultura cosmopolita, como el ya mencionado Conde o un par de hermanos arqueólogos franceses, cuanto a músicos populares como los guitarristas Cachilo Díaz y Yupanqui. En cierto momento se acercaron Canal Feijóo y el dueño de casa para invitarnos a retirarnos hacia una sala aislada para —dijeron— conversar más privadamente. Una vez que nos instalamos y que fue servido

con harta generosidad un whisky que no esperábamos encontrar por esos lugares, Canal inquirió:

—Díganos, míster Holmes, cuál es la impresión que le ha causado nuestra ciudad, nuestra gente.

—Se lo diré brevemente. Me impresionan tres cosas: la aridez, el calor, el salitre. La presencia aplastante de condiciones naturales desfavorables que ustedes no han sabido vencer. Otros pueblos del mundo lograron dominar la geografía superponiéndole una *cultura*. La humedad extrema, las lluvias, el frío intenso, el calor desmedido, el desierto, la desolación, han sido obstáculos y desafíos que muchos hombres, muchos pueblos lograron superar. Pero aquí, pareciera, el clima y el paisaje se ha impuesto sobre los hombres.

—Es por lo menos injusto en sus apreciaciones —protestó, incómodo, Canal.

—Me pidió una opinión y se la doy —respondió Holmes. Además, prosiguió, eso se lo advierte a simple vista recorriendo la ciudad. El hombre está ausente o, más precisamente, vencido: en el viejo conflicto entre la naturaleza y la cultura, en Santiago del Estero ha triunfado la naturaleza. Si hubiese vencido la cultura, la ciudad estaría arbolada y las calles no estarían llenas de basura.

—Hay algo de razón en lo que usted dice —concedió Canal— pero sigue siendo injusto.

Al advertir el carácter que iba adquiriendo el diálogo, tanto yo, como Paz, con ánimo contemporizador desviarnos la plática hacia tópicos más amables, luego propusimos regresar hasta el salón principal. Así lo hicimos y después de permanecer unos instantes entre el animado gentío, nos retiramos.

A la mañana siguiente, en el Savoy, Holmes me señaló:

—Tenga paciencia, Watson. Ahora debemos esperar que nuestros enemigos cometan un error, mientras tanto tratemos de pasarla lo mejor posible. He tomado boletos para esta noche en la ópera; en el Teatro 25 de Mayo representan *La Bohème* —me dijo mostrándome dos billetes.

### III

Pero los días transcurrían sin novedades y ya comenzaba a impacientarme, añorando mi casa, las cenas con los amigos en el club, las caminatas matinales por Covent Garden, los domingos en Hyde Park, las visitas al British Museum... Añoraba esa placidez, el confort cultural de la civilización, aunque también (sobre todo) extrañaba el tráfico y el abigarramiento de multitudes de Londres. Pero Holmes, con su gran poder de adaptación, que en el fondo era una manifestación de su talante de distanciamiento, de hombre ajeno a las ataduras, se estaba acostumbrando a vivir en esa lejana ciudad como si hubiera nacido en ella: un día, con preocupación, advertí que él había ido transformando las habitaciones en las que residíamos en el Hotel Savoy en una réplica de nuestros aposentos en Baker Street.

Una tarde, en la que estábamos en Plaza Libertad conversando y haciendo tiempo hasta la hora de la cena, se acercó un pequeño granuja de rostro more-

no de hasta seis años y, quitándose la gorra que tenía enfundada casi hasta los ojos, nos saludó. Dirigiéndose a Holmes le dijo: "Un mensaje para usted, señor". Este tomó el papel, lo leyó y empalideció; luego lo guardó en un bolsillo y dirigiéndose al niño lo despidió:

—Está bien, *kid*, gracias por traerme el mensaje.

—De nada, señor, pero mi nombre no es *kid*, me llamo Carlos Juárez.

El mensaje que entregó el niño decía: "Tenemos algo que usted valora y necesita. Si le interesa, espérenos esta noche a las 9 junto a la estatua del Otoño en el parque Aguirre". Al principio dudó sobre la naturaleza del ofrecimiento, pero luego la intriga y, sobre todo, la ansiedad, lo llevaron a acudir a la extraña cita.

Era una fría y ventosa noche del mes de agosto. El parque estaba desierto. De entre las sombras se acercaron dos hombres, uno delgado y el otro ancho y fornido, ambos con gabardinas. El hombre flaco habló:

—Mister Holmes, somos admiradores suyos y quisiéramos testimoniarle nuestro reconocimiento. Yo soy Fioramonti, para servirle. Mi amigo es Small. Sabemos muchas cosas sobre usted... Que le gusta la botánica, la filosofía estoica, la música, y que interpreta muy bien el violín. Además, sabemos que cuando está aburrido, en fin, cuando las horas transcurren sin plantear estímulos a su mente, le gusta —como a tantos grandes hombres— aceptar la pequeña ayuda que brinda el destilado de una planta americana.

Holmes era un hombre curtido en mil y una peripecias extraordinarias, sus aventuras lo habían llevado

a los escenarios y las situaciones más sorprendentes. Y si bien siempre miraba las cosas con un gran interés —interés que no estaba exento de cierto desencanto— ya casi nada lo asombraba. Por eso, le impresionó lo que le dijo el hombre. ¿Cómo era posible que supieran de su adicción?, pensó. Ya lo averiguaría. Se recompuso y dijo:

—Señores, ¿a qué debo el honor? ¿Qué me proponen?

—Tan solo que nos acompañe, para que le entreguemos nuestro obsequio. Se imaginará que no lo trajimos con nosotros. Además, la persona que nos envió, desea conocerlo.

Si bien toda la situación tenía el aspecto y el sabor de algo poco natural, Holmes decidió acompañarlos, un poco por su decisión de explorar todas las posibilidades y algo también por cierta inquietud que le despertaba el hecho de que sus provisiones de cocaína se le estuvieran agotando.

Luego de una caminata a paso vivo de unos quince minutos se detuvieron frente a un edificio de dos plantas. En la de abajo, un cartel anunciaba: *Farmacia LA VERDE PATRIA*. Por una puerta al costado ascendieron hacia el piso superior, donde un hombre rubicundo de unos cincuenta años, enfundado en una bata blanca, les salió al encuentro invitándoles a pasar. Se instalaron en una sala acogedora, con maderas y cortinados, algunos cuadros con motivos rurales de Gómez Cornet semejantes a los que se exhibían en otras casas de la ciudad, y —lo que intrigó a Holmes— en un rincón se exhibía una bandera de los separatistas irlandeses y una efigie de San Patricio.



—Qué placer tenerlo con nosotros, señor Holmes. Mi nombre es Sofanor O' Lery, como lo podrá ver soy farmacéutico, y tenía muchos deseos de conocerlo. Platiquemos, pero antes permítame ofrecerle un trago.

Apareció una sirvienta aindiada, que sirvió en unas pequeñas copitas el licor que contenía una botella de greda de *Ginebra Bols*.

—Quizás se sorprenda que conozca y comparta sus gustos, —continúo O' Lery— especialmente su fuerte apego a las propiedades de ensoñamiento que suscita el destilado de las hojas de coca. Yo también uso una solución al siete por ciento, es la recomendable...

Sorprendido, Holmes escuchaba las palabras de O' Lery a veces próximas, a veces distantes. La voz y el rostro del farmacéutico se agrandaba y se empequeñecía. Pero cuando comprendió lo que pasaba, el somnífero colocado en la copa de ginebra terminó de surtir efecto y Holmes se desplomó.

Cuando al día siguiente despertó, sintió un agudo dolor en el cuerpo. Había estado largas horas con las manos amarradas a su espalda. Alrededor del mediodía entró en la pequeña habitación el farmacéutico, su rostro ya no era plácido y condescendiente, sino duro y lleno de odio.

—¡Así te quería ver a vos! Ya vas a ver lo que te espera, maula.

Era sorprendente el cambio de lenguaje.

—Preparate, gringo de mierda, para esta noche —agregó amenazante.

El áspero rencor mostrado por el farmacéutico permitió a Holmes terminar de comprender el sentido

y los propósitos de la conspiración. Los falsificadores estaban dispuestos a todo y no vacilarían en eliminarlo. Holmes permaneció largas horas imaginando perspectivas de fuga, pero fue desechando con escepticismo todas las posibilidades. Como nunca, se sentía inerme.

Pero en la tarde sintió unos apagados roces en la puerta, y ésta se abrió. Asomó una figura que se deslizó silenciosamente. Era Small, uno de los hombres de la noche anterior en el encuentro del parque.

—No hay tiempo que perder, mister Holmes. Usted es prisionero de la banda de falsificadores. El jefe es O'Lery, pero no sé nada más. Él sabe a qué vino usted y lo pensaban matar esta noche. Dejaré la puerta abierta; en unos cinco minutos, salga usted, vaya a la derecha, al fondo hay una huerta, salte la tapia y póngase a salvo. Y no confíe en la policía santiagueña.

—¡Un momento! ¿Por qué debo creerle, por qué me ayuda usted?

—Porque, aunque vivo en esta ciudad de mierda, mi padre era inglés y yo me siento un súbdito británico.

Holmes salió de su incómoda celda y estaba en la huerta casi vacilando ante la imponentia de la "tapia", que en verdad tenía casi las dimensiones de la torre de Londres, cuando la presencia amenazante y rugiente de un descomunal perro jardinero lo transformaron en un ágil escalador.

Una vez libre, empezó a correr, llegó como una exhalación al hotel y me pidió que lo acompañara hasta el bufete de Canal Feijóo.

Cuando llegamos, le explicó rápidamente los sorprendentes acontecimientos sucedidos y le planteó una petición:

—Quiero que me consiga el listado de todas las personas que trabajan en el ferrocarril y las funciones de cada una de ellas.

Cuando al cabo de un tiempo regresó el abogado con la lista, Holmes la estudió unos minutos. Luego le dijo:

—Doctor Canal Feijóo, ¿en qué autoridad de seguridad podemos confiar para realizar una detención?

—Soy amigo del jefe de policía.

—No. Creo que la policía provincial no es confiable.

—Ah, déjeme pensar, —dijo Canal. A ver..., ah, sí. Hay un joven teniente del Regimiento 18 de Infantería, Pedro Eugenio Aramburu, es el hombre indicado. Vamos a verlo.

En el regimiento Holmes explicó la situación a Aramburu y éste la captó de inmediato. Se encaminó con una partida a detener, por indicación de Holmes, a un empleado ferroviario llamado Jorge O'Mill. Cuando regresó con el prisionero, éste, deshaciéndose en lamentos, confesó todo.

—Ya tenemos las pruebas —dijo Holmes—. Teniente, detenga a O' Lery, es el jefe de los falsificadores.

El final de nuestra aventura santiagueña había sido tan sorprendente, que todos nos encontrábamos en suspenso, cuando esa noche nos reunimos en casa de Mariano Paz para escuchar de labios de Holmes los detalles finales del caso.

—Tanto O' Lery como O' Mill han confesado —informó Holmes. Me imagino que esos apellidos les dice algo. Está claro, ambos son irlandeses.

Nuestro estupor no era menor que nuestra incom-

presión. Con el dueño de casa cruzamos una mirada de zozobra e inquietud. Pero Canal Feijóo exclamó:

—¡Los vasallos que quieren destruir al amo!

—Exactamente —coincidió Holmes. La maniobra para distribuir libras falsas en Inglaterra era de responsabilidad irlandesa, no puedo asegurar que del gobierno, pero sí de ciudadanos irlandeses. El propósito era destruir o, al menos, dañar gravemente el sistema financiero del reino de Inglaterra. Hubo otros malignos intentos irlandeses en el pasado, pero ninguno tan serio, ni tan imaginativo como éste. Tengo para mí que detrás está la mano de ese genio del mal que es el profesor Moriarty, pero eso es difícil de probarlo por el momento.

—Lo cierto es que los falsificadores —prosiguió— idearon un sistema que parecía inexpugnable. Imprimían el dinero fuera de Inglaterra, más allá de las posibilidades de control de Scotland Yard, en esta ciudad. Sí, señores, aquí, en la imprenta "Amoroso". El jefe de la banda era O' Lery; éste hacía imprimir los billetes y los entregaba a un cómplice, O' Mill, que era empleado de la sección contable de la oficina en Santiago del Estero de la compañía británica de ferrocarril. O' Mill, junto a otros cómplices que trabajaban en las oficinas del ferrocarril en Córdoba y Buenos Aires, incluía el dinero falsificado en las remesas de dinero que se remitían a la casa central del ferrocarril en Londres. La empresa, sin saberlo, era la que hacía circular la moneda falsa. Como ven, caballeros, una maniobra perfecta. Pero que gracias a Dios ha sido desbaratada.

Concluido el caso nos dispusimos regresar a Inglaterra, pero nuestra partida se demoró varios días por los innumerables agasajos y convites con que quiso despedirnos la amable gente que habíamos conocido en Santiago. Pero un día, después de un banquete de despedida en los salones de la Sociedad Italiana que organizó en nuestro honor el grupo cultural La Brasa, partimos en tren desde Santiago del Estero.

Holmes miraba pensativo por la ventanilla de nuestra litera. Estuvo varias horas ensimismado y en silencio. Finalmente volvió en sí y me invitó a cenar en el coche comedor.

Cuando estuvimos instalados en nuestra mesa, luego de encargar nuestro menú, mientras saboreábamos un consistente borgoña, me dijo:

—Seguramente usted se habrá preguntado acerca de las razones por las que me sentía tan a gusto en esa ciudad y dejaba que los días transcurrieran. Debo decirle que al principio me incomodó profundamente el descuido de sus calles, de sus viviendas, la hostilidad del clima, el salitre carcomiendo los muros de los que fueron bellos edificios, en fin, tantas cosas... Sentía rechazo hacia todo lo que veía. Al principio. Pero luego todo cambió. Porque cambió mi mirada, mi manera de ver las cosas. Ya que, debo confesarle, en esta ciudad encontré el amor, Watson.

El asombro y la incredulidad seguramente asomaron a mi rostro. Holmes lo advirtió y eso quizás lo llevó a brindarme precisiones que lejos yo estaba de solicitar por respeto a sus sentimientos.

—Se llamaba Remedios Taboada y es la mujer más dulce y más bella que traté en mi vida. La conocí en

la biblioteca Sarmiento; una tarde entablamos conversación y quedé prendado de sus ojos transparentes y oscuros. Nos encontrábamos a menudo en La Dársena en la quinta de una amiga suya. Pero todo terminó... Debió concluir cuando me comunicó con los ojos arrasados de lágrimas que su marido militar, coronel para más datos, regresaba de la guerra paraguaya-boliviana, donde creí entender que era una suerte de soldado mercenario.

Las palabras de mi amigo me sorprendieron profundamente. Nada parecía más lejano de Holmes —al menos de la imagen que yo tenía de él— que el quiebre amoroso, que ese abandono tan radical de la razón que implica el amor. Sin embargo, al mismo tiempo su fraternal confesión me permitía explicar algunos de sus comportamientos que me habían parecido extraños.

—Ahora entiendo —dije.

—Claro —respondió Holmes—. La veía a ella todas las tardes que podía, por eso desaparecía y la investigación se demoraba. En el fondo deseaba que se demorase.

Impresionado por la confidencia de Holmes, regresamos a nuestro camarote y tuve que ayudarlo a encontrar su sitio. Subí a la litera superior y luego de repasar las peripecias detectivescas y, sobre todo, sentimentales de la aventura que concluía, me dormí profundamente.

En la mañana el Estrella del Norte nos llevó hasta la estación del Retiro en Buenos Aires y al día siguiente nos embarcamos en un paquebote chileno, el *Almirante Donoso*, hacia Londres.

Cuando el barco se alejaba de la costa, Holmes encendió su pipa, permaneció unos instantes en silencio y luego dijo:

—País extraño y fascinante éste. ¿No lo cree así, Watson? Mire los perfiles de esa ciudad que se aleja. Yo creo que Buenos Aires es la capital de un imperio que nunca existió.





## Tenemos que hablar

Todos los años había una época en que Carlos se quedaba solo en su casa de la calle Pellegrini.

Cuando finalmente Cristina accedió a casarse con él e ir a vivir a la Argentina, puso varias condiciones. Muchas no se cumplieron y fueron desvaneciéndose con el paso del tiempo. Pero siempre se respetó el acuerdo de pasar los veranos en el campo, en Nacimiento, con la familia de Cristina.

Partían hacia allá antes de las fiestas de fin de año. Con los quiebres azules de la cordillera al fondo, había una casona grande rodeada por un parque y una piscina donde jugaban los niños. Siempre había gente llegando y despidiéndose. Una vez Carlos llegó a contar unas treinta personas almorzando en el comedor. Cristina era feliz, tomando sol y charlando con sus hermanas. Y a veces dibujaba.

También a Carlos le gustaba el lugar y las cosas que pasaban allá. A veces caminaba por los alrededores con su mujer y una cuñada, Ana Celia, quien parecía conocer todo sobre los árboles, las plantas y los insectos de la región. Pero a él quizás lo que más le complacía era participar en las noches de las largas y francas conversaciones en que las mujeres —sin dejar de tejer o de jugar al solitario— recorrían la historia de sus vidas y realizaban un balance de sus matrimonios. Balances que cambiaban, noche tras noche. Él se sentía en deuda con ellas y hubiese querido aportar su testimonio, pero lo único que de vez en cuan-

do lograba hacer era leerles con voz pausada algún poema, no suyo obviamente, sino de plumas consagradas. Si la lectura conseguía emocionar a alguna, lo normal era que le agradecieran diciéndole "Te sirvo un whiskycito".

Le hubiera gustado quedarse más tiempo en Nacimiento, en verdad nada lo impedía, pero a fines de enero ya comenzaba a pensar que debía volver a su casa. En cambio, Cristina se quedaba allá hasta mediados de marzo.

Entonces él regresaba, y vivía solo, al menos sin su mujer. En los primeros años en que esto pasó, a menudo sentía la soledad y lo invadía la nostalgia, pero luego fue acostumbrándose y aun encontrándole el sabor a esas solterías momentáneas.

No porque frecuentara otras mujeres, ni saliera por su cuenta a recorrer los ambientes nocturnos de la ciudad, sino porque experimentaba el retorno a una condición de estudiante crónico: se sentía viviendo en una pensión, y eso le fascinaba.

Casi no salía de su casa, salvo para ir por las mañanas a su trabajo en la universidad. De ahí regresaba a prepararse un tardío almuerzo y ya no volvía salir.

La ausencia de su mujer se notaba. Sobre todo en los horarios, en la supresión de los tiempos establecidos para una cotidianeidad normal. Se daba cuenta que esto no era bueno, pero él valoraba el hecho de no tener que andar arreglando las cosas desordenadas y en poder quedarse escribiendo o rondando por las piezas hasta la madrugada.

De vez en cuando lo convidaban a salir, pero él declinaba las invitaciones. Quienes lo conocían, se

reían un poco de sus disculpas y casi las aceptaban, pero solían decirle: “No hagas vida de ermitaño”, “No te puedes quedar todo el tiempo solo en tu casa con Charlie”.

Se referían a su gato. Pasaba mucho tiempo con él y casi se entendían. Cuando estaba su mujer él la seguía por todas partes; ella le hacía cariños, le daba de comer, le cepillaba el pelo dos veces por semana, pero le ponía ciertos límites. Por ejemplo, no dejaba que subiera a su cama —la cama matrimonial— a dormir y él le hacía caso. Lo había convertido en un gato educado.

Todo cambiaba cuando ella se iba y quedaban solos. “Cuídenme la casa”, les decía. La cuidaban, pero durante su ausencia Carlos se transformaba en un lobo estepario, y Charlie se deseducaba.

Tanto el hombre de la calle Pellegrini como su gato eran territoriales, celosos de sus propios lugares; pero solo ejercían comportamientos posesivos y de exclusividad contra sus propios congéneres. A Carlos no le gustaba que su mujer invadiera sus espacios, y a Charlie le indignaba que los gatos del vecindario pretendieran acercarse a su casa. Pero entre ellos no había problemas. A Charlie no parecía molestarle que le tocaran la cabeza mientras comía, ni a Carlos que el gato se subiera a la mesa donde escribía.

Una tarde de mucho calor el hombre salió al patio, se sirvió jugo de manzanas y se puso a leer el periódico. Charlie estuvo un rato olfateando con desconfianza detrás de unas macetas, luego trepó por la santa rita y se instaló entre el follaje.

Carlos iba a prender un cigarro, pero decidió volver al dormitorio y poner el aire acondicionado. Al rato sintió rasguños en la puerta e hizo entrar a Charlie.

Acomodó las almohadas y se tendió. Cruzó los brazos detrás de la cabeza y quiso ponerse a pensar. Charlie se acomodó a su lado. A Carlos le gustaba ver televisión y sobre todo leer en la cama, porque podían pasar las horas sin sentir la tentación de fumar. Alguna vez hizo intentos de escribir en la cama, pero no le resultaron. En la mesita de luz había una pila de libros; entre ellos estaba *Adán Buenos Ayres*. Ya lo había leído hace muchos años y tenía grabadas las circunstancias en que lo hizo: fue en un gélido y polvoriento coche de segunda del tren Estrella del Norte, cuando era un estudiante que regresaba en las vacaciones de invierno desde Buenos Aires a Santiago del Estero. En las dieciséis horas del viaje lo leyó en gran parte. Quedó deslumbrado y durante muchos años anduvo diciendo que las dos obras con las que más se había divertido en su vida eran *Don Quijote* y la novela de Marechal.

Tomó el libro y, como hacía siempre, con un lápiz subrayaba frases o ponía señales en los márgenes. A veces se entusiasmaba y, en voz alta, decía cosas como "¡Genial!", "Qué novela extraordinaria". Ante sus exclamaciones el gato movía las orejas, abría brevemente los ojos, y luego trataba de seguir dormitando.

Salió a fumar y Charlie lo siguió. Estuvieron un rato afuera y luego volvieron a la pieza. Cuando el hombre prorrumpía en sus sonoros comentarios despertaba al gato, quien lo miraba silenciosamente. Como una

manera de disculparse por no dejarlo dormir tranquilo, Carlos le amasaba la pelambre y le apretaba suavemente la cabeza.

Al rato Charlie estiró las patas, se desperezó y comenzó a ronronear. Carlos siguió leyendo, luego se detuvo, colocó el libro abierto sobre el pecho, extendió una mano y se la pasó por el lomo. El gato levantó la cabeza, lo miró a los ojos y le dijo:

—Tenemos que hablar, papá.

Carlos quedó con la boca abierta. Fue un instante que duró siglos. Sintió simultáneamente sorpresa, inquietud y regocijo. También mucho temor porque pensaba que se estaba volviendo loco, pero al mismo tiempo la sensación de que por fin acontecía en su vida un milagro. Por suerte la impresión no le hizo saltar de la cama, lo que hubiera asustado al gato.

Estuvo a punto de llamar por teléfono a su mujer para contarle lo que pasaba, pero ella estaba lejos y la preocuparía. Pensó en llamar a algún amigo, a Alberto o Lito. Pero una brizna de racionalidad que ¿aún le quedaba? lo detuvo. *Pensá un momento*, se dijo. ¿Qué está pasando? Estaba preocupado: que hubiera creído escuchar hablar al gato mostraba que estaba cayendo en una suerte de locura alucinatoria. ¿Por culpa de qué o de quién? Hizo mentalmente una lista de presuntos responsables: los desarreglos nocturnos, los cigarrillos, el whisky, su vida de ermitaño o, quizás, la masturbación excesiva en su juventud. Se sentía perdido, en realidad *estaba* perdido. Porque lo que estaba pasando no era sino el primer paso hacia el derrumbe final: pronto escucharía hablar a las plantas y a las piedras. Si las cosas seguían así, em-

pezaría a meterse en problemas, lo expulsarían del trabajo y finalmente lo internarían por la fuerza.

Se levantó despacio de la cama, fue al baño y se mojó la cara y la cabeza. Le pareció que sería bueno ducharse. Después se preparó un café bien cargado y prendió un cigarrillo. Subió a la terraza a respirar aire fresco. Miró hacia un punto entre las estrellas y luego observó el resplandor de la ciudad en la noche.

Volvió al dormitorio. Charlie continuaba durmiendo; ya no estaba estirado, sino que se había enroscado sobre sí mismo. Se recostó a su lado. Permaneció mirándolo durante largo tiempo. "Pobre gatito, lo estoy haciendo responsable de mis alucinaciones". Con cautela estiró una mano. Cuando lo tocó, Charlie, sin levantar la cabeza, le dijo:

—Hablemos, viejo.

Al escucharlo nuevamente hablar al principio sintió como un temblor eléctrico, pero la reacción fue apaciguándose y después le preguntó:

—¿Desde cuándo hablas?

—No sé. Creo que desde ahora.

—¿Pero siempre entendiste todo?

—No sé.

—Quiero que me digas una cosa: ¿cuándo hacíamos el amor con Cristina y vos estabas en la pieza, entendías todo? —interrogó el hombre.

—Creo que no, pero eso no tiene importancia.

—Te quiero preguntar otra cosa. Vos sabes hablar, pero ¿sabes contar? ¿Aprendiste los números?

—Papá, hablemos seriamente.

—¿Por qué me dices papá? —el hombre se estaba poniendo nervioso.

—Porque vos me lo dijiste siempre —razonó Charlie.

—Es cierto, sí. Pero era una especie de cariño, una manera de hablar —se disculpó el hombre.

—No, vos sos mi padre. Yo sé que la Cristina es mi madre adoptiva. Ella es la mujer que más quiero en el mundo, pero no es mi madre biológica.

—¿Y quién es tu madre biológica?

—La Gordi, por supuesto. La que decías que era una gata abisinia.

—Está bien. ¿Pero quién es tu padre biológico?

—Vos, papá.

—Mirá, me estás volviendo loco. Ahora vamos a dormir y mañana seguimos conversando.

—No dejes pasar las oportunidades —le advirtió el gato.

Cuando el hombre despertó al día siguiente Charlie ya se había levantado. Al rato, mientras desayunaba, el gato se acercó para que le sirviera su alimento. Ninguno de los dos habló. Carlos pensó que todo no había sido más que un sueño.

Terminó de leer el diario, se vistió y salió al trabajo. En el bar de la universidad se encontró con Ramón Antonio, un amigo que era docente de economía; estuvieron charlando bastante tiempo, pero no se le pasó por la cabeza contarle lo de Charlie.

Cuando volvió a la casa, no lo vio. Le sirvió su comida, pero él no apareció. Tampoco lo vio en la tarde. Era sumamente extraño, e inclusive se preocupó, aunque no quiso pensar demasiado en el asunto. Creyó ver una sombra caminado en el atardecer por la pared del patio, pero no estaba seguro.

En la noche, mientras escuchaba un cuarteto de Bela Bartok que le había prestado su padre, vio que Charlie bajaba por la santa rita y se frotaba en sus piernas. Luego con un salto se subió a una silla. Se miraron, pero siguieron con sus cosas, Carlos escuchando música, Charlie lamiéndose las patas.

Después de un tiempo el hombre pensó que debía dedicarse a Charlie y ver qué pasaba con él. Estuvo un rato en silencio. Era una locura intentar hablar con él, pero de todos modos le dijo:

—¿De qué querías hablar, Charlie?

Como efectivamente el gato no le respondió, sintió que subían a su rostro oleadas de vergüenza y turbación. “Estoy totalmente loco, qué puedo hacer. Cómo voy a hablar con un gato”.

Al cabo de unos instantes, Charlie lo miró y dijo miao. Pero a continuación agregó:

—De tu manera de vivir.

—¿Qué dijiste? —se preocupó Carlos.

—Quiero que hablemos de lo que piensas hacer con tu vida —dijo Charlie.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, a que todos dicen que si sigues viviendo como hasta ahora te morirás, que fumas demasiado.

—Pero estoy tratando de dejar.

—¿Hace cuánto tiempo que dices lo mismo? —se quejó el gato, miró hacia otro lado, y agregó: —Si no piensas en vos, pensá en los demás. ¿Qué va ser de nosotros si te mueres?

Hablaron sobre una variedad de asuntos, y cuando Charlie no le reprochaba aspectos de su manera de



vivir —algo que a Carlos lo ponía incómodo— sentía que había mucho para conocer el uno del otro.

A medida que pasaba el tiempo parecían dos viejos amigos, dos camaradas contándose cosas. A Charlie le gustaba enterarse de historias sobre sus congéneres; así supo que fueron venerados por los antiguos egipcios y que padecieron las condenas del fanatismo durante la Inquisición. Carlos le habló de todos los gatos que conoció por el mundo. Le dijo que con Cristina estaban seguros de haber visto el mismo gato —gris y con una mancha blanca sobre el ojo izquierdo— en el alféizar de una ventana en un pueblito de Andalucía y en el umbral de un almacén en Humahuaca. “No un gato parecido, sino el mismo”. Entre tantas novedades de las que se enteró, a Charlie particularmente lo impresionó saber de la casi infinita cantidad de gatos que circulaban por el Jardín Botánico de Buenos Aires y de que en la inmensidad del Central Park de Nueva York no había ningún gato. “¿Solo ardillas, y cómo son las ardillas?”.

Por su parte Charlie le contó varias cosas interesantes. Como él solía andar por los lugares más recónditos de las habitaciones, resultó que conocía la ubicación de ciertos objetos que tanto Carlos como Cristina daban por perdidos: le avisó que una gorra de invierno que el hombre había buscado vanamente —y a la que le tenía afecto porque creía que lo ayudaba a reflexionar— estaba en lo alto de un placard detrás de una maleta. También sabía dónde se encontraba un manojo de llaves extraviadas. “¿Por qué no me avisaste antes?”. “Es que antes no hablábamos”.

Charlie conocía como nadie el funcionamiento secreto de la casa. No solo estaba al tanto de cosas perdidas, sino de grietas y fallas ocultas de los muros y las cañerías. Pero al hombre lo que le resultó fascinante fue cuando Charlie le contó lo que acontecía en su misteriosa patria, en el país de todos los gatos: ese mundo de azoteas, techos y terrazas. Lo que Charlie le relató lo llevó a pensar en que los hombres se suponen dueños del mundo, y quizás lo sean, pero solo únicamente en el nivel superficial en que transcurre la aventura humana.

Porque Charlie le dijo que, en los techos, en las azoteas, vive mucha gente, muchas familias, y nadie lo sabe. Gente que se oculta de la luz, *okupas* invisibles durante el día, pero que salen en la noche. Pensó que el gato estaba exagerando. Para Carlos los techos que veía desde su ventana —cables, antenas, chapas de zinc, chimeneas, trastos viejos, ropa colgada— eran como las costuras superiores de las casas, solo un sitio para los desechos de la cotidianeidad.

Charlie había visto muchas cosas. Le habló de adolescentes que, en las siestas, cuando sus padres dormían, subían a las azoteas para sentirse libres y satisfacer sus necesidades espirituales y físicas; Carlos recordó que él había sido uno de esos adolescentes. También le contó que una vez vio a un hombre perseguir con un puñal a una mujer que daba alaridos; Charlie le dio detalles, y resultaron ser el arquitecto Agresti y su esposa. Carlos jamás lo hubiera imaginado, parecían un matrimonio tan respetable. No lo podía creer. "¿Pero, estás seguro Charlie?". "Sí, tal como te lo cuento. El arquitecto le gritaba *puta* mientras la perseguía".

Cosas que pasaban en las terrazas. Entre tantas historias, hubo una que turbó a Carlos y se propuso no volver a pensar en ella, quizás para no tentarse. El gato indiscreto le contó que, en una de las casas cercanas, la de la esquina, el señor Enríquez, el dueño de la ferretería, de vez en cuando subía a la terraza, ponía una silla, se trepaba hacia el tanque de agua, levantaba la tapa y sacaba una bolsita. Miraba hacia un lado y otro, y contaba unos billetes. Luego sacaba del pantalón un fajo de billetes verdes que ponía en la bolsita a la que colocaba nuevamente en el tanque. "Tiene tres bolsitas en el tanque", informó Charlie.

Pasó el tiempo y los habitantes de la casa creían conocerse cada vez más. El jardín comenzó a cambiar de color y ya un viento fresco soplaba por las tardes. Se acercaba el regreso de Cristina. En algún momento Carlos pensó en avisarle de las cosas que pasaban con Charlie, pero por una u otra razón no se decidió. Está bien, se dijo, que ella llegue y las cosas sucedan naturalmente.

Fue a esperarla en el aeropuerto; estaba nervioso, pero ella no lo notó. Llegaba como siempre, colmada de noticias y saludos, con regalos y muchas cositas para el baño y la cocina. También traía un cuadro de Lucho, su hermano. "Ya lo vas a ver, es extraordinario, el mejor cuadro que pintó Lucho".

Cuando entraron en la casa Charlie la esperaba encaramado en el respaldo de un sillón. Miau, miau, le dijo. Ella se acercó, lo levantó, lo apretó contra sí y lo besó. "Cómo está mi gatito precioso, cómo está mi

guagua. ¿Me echó de menos?”. El hombre contemplaba la escena con ternura, pero también con inquietud, pensando en cómo iría a reaccionar ella cuando el gato le hablase. Pero no pasó nada. Charlie saltó alrededor de ella, se apretó contra sus piernas y comenzó ronronear.

Ella se dedicó en la tarde a acomodar lo que traía en las maletas. En la noche fueron a comer a *La Española*, un restaurante cercano. Cuando volvieron se instalaron en el living y ella siguió contando lo que pasó en el verano. Al rato se asomó Charlie, empujó la puerta de cristal y entró; sintió necesidad de limpiarse y lo hizo con unas breves dentelladas en una nalga. Luego se acomodó en la alfombra frente a ella (como una esfinge, como una escultura de Henry Moore), la miró y le habló. Carlos permaneció en suspenso y escuchó lo que Charlie le decía.

—Ay, mi gatito, pareciera que hablaras. Eso es lo único que te falta. Venga para aquí, mi amor, que le doy un beso —dijo ella.

Charlie se quedó mirándola y luego lo miró a él. Dio unos pasos por la sala, y le habló a ella nuevamente. La mujer lo contemplaba sonriendo y con los ojos brillantes. Carlos estuvo a punto de decirle “Cómo no lo escuchas, no te das cuenta que te está hablando”, pero no dijo nada.

Esa noche, en el dormitorio, ya a punto de dormirse, ella le dijo a su marido:

—Qué raro que Charlie no haya venido a dormir con nosotros. ¿Dejaste la puerta abierta para que pueda entrar?

Carlos no le contestó, aunque pensaba lo mismo que ella. Luego sintieron que Charlie se instalaba a los pies de la cama.

En la mañana, cuando Carlos leía el correo electrónico, sintió el roce de la cola de Charlie. Bajó una mano hacia él y lo frotó lentamente.

—No te preocupes, Charlie —le dijo, tratando de consolarlo, porque pensaba que estaba apenado.

—No te preocupes vos, yo estoy bien —dijo el gato, y agregó—: Ella no escucha mis palabras, pero me entiende.

Cristina estaba instalada frente a su caballete. Había estado dando pinceladas, mientras murmuraba; era su manera de trabajar, diciéndose cosas. Comenzaba y recomenzaba, a veces se desanimaba, pero era persistente; una gran diferencia con su marido que se desalentaba ante el primer escollo. En cierto momento se levantó, se alejó unos pasos, contempló su trabajo y se dijo: “Nada que ver, hice una macana”. Sacó el papel del atril, estuvo por estrujarlo, pero lo guardó en una carpeta, y dirigiendo la voz hacia lo alto, hacia la terraza o hacia la santa rita, gritó:

—Ven para aquí, Charlie, que quiero dibujarte.

Tomó unos lápices y carbonillas de una caja de madera. Pasó un dedo por la punta de un lápiz y decidió afilarlo. Esperó unos instantes, golpeó las manos y volvió a llamar: “Vamos Charlie, para cuándo. Te estoy esperando”.

Finalmente, el gato apareció y se puso al lado de la mujer. Ella lo levantó desde el piso de ladrillos rojos y lo colocó sobre un sillón, pidiéndole que tratara de

quedarse quieto. Comenzó a dibujarlo. La boquita y la nariz: lo más lindo de este gato, pensaba, en eso es igual a su madre, pobre Gordi, dónde estará. Entrecerró los ojos y miró el dibujo, no estaba nada mal. Decidió ponerle algo de color y sacó unas barritas de pastel. Ya lo había dibujado y pintado otras veces, pero se puso a dudar.

—¿De qué color dirías que es Charlie? —preguntó a su marido que se había acercado a ver la sesión de pintura, y antes que él le respondiera, ella agregó: —Por favor, deja de fumar por un momento, al menos no fumes cerca de mí.

Él pidió disculpas con un gesto, apagó el cigarrillo en una maceta y con cierta imprecisión respondió:

—Y no sé... Vos siempre dijiste que era beige. Yo en este momento diría que es marroncito claro, como color quillango.

Cristina escuchó la respuesta con algo de insatisfacción, él nunca decía nada concreto, y volvió a su tarea murmurando: "mi gato color beige". Poco a poco un niño gato fue asomando desde el papel. Ella se detenía, suspiraba, pensaba, pero continuaba dibujando. Carlos la miraba trabajar; siempre se maravillaba de sus trazos sueltos y seguros. Ojalá yo pudiera escribir así, con tanta firmeza y despreocupación, pensaba él.

Con los últimos resplandores del atardecer ella dejó de pintar. Por hoy es suficiente, se dijo, ya veremos si sigo. Le mostró lo que hizo a su marido.

—¿No está tan mal, no es cierto? Te cuento una cosa, estoy sorprendida de lo bien que se portó Charlie, estuvo obediente, solo se movió una vez, y eso que estuvimos cerca de dos horas —dijo ella.

Pasaron los días y se sucedieron las estaciones. Ellos no notaban el transcurso de los años, pero sí de los tiempos de la lluvia, del otoño, del frío en las habitaciones de la casa, de las flores en el jardín, y nuevamente del verano. El destino, una serie de buenas-aventuras e infortunios, los había llevado a vivir juntos. Eran una pequeña familia, se querían y compartían los momentos de felicidad y los silencios, pero cada uno no dejaba de tener sus ensimismamientos, sus propios sueños y preocupaciones. Carlos soñaba, aunque ya estaba en una edad más propicia para la resignación que para las ilusiones, con ser finalmente un escritor, que Cristina no se arrepintiera de haberse casado con él, y que Charlie siguiera siendo feliz. Ella soñaba que cada día valiera la pena vivirlo; no tenía ilusiones abstractas como su marido, sino reales buenos deseos; ella se decía que había momentos propicios para todo, para amar, para conocerse, para pintar. Y Charlie soñaba que Carlos y Cristina no se pelearan y no se separaran, porque si pasaba eso, él no sabría cómo ni con quién vivir. También soñaba con que Carlos dejara de fumar y Cristina se preocupara de su salud.

En la pieza de arriba, en el escritorio, Carlos corregía unos trabajos de sus alumnos. Hacía frío, se había puesto la bufanda que le tejó su suegra y la gorra que encontró Charlie. La estufa estaba prendida y escuchaba las Variaciones Goldberg. De tanto en tanto chupaba una pipa que parecía negarse a permanecer encendida; alguna vez aprenderá a utilizarla, pensaba.

A través de la ventana observó a Charlie que mordisqueaba unas plantitas. Luego el gato se desperezó y se revolcó varias veces de espaldas. Después subió a un pequeño muro, se extendió y miró hacia lo lejos, quizás hacia la línea del horizonte.

Lentamente, Carlos se acercó y le preguntó:

—¿En qué piensas, Charlie?

—En nada.

—Te quiero preguntar una cosa. Aparte de mí ¿con quién más hablaste? ¿Con otros gatos, con otras personas? —preguntó el hombre.

—Con ninguna persona. Con nadie más, aparte de vos. Y una sola vez hablé con un gato que a veces andaba por aquí, era uno blanquito, no sé si te acuerdas.

—Esperó la confirmación de Carlos y luego prosiguió:

—Por supuesto que hablaba siempre con mi mamá, con la Gordi, como ustedes le decían, pero ella ahora está muerta —dijo Charlie.

Carlos recordó a la Gordi. Con la Cristina lloraron tanto cuando ella se murió. Unos albañiles que estaban trabajando en la casa dejaron abierta la puerta y ella salió a la calle. Se asustó o se perdió; estuvo varios días afuera y ellos salían por la noche a buscarla. Una siesta en que la Gordi regresaba a la casa, un auto la atropelló. La Gordi Gómez. Él decía que se llamaba así, porque siendo santiagueña no podía tener otro apellido.

Charlie permanecía inmóvil sobre el muro, de vez en cuando levantaba una oreja y prestaba atención a los sonidos que traía el viento. Comenzaron a encenderse algunas luces y a llegar los primeros rumores de la noche. Carlos entró al escritorio y regresó encendiendo trabajosamente la pipa.



—Estaba pensando en contar que vos me hablas y yo te entiendo —dijo el hombre, mientras miraba a lo lejos la arboleda de eucaliptus.

—¿Te parece, vos crees que te conviene? —le preguntó el gato.

—Lo haría figuradamente —dijo el hombre.

—¿Qué quiere decir *figuradamente*?

—Que escribiría un cuento.

—Bueno, si es así, está bien. No te tomarán por loco. ¿Y cómo se llamaría el cuento? —se interesó el gato.

— Le pondría de título las primeras palabras que me dijiste.

—No las recuerdo. ¿Cuáles fueron?

—El cuento se llamaría "Tenemos que hablar".



## Suspiras, Irene

Suspiras. Porque estás cansada, pero contenta. Ya se ha ido el último paciente del día. Revisas las anotaciones que estuviste tomando durante la sesión, y agregas unas palabras de él y unas observaciones tuyas; colocas los papeles en una carpeta con un rótulo que dice *Daniel, chico con problemas de drogas* y la guardas en el fichero metálico. Ahora sí, estás lista. Lista para partir.

Pensabas salir sin despedirte de nadie, pero entreabres la puerta de la sala donde están tus colegas y les dices: "Chau, chicas, nos vemos el lunes". Ellas levantan la cabeza, interrumpiendo sus afanes sobre varias carpetas. "Pero vení, entrá. Terminamos de arreglar estos papeles y tomamos un café", te dice Judith. "Dejála nomás, es viernes por la noche y seguro que tiene un programa. ¿No ves que está apurada?", dice Marta, dirigiéndose a Judith, y luego mirándote con un aire de complicidad.

Te ríes de la salida de Marta y quizás intentes un gesto de negación y tal vez estés a punto de decirles que no, que no tienes ningún encuentro previsto, pero no dices nada. Solo las miras sonriendo. Muy bien, Irene, así se hace, no tienes que andar disculpándote ni explicando nada, y menos con tus amigas.

Lo único que deseas ahora es salir de *la clínica*. Así le llaman al departamento de la calle Arenales que alquilan hace unos años. Marta fue compañera tuya en la facultad y ella te presentó a Judith. Se pusieron

de acuerdo en trabajar juntas para economizar gastos, porque había buenas ondas entre ustedes y también por cierta afinidad teórica y política: las tres eran lacanianas y progresistas, eso decían. Aunque a esta altura de las cosas ya no estás demasiado segura de lo que significan esas palabras. Pero no importa.

Siempre se llevaron bien. Solo al principio discutieron un poco, cuando había que ponerle un nombre al consultorio. Pasaron varios días proponiendo y evaluando alternativas, pero como el asunto no avanzaba, finalmente optaron por la simple solución de poner en orden alfabético los apellidos de Marta, el tuyo y el de Judith, e hicieron dos cartelitos en acrílico y mandaron imprimir recetarios con la inscripción *Carabelli, Naón y Schkolnik. Psicólogas*.

Finalmente sales al palier. Por algo que estabas pensando, no llamas al ascensor, sino que bajas los seis pisos por la escalera. Así te sientes más humana, supones. Mientras descienes, escuchas tus pasos resonando en los peldaños: los tacones altos son elegantes, pero no suelen ser cómodos ni silenciosos. Cuando estás en la calle recién adviertes que había estado lloviznando. Se formaron algunos charcos y se ha levantado una bruma que solo te permite distinguir, como aureolas, los faros de los autos que avanzan por el pavimento mojado, el resplandor de un lejano kiosco, las luces del alumbrado, y algunas ventanas iluminadas en los edificios de enfrente.

Te paras en la vereda junto a la puerta de entrada y piensas.

¿Qué es lo que quieres hacer, Irene? ¿Ir a tu casa, ver una película en la Recoleta o ir hacia Corrientes?

Te decides por Corrientes. Pero antes, llamas por el celular a Josefinita que esa noche tiene una fiesta, y le pides que se cuide, que no regrese tarde, que, si se queda en la casa de una amiga, no deje de avisarte. Son preocupaciones de madre que ojalá ella las entienda; aunque siempre te diga, uy, mamá, sos la típica divorciada culposa, por tu bien y por el mío te tenés que casar de nuevo. Ella siempre te dice eso, pero si de algo estás segura es que nunca, ni loca, te volverías a casar. Con una vez y media tengo bastante, le sueles decir. Cuando ella te pregunta con quién fue esa "media vez", le dices que fueron todos los errores que estuviste a punto de cometer.

Miras el reloj: son las nueve y media de la noche. Lentamente, bajo la llovizna, llegas hasta la esquina, frente a la plaza Vicente López. No sabes si seguir caminando o tomar un taxi; dudando, entrecierras por un momento los ojos.

Te fascina Corrientes de noche. ¿A quién no? Pero no te gusta toda la calle Corrientes, sino solo entre Callao y Cerrito. Pasaste parte de tu juventud en esas seis cuadras. Las cosas han cambiado, y mucho; pero aún quedan algunos bares entrañables, los mismos puestos de diarios en las esquinas y, sobre todo, las excitantes mesas de ofertas de las librerías. También la posibilidad, aunque menos que antes, de cruzarte con alguien conocido.

En una librería descubres que venden sueltos los tomos de las obras completas de Freud traducidas por José Luis Etcheverry —fuiste amiga de su esposa— y que hay una vieja edición de Literatura y Revolución

de Trotsky. En otra librería te interesa un CD con la segunda sinfonía de Rachmaninoff y un librito delgado y barato con poemas de Kavafis que te pones a hojear: ahí está ese poema que te gusta tanto. Pero finalmente no compras nada.

Cuando ya estás instalada en Pippo, en una mesa junto a los ventanales que dan a la calle Montevideo, miras pasar a Beatriz por la vereda de enfrente. El mozo tarda demasiado en atenderte o no tienes ganas de comer, así que después de un tiempo te levantas y sales del restaurante. Llegas hasta el bar La Paz para ver qué gente hay, no con intención de entrar, sino solo por curiosidad. Beatriz está en una mesa con personas que reconoces. Lo piensas un poco, pero te decides, por qué no, a entrar y sentarte con ellos. Han juntado dos mesas y quedan unas sillas vacías, como si esperaran a alguien más. Te acercas, los saludas y están tan entusiasmados charlando que al principio es como si no se dieran cuenta de tu presencia. Ellos son así, auténticos y nada formales. Los conoces y te sientes cómoda con los cuatro. Especialmente con Beatriz que es psicóloga y también separada como vos; se hicieron amigas cuando en un curso descubrieron que habían nacido en lugares cercanos, ella en Nueve de Julio y vos, claro, en Casares. Ricardo, el segundo esposo de Beatriz, es sociólogo pero no trabaja en eso, sino que tiene una librería "mixta", como dice él, donde se venden artículos de escritorio y algunos libros. Renata es pintora y además se dedica a la escenografía. Paco, el esposo de Renata, es filósofo, pero crees haber escuchado que vive del periodismo y de algunos emprend-

dimientos editoriales. Te entretienes escuchándolos charlar.

De pronto alguien se apoya en una silla que está tu lado y se sienta. Los de la mesa están tan metidos en una discusión, para variar, sobre el destino de la Argentina, que tampoco a él lo toman en cuenta. Pero vos lo saludas, Irene, y al principio no lo reconoces, aunque recuerdas vagamente su rostro. ¿Es o no es? No puede ser, te dices. Pero sí, es Eduardo. No lo puedes creer, y lo miras nuevamente. Es Eduardo Corbalán.

Lo frecuentaste en una época. Era amigo de Marcos, esa especie de novio que tuviste en el primer año en la universidad. Dejaste de salir con Marcos, pero lo seguías viendo de vez en cuando, y Eduardo lo solía acompañar. Luego vino el gobierno militar y los dejaste de ver. Todos se dejaron de ver. Fueron los tiempos en que la gente que conocías o trató de pasar desapercibida o se fue o desapareció.

Estás impresionada, Irene, porque lo tenías a Eduardo por desaparecido. Recuerdas que fue Marta quien te dijo que creía que su nombre figuraba en la nómina de víctimas registradas en el *Nunca Más*.

Al rato Beatriz se levanta y se dirige hacia el baño. También te paras y la sigues. En el baño hay dos mujeres más. Cuando ellas salen, Beatriz arma un porrito y se pone a fumarlo. La contemplas con una mezcla de conmiseración y envidia, porque ya hace un tiempo que le hiciste caso a tu médico y ya no fumas ni cannabis ni, menos, los cigarrillos normales que son el verdadero riesgo (tardaste demasiado tiempo en darte cuenta de esto). Como bajando la voz, le dices a

Beatriz que estás sorprendida, pero contenta, de verlo a Eduardo, porque pensabas que había muerto. Ella da una larga pitada, te mira como si lo hiciera a través tuyo, con una mirada de lejanía, pero no te responde nada. Para qué.

Cuando vuelven a la mesa, Ricardo, Renata y Paco siguen conversando y discutiendo. Eduardo comienza a levantarse disponiéndose a partir y le pides que no se vaya todavía, que se quede un rato a charlar contigo.

Recuerdan viejos tiempos. Y le refieres algo de tu vida. Que te casaste y te separaste, le cuentas de Josefina y de tu trabajo en la clínica. Parece mentira que en casi cinco minutos puedas resumir tu existencia. ¿Poder de síntesis que llega con la madurez o sensación de vacío que llega con la madurez?

Y le preguntas qué ha sido de su vida, a qué se dedica ahora; antes que te responda, sientes la necesidad de aclararle —claro está que lo haces con una sonrisa— que vos creías (que te habían dicho, que por suerte era un error) que él había muerto. “Qué impresionante, no es cierto, decir estas cosas, pero en este país es posible cualquier cosa”: son las palabras con que intentas disculpar tu confusión.

Eduardo que luce joven, como si no le hubieran pasado los años, dice que no es nada, que no te preocupes. Pasan a menudo esas confusiones, le suceden a los demás y a uno mismo; a veces no se sabe qué parte de la realidad le toca a uno vivir: eso te dice. “Además, como vos sabes, tanto la vida como la muerte son realidades, pero también territorios imaginarios. Ya te darás cuenta, Irene”.



Te intrigan las palabras de Eduardo. No sabes bien por qué. Además te sientes rara porque olvidaste de llamarla nuevamente a Josefinita y no pediste el jerez que pensabas tomar, ni has tratado de intervenir en la conversación de la mesa.

Cuando Eduardo ya se ha ido, lamentas no haberle pedido su dirección ni su teléfono. Pero ya lo conseguirás, seguramente Beatriz lo tiene.

En cierto momento empiezas a sentirte un poco incómoda. Abres tu cartera, la revisas un rato, únicamente por hacer algo, y la vuelves a cerrar. Tu mirada recorre el ambiente del bar, de mesa en mesa, de pared a pared, sin detenerse particularmente en nada; solo observas que en el reloj que está detrás de la barra ya es la una de la mañana.

Ahora miras tus manos, blancas y pequeñas, con un solo anillo. Atisbas el rostro de la gente que está a tu lado. Y luego observas las botellas, los vasos y las tazas de café. Tocas tus manos y las sientes transparentes.

Permaneces un tiempo ensimismada, pensando en algo que no quieres, que no te atreves a pensar, porque es como si te acercaras a un abismo, y vos fueras el abismo.

Poco a poco, lentamente, comienza a llegarte una certidumbre. Te das cuenta de que solo conversaste con Eduardo, de que solo únicamente él te miró a los ojos. Nadie más. Ni en las calles, ni en las librerías, ni en la mesa del bar en que estás sentada ahora. Estás a punto de gritar cuando te invade el vértigo de una revelación.

Quizás no lo sepas o lo hayas olvidado, Irene, pero hace unas horas, cuando habías salido de la clínica y estabas parada frente a la plaza Vicente López, de pronto sentiste una opresión, te llevaste una mano al pecho, se nublaron tus ojos, comenzaste a caer y Eduardo (que apareció en ese momento) te sostuvo, te depositó suavemente en la vereda y luego se alejó. Primero se detuvo un chico que paseaba unos perros, enseguida una señora, después una pareja, y llamaron al portero de un edificio cercano, que se agachó, te tomó el pulso y, moviendo la cabeza, les dijo a los presentes que a pesar de todo había que llamar una ambulancia.

Eso pasó.

Ya no suspiras, Irene.

## El misterio de la estancia El algarrobo

*En el atardecer el sol ya se inclinaba sobre la vasta estancia "El algarrobo", un legado de su padre que Consolación Urrejola recibiera con sus dos hermanos, Pedro y Abel. La propiedad, rica en ganados y cultivos de algodón, había sido un símbolo de prosperidad, pero el reciente asesinato de Pedro había traído consigo un aire de tristeza y desconfianza.*

*Consolación, una mujer de carácter decidido, no podía dejar que las sombras del luto ahogaran su hogar. Mientras contemplaba el horizonte desde el porche, pensaba en la pena y en la incertidumbre que había caído sobre su familia.*

*Con la determinación que la caracterizaba, resolvió que necesitaba ayuda. Ella anhelaba conocer la verdad profunda de lo que había acontecido. No podía confiar en la policía local, que aún no había avanzado nada en esclarecer los hechos. Recordó haber oído hablar del detective Hercule Poirot, conocido por su aguda mente y su capacidad para desentrañar los más enrevesados misterios. Fue entonces cuando llamó al capitán Hastings, un amigo de la familia que había estado de paso en la estancia.*

*—Capitán Hastings —comenzó Consolación, con voz firme pero cargada de emoción—, necesito que contacte a Hercule Poirot. Mi hermano Pedro ha sido asesinado y creo que él puede ayudarnos a descubrir la verdad de lo acontecido.*

*Hastings, sorprendido por la solicitud, asintió.*

*Era un hombre de honor y sabía que la situación requería atención especial. Y precisamente Poirot, por un pedido suyo, estaba en ese momento en Argentina.*

## I

Las serias heridas que recibí en mi participación en la batalla de Somme no me convirtieron en un total desvalido pero me impidieron continuar normalmente con mi carrera militar. De tal modo, debí emprender la búsqueda de actividades a las cuales dedicarme; intenté averiguar por un lado y otro durante un tiempo demasiado prolongado, sin obtener resultados que me convencieran.

Enterado de mis búsquedas mi padre me citó una noche en su casa.

—Va a venir a visitarme un amigo con el que de vez en cuando jugamos al ajedrez. Es el Inspector Japp de Scotland Yard, conversa con él y quizás pueda ayudarte en tus afanes ocupacionales.

Japp era un hombre alto, de anchos bigotes, que estaba enfundado en un largo abrigo que curiosamente nunca se lo quitó.

—Joven Hastings, su padre me ha contado de la situación en que se encuentra. Teniendo en cuenta sus antecedentes y, sobre todo, que haya trabajado en Asuntos Internos de la Royal Navy creo que la persona indicada con la que debiera hablar es el señor

Hercule Poirot quien precisamente anda buscando un ayudante para sus tareas.

—Muy agradecido Inspector, le dije. Es un detective belga, ¿no es cierto?

—Ah Poirot, aún no se lo conoce demasiado por aquí, él se desempeñaba en la Policía de Bruselas pero cuando los alemanes invadieron su país decidió venir-se a Inglaterra. Aunque para muchos, aún a veces para mí, es un personaje que bordea lo estrafalario, por su aspecto, por sus maneras, es sin duda un sagaz, imaginativo —a veces demasiado—, pero muy eficiente detective. Varias veces lo he consultado; cuando un caso me empezaba a resultar irresoluble, su opinión, su ayuda, me hizo salir del atolladero.

Munido de la carta de recomendación que me había escrito Japp una mañana fui a visitar a Poirot a su apartamento en Whitehaven Mansions. Me recibió su secretaria Miss Lemon y me hizo pasar al living donde se encontraba Poirot examinando y acomodando unas flores. Me saludó con una ceremoniosa afabilidad y me invitó a instalarme en un mullido sofá. Leyó la carta que le acerqué. “Ah, dijo, ahora el inspector no me requiere con un pedido de apoyo sino él me acerca una, ojalá, posible ayuda”.

—Miss Lemon, por favor me acerca mi tisana y un café para el capitán Hastings.

Me señaló una silla para que me ubicara y él se acomodó en un sillón en que se balanceaba. Me ofreció un delgado cigarro negro y encendió el suyo. “Cuénteme de usted, capitán”, me dijo. Y comencé a narrarle cuáles fueron mis peripecias a lo largo de la

vida; de vez en cuando se interesaba en un detalle, una circunstancia, y quería saber más. "Ahora sé quién es usted", finalmente me señaló. Él no creyó necesario darme detalles de su trayectoria. Estuvimos charlando largo tiempo y luego acordamos en que me tomaría como ayudante: "socio colaborador" fue su definición. Así se inició mi larga relación de muchos años con Poirot que me llevaron a acompañarlo en investigaciones en Inglaterra pero también en el Continente; en diversos casos, algunos de los cuales, con su autorización, fui dando a conocer. Nuestra dilatada tarea en común concluyó cuando debí trasladarme a Argentina a hacerme cargo de un establecimiento agropecuario en La Pampa.

## II

Después de un largo viaje en el tren "Estrella del norte" que tomamos en Buenos Aires en la estación del Retiro arribamos a Santiago del Estero. Por la ventanilla divisé a Consolación, —alta, de pelo negro y ojos claros—, que se encontraba en el andén. Bajamos y nos acercamos a ella.

—Este es mi amigo Poirot, le dije. Ella lo miró con una sonrisa agradecida.

—Enchanté mademoiselle —dijo Poirot y, quitándose el sombrero, le besó la mano.

—Cuánto agradezco que hayan venido, señores. Les tengo reservado alojamiento aquí en el Hotel Sa-

voy o, si prefieren, pueden hacerlo en nuestra propiedad en Antajé que queda a unos 35 kilómetros, ustedes dirían "unas 28 millas".

—Oh, yo prefiero ir ya mismo al lugar de los hechos. Vayamos a Antajé —dijo Poirot— ya tendremos tiempo de visitar la ciudad de Santiago del Estero.

—Perfecto, dijo ella. Y dirigiéndose a un mozo de cordel que acudió a su llamada, le dijo: "Por favor, Gramajo, lleve el equipaje de estos señores hasta el auto".

Nuestras maletas fueron acomodadas en un comfortable Packard negro que conducía un chofer —Leguizamón— que posteriormente nos brindó algunos servicios. Luego de un recorrido de unos veinte minutos ingresamos a un camino de grava bordeado de árboles de la zona —jacarandás, algarrobos—, tras los alambrados se veían pequeñas multitudes de ganado vacuno y diversos cultivos. Poirot señaló un alto edificio de paredes metálicas y preguntó cuál era su función.

—Esa es nuestra lechería —dijo Consolación—, ahí hacemos manteca y diversos tipos de quesos. Ya los probarán, les recomiendo especialmente el queso de cabra.

Ante nuestros ojos apareció la residencia principal —el "casco" como suelen denominarla—. Un ancho edificio de dos plantas con una fuente adelante, al cual ingresamos. El ambiente me resultó familiar: vastos salones colmados de mobiliarios y cuadros que eran habituales en las residencias de los hacendados rurales argentinos.

—Ahora les mostraremos vuestras habitaciones, dijo nuestra anfitriona. Por favor doña Mischia acom-

pañe a los señores. A la una de la tarde, será servido el almuerzo.

Luego de acomodar nuestros bártulos, cruzamos nuestras primeras impresiones con Poirot y luego nos dirigimos al amplio comedor. La comida que nos sirvieron fue variada y copiosa y Poirot celebró las bebidas, especialmente el vino. "Me fijé en el marbete de esta botella, creía que era francés, pero leí que es argentino. ¿De dónde es?". De Mendoza, le dijeron.

Terminado el almuerzo Consolación nos invitó a pasar a un salón contiguo a tomar un café y conversar. Lo hicimos grata y largamente, pero en un momento Poirot le dijo a nuestra anfitriona:

—Para comenzar nuestras investigaciones, mademoiselle, deseo que nos lleve a conocer el lugar donde encontraron el cuerpo de su hermano.

—Claro, señor Poirot, pero yo no podré hacerlo, me afecta demasiado volver a ese lugar; pediré a nuestro capataz Crapanzano que los acompañe.

Al rato llegó Crapanzano y nos condujo a un espacioso recinto ubicado a unos cincuenta metros de la casa principal.

—Este es el depósito grande, la bodega, dijo el capataz. Abrió un gran candado e ingresamos a un recinto donde había arados, instrumentos de labranza, bolsas, cajones. Al fondo, una puerta que luego abrió daba a una suerte de oficina, con un escritorio, anaqueles, estanterías y un armario de metal con cerradura. Señaló una alta silla de madera labrada frente al escritorio: "Aquí mataron a don Pedro".

—Entonces, Hastings, ahora comienza nuestro trabajo, dijo Poirot. Miró largamente el techo, los muros,



el suelo. Luego palpó y deslizo sus dedos por los sitios que le interesaban. Con la meticulosidad que lo caracterizaba se puso a examinarlo todo. A veces, suponía encontrar algo, lo tomaba y lo guardaba en unos pequeños sobrecitos que introducía en los bolsillos de su chaqueta.

Al rato salió de la oficina hacia el depósito y lo recorrió, si algo le llamaba la atención se detenía y preguntaba al capataz sobre el nombre y la función de algunas de las herramientas y utensilios.

Luego tornó a entrar en la oficina y se puso a inspeccionarla con detenimiento. Como la tarea de mi amigo duraba demasiado y el interior del recinto me resultaba caluroso decidí salir afuera y esperarlo al aire libre. Alrededor de una hora después él por fin salió.

—Cómo le fue Poirot?

—Oh capitán Hastings, por fin mis pequeñas células grises —dijo apuntando a su cabeza— han comenzado a funcionar, he encontrado cosas muy interesantes, por el momento, detalles, vislumbres, pero creo que pueden encaminarnos, ya hay tareas que se deben comenzar a hacer. Me encargaré de conversar con el comisario de la zona y su personal. Le pediría, mon ami, que se encargue de auscultar a los pobladores de la hacienda y, si es posible de algunas estancias vecinas, acerca de si conocen y qué opinión tienen sobre el asesinato de Pedro.

Me puse en mi tarea y, para no aparecer como un intruso, le pedí a Consolación y también a Crapanzano me indicaran a qué familias podía visitar.

Visité a dos. Doña Clorinda nos recibió y nos invitó a pasar y nos instalamos en unas modestas sillas de tablas y cuero en las afueras de su "rancho" que era una vivienda de paredes de adobe y su techo, sostenido por horcones de quebracho, era de barro y paja dentro de la cual alcancé a ver un telar donde se estaba tejiendo una de la típicas y coloridas colchas de la zona. Doña Clorinda me ofreció "¿Un matecito, señor?"; la acepté porque si bien el recipiente y la infusión eran para mi desacostumbradas ya los conocía. La señora me dijo "yo estoy sola ahora con mis changuitos, mi marido se ha ido a la zafra de la caña de azúcar en Tucumán".

En otro rancho me recibió su dueño Lucas Torres.

—¿Qué se le ofrece señor?

—Bueno, solo conocerlo y charlar.

—Cómo no, adelante. Pase y sientesé. Voy a fumar un chala, ¿le ofrezco uno?

Acepté y nos instalamos a conversar y lo hicimos durante un tiempo. Noté que su conversación era distinta a las que había mantenido con otros pobladores.

—Sucedé que además de agricultor soy maestro en la escuela del pueblo y el director de la escuela —que es un hombre muy leído— me suele pasar ciertos libros, entre ellos algunos policiales. Además me he enterado que doña Conso los llamó para investigar el asesinato de don Pedro. Ojála ustedes encuentren al malnacido que mató a don Pedro.

Grande fue mi sorpresa cuando Torres me dijo: "Espere un momento señor" y se adentró en su rancho del cual al momento salió portando un envoltorio.

—Este cabrito es un regalo mío y de mi esposa Fiorella para el señor Poirot y para usted.

Le conté a Consolación de mis encuentros y le dije que, para apurar los tiempos, no quisiera hacer más visitas individuales, y me indicara en qué lugar suelen reunirse los pobladores.

—Capitán, dado su interés, sin duda lo conveniente es que vaya a una pulpería de noche donde suelen congregarse los paisanos, lamentablemente yo no podría acompañarlo, porque son encuentros de puros varones y mi presencia sería recibida como una intromisión, aparte de ser mujer, por ser la dueña de la estancia.

Esa noche, acompañado de Crapanzano, fui a lo de Abdulajab. Era una construcción semejante a los ranchos que ya había visitado pero mucho más sólida y amplia; durante el día era *almacén de ramos generales* donde se expendían alimentos y bebidas y en horas de la noche en lugar de reuniones. Había unas mesas donde se bebía y charlaba y en dos de ellas gente que jugaba a los naipes. Nos acercamos hacia donde estaba el dueño, un comerciante libanés: era un mostrador, una mesada, detrás de la cual había una amplia reja de metal y en ella una pequeña apertura para atención de los concurrentes. Crapanzano le pidió una botella de ginebra Llave y dos vasos.

Nos sentamos en una mesa que quedaba libre. Había gente que estaba de pie junto a las paredes. Al rato entró un hombre que llevaba una guitarra y se instaló junto al mostrador. Uno de los que estaban en las mesas, se dirigió hacia él diciéndole: ¿Qué lo trae por

aquí aparcero? ¿acaso quiere pagar? Y dirigiéndose hacia toda la concurrencia: ¿Alguien quiere entreverarse con Lucio? Al principio nadie le respondió, pero luego desde una mesa un paisano levantó la mano: "Yo me sumo a la payada", dijo.

Ambos se saludaron y ubicaron en dos sillas, tensaron las cuerdas de sus guitarras e iniciaron un muy agradable duelo poético y musical que se extendió durante largo tiempo. Al concluirla hubo aplausos y celebraciones. En el ambiente circulaban las bebidas y se acaloraban los ánimos. En un momento comenzaron ásperas discusiones entre los concurrentes. Entonces, a nuestro pesar, decidimos retirarnos de la pulpería.

Al día siguiente, como tenía previsto en el auto de la familia el chofer Leguizamón me llevó a visitar dos estancias vecinas, una de la familia Ruiz y otra de la familia Rojas.

### III

Nos reunimos con Poirot para relatarnos y compartir información de las tareas que habíamos realizado hasta ahora. Él me contó de los encuentros que había mantenido con el comisario y también con el cura de la capilla del pueblo. "Era necesario realizarlos, pero ninguno de ellos me aportó nada nuevo ni significativo".

Por mi parte le conté mi visita a dos pobladores arrendatarios de la estancia y de la noche que pasé en la pulpería. Pero hay algo, le dije, que quizás pueda interesarle de una de las conversaciones que mantuve en ocasión de visitar a dos haciendas cercanas, que a ambas las llaman “de los gobernadores” porque sus propietarios lo fueron de esta provincia. Una de la familia Ruiz y la otra de familia Rojas. En esta última, para mi sorpresa, está viviendo un escritor, Ricardo Rojas, que conoce varias de sus investigaciones —“el célebre detective Hércules Poirot”, así se refirió a usted— y, lo verdaderamente importante para nosotros, es que mantuvo varias conversaciones con Pedro y está enterado de los deseos que él alentaba sobre el futuro de la estancia que había heredado.

—Además me dijo que quería conocerlo personalmente a usted y que lo invitaba a que lo visitara.

—Ni una palabra más, nuestra próxima tarea será ir a conversar con él— dijo Poirot.

El chofer Leguizamón nos llevó a la propiedad de la familia Rojas que quedaba a unos 20 kilómetros. Luego de que levantaran la cerca de entrada recorrimos un largo camino bordeado de una hilera de los robustos árboles de la zona; luego de un recodo apareció ante nuestros ojos una muy amplia residencia de color rosado, con techos de tejas, con multitud de ventanas y unos peldaños de mármol de acceso. “Esto es una verdadera mansión, comentó Poirot”. Nos llamó la atención que en un costado de ella se levantara una alta torre que luego nos enteramos la llamaban “El mirador”. Cuando el auto se estacionó se acercó un sirviente.

—El señor los estaba esperando. Y nos adentró hacia el hall de la casa. Al rato apareció su dueño, don Ricardo Rojas.

—Constituye para mí un honor y un inmenso placer que hayan llegado hasta mi casa. Conozco sus célebres investigaciones Monsieur Poirot, he leído varias de ellas, todas muy interesantes, me sorprendió gratamente que una de ellas, "El caso de los iris amarillos", transcurra en parte en Buenos Aires. Tenía muchos deseos de conocerlo personalmente.

—También nosotros, monsieur Ricardo. Algo conocemos de su vasta producción y de su justificada resonancia en los ambientes académicos de este país. Cuando el Capitán Hastings me convidó a venir a Argentina, "para ponerme en ambiente" me puse a leer libros de autores argentinos, entre ellos algunos suyos, recuerdo especialmente "El país de la selva". Pero, por otra parte, si me permite, quisiera hacerle una pregunta personal; sabemos que en la actualidad es usted rector de la Universidad de Buenos Aires, cuál es la razón por la que se encuentra ahora aquí.

—Porque yo soy de aquí, de Antajé. Donde me crié y transcurrió mi infancia e hice mis estudios primarios. Soy santiagueño; el hecho que en mi partida de nacimiento conste que nací en Tucumán eso solo se debe a que por un breve periodo mi padre, Absalón, en disputa con el gobierno taboadista de aquí tuvo que exiliarse a Tucumán. Cuando terminé la escuela primaria fue idea de mi madre enviarme a estudiar al Colegio Nacional de Buenos Aires y ahí permanecí desde entonces, donde tengo mi casa en

la calle Charcas, pero todos los años regreso, tanto en verano como en invierno, a pasar unas semanas en Santiago del Estero.

—Con Hastings, como sabe, conocimos Buenos Aires, dijo Poirot, nos pareció una ciudad fascinante colmada de inmigrantes, sobre todo españoles e italianos.

—Hasta ahora he publicado varias obras, usted citó una de ellas “El país de la selva” que es una de mis preferidas, dijo Rojas. Mi emprendimiento mayor han sido los seis tomos de la *Historia de la Literatura Argentina* que fue recibida positivamente, salvo los recaudos formulados por un joven escritor —Jorge Borges Acevedo— que, en un tono pretendidamente irónico, creo, señaló que mi Historia era más vasta que la propia historia de la literatura argentina. También escribí obras de teatro y poemas. Si me dispensan les recitaré, no un poema entero, sino solo los primeros versos puesto que estimo resultan pertinentes, ya que se refieren al territorio donde estamos ahora.

*Algarrobos de mi tierra,  
crespos de vainas doradas  
a cuya plácida sombra  
pasó cantando mi infancia.*

Escuchamos complacidos el recitado de Rojas y, cuando lo concluyó, él señaló:

—Disculpen señores que me haya excedido en mis devaneos literarios. Sé que han venido a Antajé en una tarea de investigación. ¿Hay algo en que podría ayudarles?

—Precisamente Monsieur. ¿Conoce lo sucedido, cuál es su opinión?

—Todos estamos alterados y compungidos por esa penosa situación. Conozco a los tres hermanos Urrejola, a Consolación, Pedro y Abel, nuestros padres no fueron solo vecinos sino amigos. Es terrible, doloroso e inexplicable lo que pasó con Pedro, asesinarlo así, de esa manera. Precisamente, con quien más tratos tuve en los últimos tiempos fue con Pedro, por afinidades, por así decir, tanto literarias como políticas.

—Podría aclararnos el punto, preguntó Poirot.

—Él solía venir a mostrarme poemas que estaba escribiendo —yo diría principiantes, pero promisorios— y además para hablarme de sus simpatías políticas que eran coincidentes con las mías. También me comentó sobre una determinación que había tomado: “la vengo pensando desde hace un tiempo y he decidido donar la parte de las tierras que me corresponden por herencia a los campesinos minifundistas que viven en la estancia”. Me sorprendió su decisión y le pregunté si la había conversado con sus hermanos y con otros familiares. Pero su determinación era tan firme que me pidió le indicara el nombre de un escribano al cual acudir para que le confeccionara el acta de donación y traspaso. Le volví a sugerir que meditara su decisión, pero ante su insistencia le indiqué que acudiera en Santiago al notario Julio Ferreyra Marcos. Sé que lo hizo.



#### IV

Al cabo de unos días Poirot me dijo que en su opinión creía que el caso ya estaba resuelto.

—Está totalmente seguro, le pregunté.

—Así es, mon ami. Tanto es así que le he pedido a mademoiselle Consolación que convoque a una reunión para comunicar el resultado de nuestras investigaciones. Le he solicitado que en ese encuentro estén presentes, además de ella, su hermano Abel, el Comisario, el notario Ferreyra Marcos y también don Ricardo Rojas.

En el encuentro que se realizó en el hall principal estaban presentes todos los convocados, afablemente Poirot los saludó. Se acercó al ventanal, miró un momento hacia el jardín, luego encendió uno de sus consabidos cigarros oscuros y dirigiéndose a los concurrentes expresó:

—Muchas gracias a todos. Deseo informarles el resultado de nuestras investigaciones. Además de examinar minuciosamente el lugar de los hechos, esto es, el sitio donde fue encontrado el cadáver de Pedro, hemos recorrido toda la propiedad, conversado con los pobladores de la zona y también de estancias vecinas, en una de éstas se nos deparó una sorpresa que ya les referiré. Para conocer con cierta profundidad las resonancias que había causado en Antajé la muerte de Pedro anduvimos por diversos lugares, inclusive mi socio, el capitán Hasting, pasó toda una noche —que él señala como memorable— en la pulpería de Abdulajab. Pero también en procura de comenzar a dar un cierre a nuestra investigación, debimos trasla-

darnos a la ciudad de Santiago del Estero por motivos que luego les aclararé.

—Discúlpeme Poirot —intervine— pero por favor vayamos al grano, como suele decir usted.

—Perdón Hastings, tiene toda la razón, a veces desvarío demasiado. Señores, lo que les debo decir, es que, lamentable o felizmente, el caso ya está cerrado, encontramos al culpable, y él está aquí ahora entre los presentes.

La afirmación cayó como un rayo, todos se miraron con sorpresa, incredulidad e inquietud.

—Quien mató a Pedro es su hermano Abel, anunció Poirot.

—Pero este tipo está loco, estalló el acusado. Consolación, ¿cómo trajiste por aquí a este personaje estrafalario e irresponsable? Márchese ya mismo de esta casa franchute de mierda, —prorrumpió Abel acercándose amenazante hacia mi amigo.

—No es posible, no es posible— se dijo a sí misma Consolación, cubriéndose la cara con las dos manos.

Como es de imaginar la tensión en la sala era insostenible. Pero en algo contribuyó a disiparla la intervención del Comisario.

—Señor Poirot, en qué basa sus, a mi juicio, insensatas acusaciones al señor Abel. ¿Tiene algunas pruebas para afirmar lo que dice?

—Así es monsieur, le commissaire, las tengo. Principalmente motivaciones, razones y evidencias materiales y aún ciertos papeles. Los detectives, al menos en mi caso, apelamos a todas ellas. Vayamos por partes. Cuando examiné con detenimiento el lugar, el cuarto de la oficina del depósito donde aconteció

el asesinato, en un rincón del suelo encontré un botón de nácar de la manga de un saco y, enganchado en la saliente de una estantería, un trocito de tela. ¿A quién podían corresponder? Me orientaron en la búsqueda distintas suposiciones, pero principalmente una conversación que mantuvimos con don Ricardo Rojas aquí presente de resultas de la cual me decidí a examinar —es cierto, como un intruso— la habitación de Abel, especialmente su guardarropa. Y encontré un saco al cual le faltaba en una manga un botón que era el que yo había recogido y en la misma prenda encontré una rasgadura que coincidía con el pedacito de paño que yo había encontrado. Es éste —dijo, exhibiéndolo— es tweed, trama Príncipe de Gales.

Todos estaban azorados escuchándolo, sorprendidos sin saber qué decir, pero nuevamente intervino el Comisario.

—Nos ha dado una charla sobre sus procedimientos deductivos y de las supuestas coincidencias que encontró. ¿Pero cuáles son las razones que lo llevan a acusar al señor Abel? La resolución de un crimen no se basa solamente en indicios, en el hallazgo de pistas. Se sustenta sobre todo en las razones, en las motivaciones.

—Precisamente commissaire a eso iba. Tanto Hastings como yo, en charlas con la gente de aquí escuchamos comentarios de que Pedro pensaba donar una parte de los terrenos de la estancia a los arrendatarios, a los campesinos. Pero eran solo rumores. Dejaron de serlo cuando don Ricardo Rojas nos manifestó que esa decisión de Pedro se la informó, e inclusive le pidió que le recomendara un escribano ante

el cual hacer constar tal decisión de donar. También le contó que su hermano Abel estaba en total desacuerdo y había tenido serios altercados al respecto.

Poirot miró a los asistentes y luego hacía mí.

—¿Desearía Hastings dar usted los detalles de nuestra visita al escribano?

—No, Hercule, hágalo usted.

—Bueno, de acuerdo, —me respondió. Entonces señores, les cuento que debimos trasladarnos a la ciudad de Santiago del Estero con el propósito de conversar con el notario que el señor Rojas le indicó a Pedro cuyos servicios podía requerir. Pero señor Freyre Marcos —dijo mirándolo— es mejor que ahora cuente usted cuáles eran los requerimientos que le formuló Pedro.

El escribano se sintió incómodo. Él había sido convocado a la reunión sin tener en claro cuál era su propósito, ni su rol en ella, pero las miradas expectantes con que todos ahora le dirigían sintió que lo obligaban a intervenir.

—Efectivamente, el joven Pedro Urrejola me visitó en dos oportunidades, señaló el escribano. En la primera fue para plantearme que tenía decidido otorgar la posesión de la parte de las tierras que le correspondían en virtud de la herencia de la estancia "El algarrobo" a los campesinos minifundistas que residían en ella. Su planteo me resultó no solo sorprendente, sino en mi opinión, totalmente desaconsejable; procuré hacerle desistir de su idea, que inclusive podían sentar un mal precedente. Le pregunté si había conversado de sus intenciones con sus hermanos y me dijo "lo que quiero donar es mi parte, no la de ellos." Conver-

samos largamente, yo aconsejándolo y él desechando mis consejos. Por último, me planteó: “¿puede usted redactarme como uno de sus servicios profesionales un acta de donación, para que yo la suscriba? Si usted no quiere o no desea hacerlo dígamelo y visitaré a otro escribano”. Ante esto, le respondí afirmativamente que nosotros lo haríamos. Cuándo lo tendrá listo, me preguntó; en una semana le dije. Vendré por aquí el viernes —me respondió.

El relato del escribano dejó en suspenso a todos y él prosiguió.

—La segunda oportunidad en que estuve con Pedro fue cuando él se acercó a ver el acta de donación que había elaborado. La leyó atentamente y me señaló que en general le parecía correcta, pero me indicó la conveniencia de ciertas modificaciones que nos pusimos a hacerlo en conjunto; ellas se referían a detalles como ser el régimen que tendría la provisión del agua de los canales de riego a los predios y otras especificaciones agro técnicas. Le dije entonces que redactaríamos en nuestra oficina la versión final del instrumento legal de su donación y que cuando la tuviéramos él pasaría a firmarla. Pero este encuentro no se produjo ya que Pedro fue asesinado. Aquí traje el escrito que él debía pasar a firmar, dijo mostrando una carpeta que portaba.

—Es posible Dios mío, ¿es esto cierto?— exclamó Consolación acercándose sollozando hasta su hermano, que permanecía en silencio con la cabeza baja. Abel se levantó y la abrazó.

—Disculpame Conso, perdoname hermana. Perdí la cabeza, me volví loco de furia cuando Pedro me

contó lo que pensaba hacer. Nos gritamos, discutimos, nos zamarreamos en la oficina. Salí afuera, hacia la bodega y desde ahí continuábamos a los gritos y a los insultos. No sé qué me pasó pero volví a entrar. Pedro estaba sentado de espaldas escribiendo en el escritorio, de un cajón saqué una pistola y le disparé.

Sin desprenderse de su abrazo los hermanos se sentaron en un sofá. Todos los asistentes permanecían en sus asientos sin hacer nada, en silencio, sin poder creer lo que habían escuchado. Luego de un rato de mirar esa terrible escena de los hermanos abrazados, sentí que algo debía hacer y me acerqué a Consolación y le apreté las manos. Ella levantó hacia mí sus hermosos ojos ahora húmedos de lágrimas.

—Oh capitán Hastings, querido amigo, ahora ya no sé si hice mal o bien en pedir vuestra ayuda. Mire sus resultados.

—No se preocupe. El paso del tiempo lo arregla todo. Lo importante era saber la verdad.

En ese momento no se me ocurrió, quizás indebidamente, decir nada más.

El comisario se levantó y salió afuera. Al rato entró acompañando de un agente. Se acercó a Abel y al oído le dijo unas palabras. Abel se incorporó, el agente quiso ponerle unas esposas, pero el comisario se lo impidió. Y salieron del recinto.

Ya de regreso en Buenos Aires, en tanto Poirot preparaba su retorno a Inglaterra, conversamos sobre diversas cuestiones, entre ellas acerca de lo que estaba aconteciendo en el país donde acababan de derrocar al presidente Irigoyen y, sobre todo, de la significación del caso de Antajé. A él que había participado en la indagación de tantos enigmas a este le asignaba una trascendencia turbadora.

—Adviértalo, Hastings, nunca nos había tocado ser convocados para una tarea tan ingrata y sorprendente, aunque que si bien, es originaria, desde los inicios del género humano, desde los descendientes de Adán y Eva. A usted le pidió ayuda Consolación para averiguar el asesinato de su hermano. Y el culpable resultó ser alguien cuyo nombre posee un sentido, una significación simbólica inversa del primer fratricida: Abel no fue la víctima, sino el Caín, el asesino de Pedro.

La noche antes de la partida de Poirot fuimos a cenar a un restaurante donde ya habíamos estado en otra ocasión. En el escenario había una orquesta, una mujer empezó a cantar un tango. Saboreamos las deliciosas carnes argentinas. A los postres pedimos cada uno su bebida.

—Cómo cambian, según los países, los nombres de las bebidas —dijo Poirot. A mi brandy aquí lo llaman cognac y a su sherry lo llaman jerez.

En un momento me sentí en la obligación de compartir con mi amigo lo que venía pensando.

—De tantos casos, de tantos enigmas que usted pudo resolver —le dije a Poirot— he dado a conocer alguno de ellos. Pero Consolación me ha pedido que por favor no difunda jamás el del asesinato de su hermano

—Totalmente de acuerdo, me respondió.

De tal modo será así. Estas líneas que ahora estoy escribiendo solo se deben a que he tomado la costumbre, que quizás posea un valor terapéutico para mí, de anotar las peripecias en las que acompañé a Poirot, y esta noche lo estoy haciendo en este cuarto en la estancia que manejo en La Pampa.

Pero nunca serán dadas a conocer. Únicamente las escribo para mí.

\*\*\*

Nota del editor: Al visitar el repositorio *The Christie Archive Trust* manejado por el bisnieto de Agatha, James Pritchard, en la sección de materiales inéditos encontré este relato que por diversos motivos me interesó. Lo traduje y ahora se publica en razón de que sus protagonistas ya pertenecen a un lejano pasado, puesto que ahora en 2025 hay suficiente distancia con los años 30 del siglo pasado.



## Ella no quería ir al cine sola

Esa mañana se despierta temprano y lo primero que hace es encender la radio para escuchar las noticias. La radio la acompaña.

Va a buscar el diario que ya le dejaron por debajo de la puerta, y lo lee mientras toma un café. Apenas observa los titulares de las primeras páginas, pero se detiene en los programas de televisión por cable y en las ofertas de los supermercados. Se acerca al balcón para tener más luz y estudia los avisos clasificados. A veces se encuentran cosas interesantes, especialmente en materia de muebles antiguos. Luego mira las notas sociales y los avisos fúnebres, que en el diario que ella compra siempre son cuantiosos y llenos de información.

Sale hacia el balcón, apoya las manos sobre la baranda, enciende un cigarrillo, no mira hacia ningún lado en especial, sino hacia lo lejos, y se pone a pensar en el tiempo, en el paso de los años. Un rato queda así, hasta que de pronto recuerda que es sábado y decide prepararse para salir, porque es el día en que le gusta dar una vuelta por el centro en la mañana.

Se ducha, se lava el pelo y se demora un tiempo tiñéndose unas canas que le han aparecido en las raíces. Luego se pinta la boca y entra a su pieza. Duda unos instantes, entrecerrando los ojos, sobre qué ropa va a ponerse. Abre el ropero, echa una mirada y elige una pollera beige y el conjunto de blusa y chaqueta negra que Mimita le había traído de Italia. Se observa

de frente y de costado en el espejo del ropero. Sin decidirse del todo entra al baño y se vuelve a mirar. Se coloca de frente, pero también se mira en el espejo de atrás y luego mueve la cabeza, mirándose de soslayo, casi al acaso, como si la viera otra persona. "Nada que ver, demasiado elegante para un sábado en la mañana", piensa. Vuelve a la pieza, se quita la blusa y la chaqueta, y se pone una remera de un tenue color celeste, un celeste pastel. Ese color le queda bien, combina con su pelo y con sus ojos. De eso está segura.

Pero nuevas vacilaciones la asedian cuando tiene que elegir los zapatos y la cartera. Las mujeres eran así y los hombres se indignaban: lo sabe por ella misma y por sus amigas.

Cuando finalmente está lista baja las escaleras y sale a la calle. Mira hacia el lado del Parque Aguirre y a lo lejos divisa la arboleda de eucaliptus. Siempre miraba hacia allí, como una manera de comprobar que ese lugar sigue existiendo. Camina hacia el centro.

Llega a la plaza Libertad y, cuando pasa frente al Jockey Club, a través de los cristales, agitando las manos, unas mujeres la saludan. Sigue caminando unas cuadras y entra al Mercado Armonía. Un edificio de dos niveles que ocupa toda la manzana. En el piso de abajo —ella nunca subía al superior porque le parecía un poco deprimente— hay puestos de verduras, carnes y pescados, y lugares donde se puede comer. En una época jamás se le hubiera ocurrido pensar que era un sitio interesante. Para nada. Solo era el lugar al que su madre enviaba a las domésticas a hacer las compras del día. Pero Aldo le hizo ver las cosas de otro modo. A él le gustaba el Mercado.

En los puestos de comida la gente está sentada ante los mostradores y en algunas mesas. Eran las nueve y media de la mañana, pero ya había hombres tomando vino o porrones de cerveza. Sobre los mostradores, para que la gente la viera y se tentara, está colocada la comida en oferta: empanadas, tamales, tortillas de papa, lengua, patitas de cerdo. Pero lo que casi todo el mundo comía eran unos inmensos sándwichs de milanesa del "tamaño de una alpargata", como le dijo alguna vez Aldo. A ella le encantaba ver a la gente comer ahí, imaginaba que estaba en un puerto, en el de Valparaíso, que era el que conocía. Pero nunca se sentó a comer sola, ni pudo convencer a sus amigas que la acompañaran. En un puesto charlaban y bebían unos tipos con anchos sombreros oscuros, y ella supone que es gente del campo. Todo esto lo contempla mientras camina lentamente. Como no quiere parecer impertinente, a veces, cuando le interesa observar alguna escena con detenimiento, adopta un aire de confundida, de ser alguien que está buscando un lugar, se detiene y mira hacia un lado y otro.

En un puesto le pide al dueño que le permita tocar un conejo casi gris que está en una jaula. El hombre se lo alcanza, ella le pasa la mano por el lomo, le escarba la pelambre y lo aprieta contra su mejilla. No, no va a llevarlo, solo quería tocarlo.

Sale del mercado hacia una calle lateral, Absalón Rojas, y la impresiona el colorido y la pobreza de los lugares al aire libre donde se venden cabritos, bagres, plantas medicinales, condimentos. "Esto parece Bolivia", solía pensar. La vocinglería del lugar se mezcla

con los sonidos de una cumbia. Se desplaza esquivando mendigos y vendedores ambulantes.

En un kiosco compra una revista y emprende el regreso a su casa. El sol ya está en lo alto y aprieta, no obstante que recién es octubre.

Tarda un tiempo, es casi una costumbre, en encontrar las llaves en su colmada cartera. Ascende por la escalera los dieciocho peldaños de mármol que los tiene contados desde niña y abre la puerta. Ha recibido una carta, la recoge y la pone sobre el perchero para leerla más tarde. Entra en su pieza, se quita los zapatos y se calza unas sandalias de taco bajo. Va a la cocina y mira qué hay en el freezer. Saca una bandeja con un trozo de pollo que pone en el microondas. Mientras espera, retira del balcón la jaula con el canario y la coloca sobre la biblioteca. Corre las cortinas de todas las ventanas para mantener fresco el ambiente. En el aparato de música pone un bolero.

En una copa verde se sirve vino blanco. Cuando termina de comer, se tiende en el sofá del living y se pone a leer. En algún momento comienza a dormir.

La despierta el teléfono.

—Hola, loca, soy Mercedes. Te llamo para decirte que no voy a poder ir esta noche al cine con ustedes —dice una voz cálida y atropellada.

—¿Por? —pregunta ella.

—Lo que pasa es que llegó Pablito de Buenos Aires y tenemos mucho que hablar, vos sabes cómo son los hijos. Vino con su esposa y con el niño. En la noche vamos a comer aquí. Si vos quieres, te vienes.

—No te preocupes, yo le aviso a Mimi. Gozá con tu familia. Chaucito.

Cuelga el teléfono y sonríe, como siempre que piensa en Mercedes. Qué mujer, siempre llena de cosas. Una de sus dos amigas eternas, la otra era Mimita. Con ellas hizo toda la escuela juntas, primero el colegio secundario y después el profesorado de Matemáticas.

Un largo rato permanece pensando en sus amigas con el teléfono apoyado en su pecho, luego estira la mano, coloca el aparato en su lugar, se despereza con un suspiro y se sienta.

Se mira las uñas de una mano, luego de la otra, atentamente. Era una manera de dejar que sus pensamientos divagaran. Pero luego recuerda que tiene algo para lavar.

Vuelve al living y se instala en su sillón. No sabe bien lo que quiere hacer. Durante un rato continúa leyendo una revista, luego toma el control remoto y enciende el televisor. Pasa de un canal a otro hasta que se detiene.

Cuando termina la película tiene los ojos empañados. Eso siempre le pasaba, ante el televisor o ante un libro, tanto la pena como la alegría le humedecían la mirada.

Ya comienza a oscurecer. Enciende el velador que está sobre el armario y luego la lámpara de pie con luz halógena que gradúa para que ilumine a medias.

Toma el teléfono y llama a Mimita.

—Hola Mi, ¿qué tal? Te aviso que me llamó la Mecha y me dijo que no iba a poder salir porque le llegó Pablito. ¿A qué hora nos encontramos?

—Ay, mirá, matame, pero yo tampoco puedo. Te lo cuento a vos, nomás. Discutimos como locos toda la tarde con Cacho. La pelea comenzó en el almuerzo, él como siempre tomó un poco de más, se enojó no sé por qué y se puso a gritar como un desaforado. Discutimos delante de los chicos. Después del ataque de furia él como siempre se arrepintió y me pidió que esta noche fuéramos los dos solos a comer por ahí. Como dos novios. Vos sabes cómo son esas cosas.

—Está bien, no te preocupes, me quedaré viendo la tele, dan películas buenas. Pero, escuchame, no dejes que Cacho te lleve por delante, sino nunca se corregirá. No le cuentes que te dije esto.

—Sí, tienes razón, soy una tonta. Pero en fin... Hay que aguantar por los chicos. Chau, querida.

—Chau, que la pasen bien.

Queda un largo rato pensando. Su mirada se desplaza, como sus pensamientos, de una cosa a la otra. Mira el cenicero y unos CD de música que están sobre la mesa, observa los pliegues del tapizado del sofá, se mira una mano. De una cartera toma una lima. Era una cosa automática, pero a veces arreglarse un momento las uñas le permitía tranquilizarse. No estaba apenada de pasar la noche sola, pero se había hecho a la idea de que iría al cine con sus amigas y que después charlarían en una confitería. En fin, se dice, son cambios de planes. Se dan siempre.

Entra en la cocina a prepararse un café. Con la taza en la mano da unos pasos por el departamento. En realidad, es un piso bastante amplio, demasiado grande para ella, como todo el mundo le decía. Era parte de la casa familiar. Cuando murió su madre, ella se trasladó

a la planta alta, y el piso de abajo, con el jardín del fondo incluido, lo alquiló a una gente que tenía tres niños.

Va a su pieza y del ropero saca dos álbumes de fotos. Después busca algo —no sabe qué— en el cuarto de al lado, mira lo que hay, pero cierra la puerta sin tomar nada. Vuelve al living y enciende todas las luces. Se sienta, prueba el café que ya está frío y prende un cigarrillo. Recorre con la mirada todo el ambiente. Los pisos de mosaicos formando guardas, el juego de comedor de su abuela, la biblioteca de su padre. Se levanta y se dirige hacia los cuadros. Le gustaba mirarlos. Eran sus pertenencias. Los mejores, que no eran tantos —un Spilimbergo, un Gómez Cornet—, fueron de su padre.

Está indecisa entre ver otra película o leer un libro. Pero de pronto se acuerda de las fotos. Eso es lo que iba a hacer: mirar fotos. Apaga las luces y solo deja encendida la lámpara junto al sofá. Pone los álbumes sobre la mesa baja de madera. Saca de su cartera un medallón de chocolate con menta y comienza a morisquearlo.

Algunas veces hizo intentos de acomodar las fotografías, pero siempre estaban un poco desordenadas. Hay un carpetón que fue de su madre: fotos color sepia, con retratos de los abuelos y de sus padres cuando eran niños. También fotos de ella y de sus hermanos, en fiestas de cumpleaños y de cuando tomaron la primera comunión.

Sin darse cuenta, se le empañan los ojos cuando lo ve al Lobo, su perro adorado que vivió toda su vida con ellos. Era uno más de la familia y siempre dormía de noche a los pies de su cama.

Ya iba a hacer otra cosa, cuando recuerda que tenía una foto de Aldo: está con ropa de conscripto junto a dos compañeros del servicio militar. Era de la época en que salían juntos. Piensa en Aldo y también piensa en su vida.

Tuvo otros novios, pero Aldo fue algo especial. Solo salieron unos meses, pero él se le quedó grabado.

Lo que recordaba de él era que a veces escribía poemas y andaba todo el día diciendo que era anarquista. Después fue a Buenos Aires a estudiar, y ya no se vieron. Al cabo de unos años volvió y se casó con una chica que se llamaba Tita. Pasó el tiempo, y supo que una vez fue al río con sus hijos a pescar y se lanzó a nadar en las aguas que estaban crecidas y se ahogó.

Para qué recordar cosas pasadas, se dice. "Oh, está bien, cambiemos de página". ¿Por qué no ir al cine de todos modos? Se sentiría bien decidiéndose a salir. Pero por un momento se imagina a sí misma, una mujer madura —piensa—, sentada sola en el cine, y le preocupa la pena que podría sentir alguna gente viéndola sola. Quizás alguien la invitaría a acompañarle, tal vez alguna pareja de gente conocida. Ella no quería eso, pero así era la ciudad. Lo mismo pasaría si iba a comer a un restaurante. Las mujeres no podían andar solas.

Por eso es mejor quedarse en la casa. Deja las fotos y se aproxima a la biblioteca. Se inclina hacia los estantes buscando algo para leer y debe torcer la cabeza para ver los títulos. Retrocede un poco y de una ojeada observa el conjunto. También reconoce los volúmenes por el color. Toma un libro, lo hojea rápidamente y lo vuelve a poner en su lugar.



Siente que afuera comienza a levantarse viento. A lo lejos se sienten unos truenos. Va a recoger la ropa que había colgado en el patio de atrás. Luego corre las cortinas y abre las ventanas, no solo para que penetre el fresco, sino porque le agrada sentir el sonido de la lluvia.

Ya son las diez de la noche. Se sienta en el sofá dispuesta a ver una película. Después se prepararía un sándwich y bebería un vaso de leche. Como tantas noches. Toma el control remoto, mira el televisor, pero no lo enciende.

Fue una sensación extraña. De pronto, como un resplandor que viniera desde la memoria, atravesando toda su vida, aparece en su mente una idea. Al principio la turba y cuando se da cuenta de lo que puede significar siente una profunda inquietud, porque esa idea no tiene nada que ver con ella, con lo que cree que ella es.

Comienza a llover. Se acerca al balcón a ver las luces de la ciudad bajo el agua. Se queda mirando caer la lluvia.

Vuelve a entrar y recorre con la mirada todo el ambiente, las partes iluminadas —el sofá, los sillones, la cómoda— y las que permanecen fuera del alcance de la luz —la biblioteca, los cuadros, la mesa del fondo y el escritorio—. Camina unos pasos y advierte que la esquina de una alfombra se ha levantado y, sin agacharse, la acomoda con la punta del pie. Se pasaba acomodándolas, era una costumbre que le venía de su madre.

La recuerda. “Viejita querida, cómo me gustaría hablar contigo ahora”, lo dice en voz baja, mientras se

deja caer de espaldas sobre el sofá. Se saca los zapatos y cruza los brazos sobre el pecho, apretándose, como protegiéndose de algo. Cierra los ojos y quiere poner la mente en blanco, dejar de pensar en locuras. Recuerda que el lunes comienza una semana de exámenes en el Profesorado. Piensa en sus sobrinos, en cada uno de ellos, pero especialmente en Luzmi, su preferida. Por un momento alienta la posibilidad de llamarla por teléfono, pero se contiene.

Siempre tenía impulsos, pero desde hace un tiempo que ya no los obedece. O en realidad siempre fue así. No estaba segura si se conocía a sí misma verdaderamente. A veces pensaba que sí, a veces pensaba que no. ¿Pero cuánta gente se conocía realmente?

Pasa largo rato ¿serían horas? con los ojos cerrados pensando en estas cosas. De vez en cuando le vienen imágenes de distintas etapas de su vida, especialmente de su infancia, de su adolescencia. De tiempos de los que tiene los recuerdos más firmes, porque después las cosas pasaron sin que se diera demasiada cuenta.

Y una idea regresaba por momentos. Algo que la inquietaba, pero que también le entregaba algo así como una solución a su vida. Una clave.

Entra en el baño. No ha ido a mirarse, pero se asoma al espejo y contempla sus cejas, su boca, su cuello. Un rostro conocido y enigmático, piensa. Se acomoda el pelo y se mira lentamente. Luego observa en un costado del espejo el reflejo del living donde ahora no hay nadie, aunque siente el rumor de la lluvia y el movimiento de las cortinas agitadas por el viento.

Después, primero se agacha y luego se arrodilla para examinar los cajones del pequeño mueble donde guarda los perfumes, los cosméticos y los remedios. Abre una caja y mira cuántas pastillas quedan: no sabe si ponerse triste o contenta.



## La doble muerte de un chileno en Buenos Aires

Cierra con llave la puerta de entrada; baja la cortina metálica y pone dos candados, uno abajo y otro en el medio. Mira hacia adentro. Sí, todo está en orden. Siempre deja una luz encendida como lo hace todo el mundo. Es un pequeño local, pero se las arregla. En las estanterías que ocupan casi todo el espacio se apilan las cámaras de fotos que él repara; se especializa en eso, aunque en los últimos tiempos también recibe algunas filmadoras.

Camina unas cuadas con Tomasito, su ayudante y al llegar a la plaza Echaurren se despiden. Un poco más allá el hombre entra en el bar del guatón Riquelme; varias veces a la semana, cuando termina de trabajar, se da una vuelta por ahí para tomarse algo. Lo conocen y él conoce al dueño y a algunos parroquianos. Hombres grises en el ambiente mortecino del bar. Se acomoda en la barra donde hay varios tipos charlando; dos de ellos, que a veces se acercan para hablarse al oído y luego se palmean riendo, parece que han estado bebiendo desde temprano. Un mozo le alcanza su pilsener, no la pidió, pero saben que él siempre comienza por eso. Lleva la bebida y se instala en una mesa. No quiere conversar con nadie.

El bar es oscuro y cerrado como todos bares del *plan*, de la parte baja de Valparaíso. De vez en cuando entra y sale gente. Hay un televisor encendido que nadie ve y botellas de varios colores delante de un ancho espejo. Se respira el inconfundible olor de

mariscos y frituras de pescado. Ese es el aroma que él extrañaba en México, lo mismo que el pisco sour; ni hablar del vino tinto que allá no había o que solo se lo encontraba a precios prohibitivos. Se había puesto a pensar en México porque la llamada recibida en la tarde, además de sorprenderlo, lo hizo regresar al pasado. A casi veinte años atrás. ¿Cuántos eran?

Había llamado por teléfono Juan Pablo Egaña, que alguna vez supo ser Juanpi, y luego Cóndor, cuando entraron en la locura de los alias, de los nombres de guerra. Mucho tiempo que no sabía de él. Después de las consabidas sorpresas, de los qué tal y qué ha sido de tu vida, Egaña le dijo que quería hablar personalmente con él, y cuanto antes mejor. Por algo que te interesará, le dijo.

No sé para qué me llamó, cavila el hombre, mientras despeja con la mano la transpiración helada de la jarra de cerveza donde ahora se puede leer claramente *Pilsener Cristal*. No pienso darle pelota, nada que ver. Quién es Juanpi ahora, quién soy yo ahora. Paga la consumición y sale a la calle.

Mientras camina para tomar el ascensor de las once de la noche, el último que sube hasta el cerro Placer, al pensar en Juanpi evoca su vida pasada, una de sus vidas pasadas. Como en los sueños, en unos instantes, en unas cuantas imágenes se concentran meses y años de toda una época de esperanzas e incertidumbres.

Tenía diecinueve años, vivía en una pensión en Santiago y estudiaba en el Liceo Técnico de la calle Macul, cuando en una asamblea en la universidad se

encontró con la Javiera. Nunca había conocido a una lola tan hermosa. Ella estudiaba Filosofía en el Instituto Pedagógico y le contó que una vez un profesor le había dicho: "Javiera, tú tienes ojos de adormecedora de mares". Él estuvo algo así como enamorado y solo fue correspondido a medias y por poco tiempo. Después se dio cuenta de que ella cumplía con la función militante de enganchar gente para el Grupo. A poco de conocerla ella lo invitó a "una fiesta con amigos", en una casa de Ñuñoa; un ambiente colorido con muchos estudiantes, donde se tocaba la guitarra y se cantaron cosas de los Quilapayún y la Violeta Parra. Algunos cabros se acercaron a conversar con él, entre ellos, el Juanpi. Eran los años en que la revolución se tocaba en el aire. La Unidad Popular acababa de ganar las elecciones y Allende era el nuevo presidente. Pero eso nada significa, hay que seguir peleando, le dijeron esa noche. Ahora hay que ejercer la vigilancia revolucionaria para que este gobierno no pacte con la burguesía. Y para eso estamos nosotros, el Grupo, le dijeron. El nombre completo era Grupo Revolucionario y su sigla (que tantas veces pintaría en muros, en paredes y en los baños) era GR. Cuando salían a pintar ponían una sigla al lado de la otra y la inscripción se transformaba en GR GR, y eso no les disgustaba; al contrario, decían que era como un gruñido lanzado contra el imperialismo, el rugir de los pobres de Chile. Lo invitaron a otras reuniones y muy pocas veces se encontró con la Javiera, pero siempre había otras chicas lindas y muchos cabros. Empezó a hacer amistades. Por eso cuando le plantearon incorporarse formalmente al Grupo, lo más natural del mundo fue

decir que sí, aceptar con agradecimiento, porque se sentía ingresando en un círculo de elegidos. Fue un buen militante y por eso tuvo que hacer, quiso hacer, cosas que luego prefirió olvidar. Lo que sí recuerda vívidamente son las terribles jornadas posteriores al golpe del 11 de septiembre del 73; cuando estuvieron un tiempo a la deriva, hasta que finalmente él y otros compañeros del Grupo consiguieron asilarse en la Embajada del Canadá, donde estuvieron cerca de un mes hasta que los dejaron salir del país. Llegaron a Toronto, una ciudad ultramoderna y horrible, con edificios impactantes y espacios subterráneos y automóviles, pero donde nunca vio a una persona por las calles. Por suerte, al tiempo pudo partir a México, donde vivió quince años.

El ascensor —la gente de antes, como su madre, aún le llamaba funicular— es ni más ni menos que un desvencijado y chirriante receptáculo de madera que trepa por un riel las faldas del cerro arrastrado por cables que siempre parecen a punto de cortarse. Cuando el ascensor se detiene en la parada final, unos doscientos metros arriba, el hombre da las buenas noches al conductor y al único pasajero que lo acompaña y sube por una calle empedrada hasta su casa. Su paso es lento, pero firme y seguro, distinto del andar vacilante y esponjoso de tantas noches. Ahora su cabeza está fresca como el aire que sopla por lo alto de los cerros y no tiene ninguna dificultad en encontrar la llave y acertarle a la cerradura. Cuando está cerrando la puerta, mira por un instante el resplandor que llega desde abajo, el alumbrado de las calles, las ventanas



iluminadas, las luces de los barcos en el puerto: la bahía de Valparaíso de noche.

Su madre está despierta; teje, mientras escucha por la radio a un predicador evangélico.

—Cómo está, mijito. Le tengo una cazuelita de ave ¿quiere que se la caliente?

—No, viejita. Está bueno, ya comí, responde; y con algo de torpeza, en un gesto que intenta ser cariñoso, roza con una mano su pelo plateado.

—Antes de que me olvide. Le llamó un tal Egaña y le di el número de su taller. ¿Por qué asunto era?

—Por nada, mamá. No se preocupe.

El domingo por la mañana se encuentran en la Quinta Vergara; el lugar lo había sugerido Juanpi, quien lo espera sentado en un banco leyendo un periódico. Se abrazan. Tantos años, compadre. Tantos años sin vernos. El hombre advierte que solo le llega a los hombros de Egaña, grandote como siempre, pero más gordo y con poco pelo, aunque con los mismo ojos claros. Ojos que miran con cierta incomodidad pero quizás con una lejana nostalgia al hombre bajo, flaco, gris, que aún tiene casi todos los pelos —así son los morenitos medio indios, calcula Egaña— y que sigue vistiéndose con las mismas ropas baratas. Recuerdan viejos tiempos. El hombre se entera, y también deduce, que Juanpi es ahora un próspero ejecutivo, que vive en La Dehesa con su mujer y cinco hijos. En tanto que Egaña lamentablemente confirma que el hombre sigue siendo el mismo pelagatos de siempre, que tiene un tallercito en el que arregla cámaras de fotos y una hija que vive en México con su madre.

Conversan un rato más, pero a ninguno le interesa demasiado la vida del otro. El hombre solo siente un poco de curiosidad por la aparente prosperidad económica de Egaña y nada más. Éste por su parte ya conoce desde hace un tiempo todo lo que necesita saber del hombre, por eso le toca un brazo y hace un gesto para que lo escuche:

—Vas a tener que agradecerme, compadre. Te he recomendado para un trabajito que te cambiará la vida. Hay mucha plata; mucha y de la buena. Un trabajito fácil y rápido. Y son veinticinco mil dólares. Calcula los pesos chilenos que son.

El hombre lo mira con incredulidad. Está turbado por la cifra. No sabe si permanecer callado o largarse a reír, ¿es acaso una broma, o qué es? Trata de adivinar la sombra de una sonrisa en el rostro de Egaña, pero éste lo observa fijamente, con ojos escrutadores.

—Pero qué cosa es. ¿Cuál es el trabajo que tengo que hacer? —pregunta.

—Así no sirve. No te diré nada todavía. Disculpa, pero hay que cuidarse. Hay gente importante detrás. Antes tú tienes que decirme si estás dispuesto a ganar esa plata. Si no quieres contestarme hoy, dímelo mañana. Te aviso que si tú no aceptas no hay problemas; conozco mucha gente que aceptará el encargo. Te estoy haciendo un favor. Lo hago por los viejos tiempos.

Esa noche el hombre casi no puede dormir. Por supuesto que quiere ganar esa plata. ¿Pero haciendo qué cosa? Seguramente no será para arreglar cámaras o filmadoras. Luego de suponer y desechar una multi-

tud de motivos, algunos sensatos y otros alocados, no puede sino concluir que Egaña lo ha buscado por su pasado, por las cosas que hizo en su pasado. No le gustaba pensar en ellas. Sin embargo, casi sin querer, evoca entre tantos recuerdos de una época vivida al borde de sí mismo, ciertos episodios de su militancia más dura: la vez que estuvo en el asalto a un supermercado Las Brisas, la vez que violentaron al camión de caudales del banco Sudamericano y, su última acción, cuando secuestraron a un empresario y todo terminó muy mal. No, se dijo, ya no estoy preparado para eso. Si me busca para algo así le digo que no y listo. De todos modos, le digo que no. Después de esta certidumbre, de tomar imaginariamente esta decisión, se tranquiliza, y en algún momento logra dormir.

Al día siguiente va a encontrarse con Egaña. Tranquilo y seguro porque ya sabe lo que le va a decir. Que quiere ganar la plata, pero que ya no está para esos trotes de asaltos o secuestros, de ninguna manera. Se lo dice.

—No te preocupes, compadre. Nada de eso, nada de jugar a los policías y ladrones, y como tú dices, ya no estamos para esos trotes. Esas cosas ya pasaron. El trabajo que te propongo es limpio, fácil y sin riesgos, para casi cincuentones como nosotros. ¿Va a aceptarlo entonces? —pregunta Egaña.

—Sí. Si es así, estoy de acuerdo.

—¿Seguro?

—Totalmente. Cuéntame de qué se trata.

—Quiero advertirte que cuando te lo diga después ya no te puedes echar atrás, no por mí, sino por la otra gente. ¿Estás seguro?

—Adelante.

—Presta atención y, desde ya, debes saber que no deberás hacerme preguntas de más, ni pedirme aclaraciones que no estoy en condiciones de hacerte.

—De acuerdo, está bien. Te escucho.

—Bueno. Por las razones que sean, gente importante y que confía en mí, quiere desprenderse de un tipo que los está molestando.

—Pero qué, ¿eliminarlo?

—Tú lo has dicho. Usaste la palabra adecuada: eliminarlo. Ninguna cosa rara: matarlo, simplemente —Egaña advierte que el hombre ha comenzado a mirarlo como si despertara por fin de un sueño, pero prosigue como si tal cosa— La cuestión es que no quieren dejar huellas y que todo parezca algo natural.

—No entiendo. Una muerte ¿algo natural?

—Quieren que se lo elimine en Buenos Aires y que nadie haga preguntas. Que parezca uno de los tantos crímenes gratuitos que ahora suceden en la Argentina. Que le quisieron robar la cartera y él se resistió y le pegaron dos huascasos o algo así. ¿Entendís, cabrón?

—Claro, claro, que el asunto pase desapercibido —coincide.

Egaña lo escucha con cierta complacencia interior, porque se da cuenta que el hombre ya está metido hasta las orejas. Se ha dejado llevar por delante, tal vez porque ya no le interesa nada de nada —como estuvo averiguando— o, quizás, porque quiere tener la platita.

—Vayamos a almorzar y terminemos de arreglar el asunto —propone Egaña.

En el transcurso del almuerzo —locos en veda con salsa verde y machas a la parmesana—, piden un Undurraga, blanco obviamente, Egaña entra en mayores detalles y muestra unas fotos. Queda claro que el asunto se debe concretar en Buenos Aires en dos o tres semanas.

Le cuenta que el tipo que hay que eliminar se llama Sebastián (le dicen Tatán) Cousiño, es economista, tiene 42 años, el típico cuico del barrio alto, un yuppie con plata; la plata le viene de parte de su familia y sobre todo de la familia de su mujer. Estudió en Norteamérica y se graduó con un MBA. Está vinculado con empresas chilenas que participaron de las privatizaciones argentinas del gas y la electricidad. Tiene que controlar que los empleados argentinos no se roben la plata y por eso viaja a Buenos Aires una o dos veces por mes y se queda varios días.

El hombre sigue viviendo como siempre; atiende su trabajo, de vez en cuando se pega una curadita en el bar de Riquelme y solo eso. En su casa pasa todo el tiempo viendo deportes por la tele. Los primeros días anduvo como apretado, reprochándose el haberse metido en un asunto tan raro. No quiere pensar demasiado en la cuestión, solo en una oportunidad examina las fotos y los papeles que le pasaron.

Cuando ya estaba suponiendo que nada pasaría, Egaña lo llama por teléfono. Espérame en la puerta del Mercado que da a la calle Manuel Montt. Lo recoge en su auto y enfila hacia la carretera de Viña. Cuando el vehículo se detiene el hombre está por bajar, pero le dicen que permanezca adentro.

—El gallo va a viajar el lunes a Buenos Aires y se quedará hasta el viernes en la tarde. Tú ya sabes donde se aloja y los lugares por donde anda. Tú eliges el lugar y la hora, pero creo que sería mejor en la noche. Te traje varias cosas que vas a necesitar. Deberías viajar este fin de semana, así tienes tiempo de ir conociendo el ambiente.

Del asiento trasero Egaña toma un maletín y lo coloca sobre las rodillas. Lo abre y comienza a mostrar el contenido. Una carpeta con tapas transparentes, dos sobres color papel madera y un estuche negro. Todo está muy bien planeado, es un trabajo de meses, le dice. Le muestra otras fotos de Cousiño, un listado con direcciones y horarios, y despliega un plano de Buenos Aires donde están marcados algunos sitios y recorridos: el departamento donde se aloja Cousiño, las oficinas y empresas que visita y hasta los restaurantes donde suele comer. En el estuche está el arma: es una de las que se consiguen en Buenos Aires y está probada, pero mírala tú también, le dice. Y esta es la cédula de identidad, tu documento de argentino.

Le entrega el maletín y, ante la duda del hombre, le dice que sí, que puede quedárselo. O si quieres me lo devuelves después. Antes de despedirse le pasa un fajo de billetes.

—Son cinco mil dólares, el anticipo. El resto te lo doy cuando vuelvas a Chile.

El hombre siente que empieza a pesarle la realidad. Pero recuerda lo que en una época solía hacer, cuando comenzaba a inquietarse antes de cada operativo:

se movía, actuaba, usaba los músculos. Y se pone a ordenar las cosas. La acción contra los pensamientos malsanos, solían postular en el Grupo. Dispone sobre la mesa el contenido del maletín. Las fotos del "objetivo", como le llamaba Juanpi, los papeles, sus documentos de argentino (un carnet plastificado con su foto pero a nombre de un tal Rodolfo Larralde, nacido en 1952 en Santiago del Estero) y el estuche con la 9 mm, usada pero resplandeciente.

En la mañana va temprano al taller y se pone a trabajar en los arreglos pendientes. Es un tipo responsable y quiere conservar los clientes. Cuando llega Tomasito, le avisa que la semana siguiente el negocio estará cerrado. Tengo que viajar al sur por unos asuntos. A dónde, patrón. A Concepción.

Ahora voy a salir por un momento, le dice al joven que quizás está sorprendido, con ganas de hacer una pregunta. Pero el hombre no tiene tiempo ni deseos de aclarar nada y debe cumplir algunas diligencias. Primero va al Banco Sudamericano y deposita casi toda la plata que le anticiparon. Luego se dirige al Terminal de Buses y compra un pasaje para Mendoza para el viernes por la mañana. Egaña le había recomendado que ingresara por vía terrestre a la Argentina porque por ahí no había ningún control, pero que en Mendoza tomara un avión a Buenos Aires.

¿Todo estaba listo? Sí. Lo único que faltaba era probar el arma. Lo hace al anochecer en un descampado, junto a la ruidosa fábrica metalúrgica IMPSA a la salida de la ciudad. Dispara y escucha. Perfecto. Solo se oye el trepidar de las máquinas. Dispara nuevamente. El tercer balazo acierta en una lata de cerveza. Ahora

siente el arma tibia en su mano, una sensación lejana, pero entrañable. De regreso a su casa ya no se vuelve a preguntar las razones por las que Egaña había pensado en él.

En el vuelo a Buenos Aires, quizás las dos ¿o fueron tres? copas de vino que bebe no le permiten tranquilizarse del todo. Por eso, cuando entra en el baño a orinar, se mira en el espejo, hace una mueca y se dice "huevoón, que estás haciendo". Vuelve a su asiento a tratar de dormir, pero lo hace a medias porque se encuentra cruzado por diversas sensaciones.

Al llegar al Aeroparque de Buenos Aires recuerda las recomendaciones de evitar los taxis ("te pueden asaltar"). Toma un remisse y le da la dirección del hotel que le indicó Egaña, un hotel barato pero limpio y céntrico, para no llamar la atención.

—¿De dónde viene usted, maestro? —pregunta el conductor del remisse.

—De Chile, pero soy argentino —contesta el hombre, y de inmediato se reprocha haberle dicho su procedencia; lo pilló de improviso. Tiene que cuidarse.

El resto del viaje permanece en silencio, evitando toda conversación con el chofer que visiblemente quiere charlar. Egaña le había dicho: tienes que pasar desapercibido, no hables como un chileno, habla como un argentino, es fácil imitarlos, escúchalos, además hablan a los gritos.

En la minúscula recepción del hotel Milán el conserje observa el documento que le alcanza el hombre. Así que santiagueño, suelen venir a veces pasajeros de



ahí, comenta. Y a continuación hace una especie de broma, que el hombre no alcanza a entender por lo que opta por quedarse callado; era algo sobre la siesta o dormir la siesta.

En el cuarto del hotel abre el mapa y lo contempla. Buenos Aires, Argentina. Nunca había estado en Argentina. En realidad, la única que vez que salió de Chile fue cuando tuvo que exiliarse. Un viaje forzado y una estadía forzosa en México, pero que duró quince años. Si de él hubiera dependido nunca habría salido del país, no solo de Chile, sino de Valparaíso. Era una persona sedentaria por naturaleza, que jamás hubiera querido meterse en problemas. Pero las cosas se dieron de otra manera, tanto en el pasado, como ahora mismo que está en Buenos Aires tratando de ubicar en el plano dónde queda su hotel (en la calle Montevideo entre Corrientes y Sarmiento) y de calcular la distancia hasta el departamento donde se alojará Cousiño que es, acerca una lupa, en la calle Quintana.

El pájaro llega el lunes; hay tiempo, pero mejor comenzar ya mismo el estudio del terreno. Toma el mapa, lo dobla con cuidado y sale. Un radio taxi lo lleva hasta Quintana. Mientras camina hasta el departamento lo impresiona la elegancia del lugar, esas escenas que se ven en películas sobre París. Se vive muy bien aquí, piensa. Pasa dos veces frente al departamento, estudiando los detalles. Claro, esto es otro mundo. Alrededor de una esquina se concentran bares y restaurantes, la gente está sentada en las mesas de las veredas. Al frente hay una plaza. Consulta el mapa: es Plaza Francia.

En los papeles que tenía, estaban consignados con precisión los movimientos de Cousiño. El día del arribo siempre concurre a la sede de Edesur, en una de las torres de Catalinas, y de ahí sale entre las ocho y nueve de la noche. Ahí lo ve por primera vez. Lo acompañan dos personas; se acerca un auto con chofer y suben. El hombre que esperaba en un taxi, los sigue. Llegan al hotel Plaza, y probablemente van al bar. Le dice al taxista que espere. Una hora después sale Cousiño, y ahora lo sigue hasta un restaurante de Las Cañitas. Observa que se acerca a una mesa donde una mujer pelirroja lo espera. Un rato después el hombre entra en el restaurante, un poco por curiosidad y también para ver a su víctima de cerca; casi sin querer roza la espalda de Cousiño y pide disculpas.

Por esta noche es suficiente, se dice el hombre, y decide regresar al hotel. Pero antes de ir a dormir camina por los alrededores. En una esquina (los carteles indicadores dicen Sarmiento y Paraná) contempla una escena que nunca había visto ni en los barrios más pobres de México o Chile: una multitud de gente abriendo y escarbando bolsas de basura. Sabía que las cosas andaban mal en Argentina, pero no imaginaba que era para tanto.

A la mañana siguiente el hombre está tomando un café mientras espera. Los horarios de seguimiento decían que Cousiño dejaba el departamento cerca de las ocho de la mañana, y así ocurre. (Cuando regrese a Chile le dirá a Egaña que felicite a quien hizo el seguimiento: la vigilancia fue perfecta). Cousiño se acerca a un auto, un BMW azul, conversa con el chofer y el

vehículo parte. Al principio el hombre no comprende lo que pasa, pero después supone que Cousiño quiere tener un espacio para sí, que antes de ir a las reuniones y las juntas de trabajo desea disponer de un tiempo libre. Eso es lo que parece, porque el ejecutivo se pone a caminar sin ningún apuro. Quizás quiera respirar el aire y las formas de la mañana, especialmente las buenas formas de algunas mujeres. Porque las mira a todas; a veces no se contenta con mirarlas, y no solo les murmura algo cuando pasan a su lado, sino que se da vuelta y se queda (ad)mirándolas mientras se alejan. Así que a este momio le habían sabido gustar las buenas cosas, comprueba el hombre con una sonrisa interior.

El hombre entra en un restaurante que está cerca del hotel. El salón es muy grande y hay pocas mesas ocupadas. Se acerca un mozo y le entrega una carpeta de cuero con el menú. Lo estudia un poco, pero ya tiene decidido lo que va a pedir: carne, la buena carne argentina. En la lista de bebidas también hay vinos chilenos, Undurraga, Concha y Toro, pero se dice que no, mejor un vino argentino, y pide un Suter malbec.

No está nada mal el vinito, en realidad está bastante bueno. Le quedan dos días para hacer el trabajo. ¿Dos días o solo un día? Paladea el malbec, entrecierra los ojos y piensa que las grandes decisiones de su vida, para bien y para mal, las ha tomado con algo de vino encima. Ya ha visto suficiente y no hay mucho que pensar. Mañana será el día, a la salida de un restaurante o cuando llegue a su departamento, a la noche por supuesto. Asunto concluido, mañana en la noche.

Pero se pone a pensar en Cousiño. ¿Por qué quieren matarlo? Egaña no le dio razones y le dijo que no le preguntara nada. ¿Por qué no le encargaron el trabajo al tipo que lo siguió, ya que tan bien conocía sus movimientos? Está por entrar en un vértigo de suposiciones, pero piensa que no vale la pena. Es un asunto de plata, de intereses económicos, imagina.

La verdad es que le ha estado tomando simpatía a Cousiño. Me gusta el tipo, se dice, y ese pensamiento lo incomoda. El mozo deposita ante los ojos azorados del hombre un inmenso, excesivo, bife de chorizo. Ataca la carne y pide otra botella de malbec.

Mira a la gente que está en las mesas y a los mozos junto al mostrador del fondo, fumando y conversando. No se imaginan por qué estoy aquí, piensa. Nadie lo imaginaría, ni esta gente, ni la gente del bar del guatón Riquelme, ni Tomasito, ni, menos que menos, su mamá. ¿Yo sé porque estoy aquí?

Promediando la segunda botella se desliza hacia una grieta de preguntas inútiles, de cuestionamiento tardíos. ¿En qué me he metido, en qué diablos me he metido? Parece un buen tipo, carajo. Me cae bien, me gusta la manera en que devora con los ojos a las mujeres. Le gusta fumar y toma vino. Hasta podríamos ser amigos. Está a punto de echarse atrás y, para reforzar su decisión, va a pedir otra botella más, pero advierte que es el último comensal que queda en el local y pide la cuenta.

Mientras desayuna pasadas las diez de la mañana, el hombre se reprocha haber tomado tanto y haber pensado tantas locuras la noche anterior. No debe se-

guir haciendo tonterías. Lo que tiene que pasar, pasará hoy. Se ha despertado tarde y no ha podido seguir a su presa. No importa. En la tarde llama por teléfono a uno de los dos lugares en que puede estar Cousiño. En Edesur le dicen que está en una reunión, y si quiere dejar algún mensaje.

En el anochecer, cuando lo ve salir, lo sigue hasta el teatro Colón. En el foyer se encuentra con la misma pelirroja del bar de Las Cañitas y entran en la sala. Hay una ópera: *Lohengrin*, lee el hombre en los avisos. Al terminar la función, Cousiño sale en medio de un grupo que se dispersa en la esquina del teatro. Con la pelirroja continúa por la calle Libertad; en un momento pone la mano sobre el hombro de la mujer y caminan hasta el restaurante Edelweiss.

El hombre ha decidido que será ahí, a la salida del restaurante. Se acercará, le gritará algo confuso y, cuando Cousiño se sorprenda y haga un gesto y mueva las manos, le disparará al centro del pecho. Según como se den las cosas, puede que le dispare también a la cabeza. Ya ha vivido varias veces esa escena los últimos días, la estuvo practicando mentalmente, pero de una manera tan vívida que ya sabe todo lo que va a pasar.

Mientras espera en la calle, siente que se le mueve la sangre. No necesita tocar para sentir el arma en el bolsillo trasero del pantalón. De pronto, del local sale un guardia de seguridad que se instala en la entrada.

Qué complicación. Se impone un cambio de planes. Por un instante se confunde, pero solo por un instante. Porque ya ha previsto qué hacer. En algún momento Cousiño debe regresar a su departamen-

to: lo esperará ahí. Rápidamente se dirige a la calle Quintana.

Cerca de las cuatro de la mañana, el hombre que ya estaba poniéndose nervioso, ve asomar por la esquina de Callao a una pareja de enamorados. Cousiño y la pelirroja. "Así que este gallo había tenido una amante en Buenos Aires". El hombre de Valparaíso sale detrás de un árbol, cruza la vereda y comienza a caminar para coincidir con Cousiño en la entrada del departamento.

Cuando la pareja se da cuenta que el hombre está junto a ellos, saca el arma. Cousiño se pone delante de la mujer y el hombre dispara. Luego dispara por segunda vez.

En ese instante se enciende una sirena y de algún lado surgen unos policías que le dan la voz de alto. El hombre se pone a correr, pero un balazo en la cintura lo derriba. Trata de levantarse, pero vuelve a caer. Quizás suspire y mire hacia las ventanas que comienzan a iluminarse y escuche los lamentos de la pelirroja. En la madrugada hay gritos y silencio. Los policías llegan hasta él y, antes de que haya tiempo de nada, disparan. Se le hace la noche.

A Egaña le habían dicho: Si no quieres que queden huellas en la Argentina, también hay que arreglar con la policía.

## Dama desaparecida en Manhattan

### I

Siempre les había gustado viajar. Eran como regalos que se prodigaban, aventuras en busca de nuevas sensaciones, pero también de auto reconocimiento. De cada viaje regresaban plenos y dichosos, quizás un poco más sabios. Con el paso de los años él se había vuelto algo sedentario, pero ella conservaba intacto el entusiasmo. Por eso, cuando él le contó que había recibido una invitación para participar en un seminario de sociología en Nueva York pero que no estaba seguro de asistir, ella tomó el asunto en sus manos y no tardó mucho en convencerlo.

Un frío atardecer de junio partieron. En el avión había filas de dos, tres y cinco asientos. Tenían reservas en dos asientos contiguos, pero como había muchos lugares libres, ella ocupó con sus bártulos —la chaqueta, el bolso de mano— una hilera de tres para dormir cómodamente en la noche.

Cuando sirvieron la cena ella pidió soufflé de salmón, él carne con papas, y bebieron vino tinto. Luego del postre pasaron una película que estaban estrenando en los cines. "Esto es viajar en un vuelo internacional", pensó él. En un momento se tomaron la mano, un gesto que la convivencia había vuelto casi inusual, y conversaron con ojos brillantes —sobre todo los de ella— del viaje que estaban emprendiendo. Luego ella se paró, se inclinó hacia él rozándolo con los labios, le dio una palmadita en la nuca y se dirigió con una revista en la mano hacia su cama de tres asientos.

Él tomó un sorbo del whisky que le habían traído y quiso ponerse a pensar. Pasó el tiempo. El whisky se terminó y no se podía fumar. «No voy a poder pensar libremente», se dijo y cerró los ojos. Fue hacia el baño, no por una razón en especial sino por impaciencia, trató de orinar, se puso unas gotas del frasco de perfume que estaba sobre el pequeño lavatorio y guardó en el bolsillo de la camisa unos sobres con toallitas refrescantes —para ella, para su hijo, para sus sobrinos—. Le encantaba coleccionar cosas innecesarias de sus viajes.

Volvió al asiento y se dispuso a dormir. Se sintió embriagado por la sensación de estar viajando con su mujer a Nueva York. Evocó escenas de un viaje anterior: un joven violinista tocando una Partita de Bach en la Grand Central Station, un templo en el barrio Chino, un bar en la calle 54 donde tomaba gin tonic y escribió varios esbozos de poemas. Y recordó lugares y personajes que habían retratado Elmer Rice, Salinger, Dos Passos. En su memoria no hubiera podido distinguir las imágenes reales de las imaginarias.

En algún momento quedó dormido. En la mañana temprano ella lo despertó para que compartieran el desayuno. Cuando comenzó el descenso sobre la ciudad, ella tomó la cámara y se apretó contra la ventanilla, pero casi no pudo filmar porque el día estaba nublado.

En el aeropuerto los esperaba Gabriel, joven colega de Marcos. Lo abrazaron efusivamente pero se apuraron a salir del edificio para fumar un cigarrillo. Afuera el cielo estaba gris. Nada más grato que fumar y estirar las piernas después del largo viaje. Le conta-



ron noticias de Argentina y él les anunció algunos de los paseos que les tenía preparados, entre ellos, todo un domingo en Brooklyn y una cena con sociólogos argentinos en un restaurante egipcio de Queens.

Pusieron las maletas en el auto de Gabriel y le entregaron una caja de alfajor santiagueño y los frascos de dulce de leche que les había pedido que le llevaran, a lo que agregaron, por propia iniciativa, una caramañola de Perdriel tinto.

Luego de un cruce de rutas ascendieron al primer puente y ya alcanzaron a divisar a lo lejos el perfil de edificios de Manhattan. "Mira, Marcos, mira", dijo Quecha, tocándole el brazo. Al pasar por cerca de Forest Hills los hombres recordaron las lejanas hazañas de Guillermo Vilas, cuando ganó el Master. Entraron en Manhattan por el sur de Harlem, luego bordearon la Universidad de Columbia y comenzaron a descender hacia el apartamento donde se alojarían, un dato que le pasaron a Quecha unos antiguos condiscípulos de Marcos.

En verdad era un gran dato, no solo por el precio, sino sobre todo por la ubicación, en el Upper West Side; calle 68, entre Central Park West y Columbus Avenue, a metros del Central Park. El edificio era encantador, pensó Quecha, esas típicas construcciones neoyorquinas, con una escalera de entrada a la planta principal que llega hasta mitad de la vereda y escalas laterales hacia el bajo nivel.

Bajaron las valijas, se despidieron de Gabriel y tocaron el timbre del propietario, Mr. Shaen, con quien se habían comunicado por e-mail para hacer las reservas. Salió a atenderlos un hombre alto, sonriente, de

barba entrecortada y lentes, enfundado en una campera celeste de nylon con la que siempre lo verían.

El edificio era de tres plantas, "levantado hacia 1920", informó Shaen. Les contó de la familia que lo construyó y de cómo él pudo adquirirlo con una herencia de su madre. Mencionó los arrendatarios habituales que tenía, entre ellos el corresponsal de la revista Noticias de Buenos Aires. También les indicó algunos de los atractivos de los alrededores.

Por una quejumbrosa escalera de madera subieron hasta el primer piso y Shaen abrió la puerta del departamento. Era más de lo que esperaban. Los ambientes eran amplios y luminosos. Un living con ventanas daba a un jardín interior y un pasillo llevaba al dormitorio. Todo perfecto. Quecha fue a inspeccionar el baño y la cocina, y regresó con una sonrisa de aprobación.

Desocuparon las maletas, y ubicaron su contenido en los clósets de la pieza y del living y en la alacena de la cocina. Prepararon "a la manera norteamericana" el café que les había dejado Shaen, pero luego de beberlo coincidieron, nunca volverían a probar esa infusión espantosa. Conversaron unos instantes mirando planos y mapas, y salieron a recorrer el barrio.

Las calles eran arboladas y casi todos los edificios tenían escaleras con balaustradas. Dieron vuelta la manzana y llegaron al Hotel des Artistes. Cruzaron al Central Park; estuvieron un tiempo mirando las ardillas y recordando al gato Charlie que seguramente también los extrañaba. Salieron del parque y recorrieron varias cuadras por Columbus Avenue que, desde la última vez que Marcos había estado por allí, más de diez años atrás, se había convertido en un lugar de

moda, donde alternaban tiendas de marcas prestigiosas con *delis* y restaurantes, tanto de estilo europeo, como de comida étnica. Buscaron un lugar para almorzar, que fuera agradable y no tan caro. Después de preguntas, vacilaciones y cálculos, finalmente se sentaron en la vereda de Harry's Burritos, en medio de jóvenes que disfrutaban del sol, donde les sirvieron una fuente de nachos con queso y Margaritas. La comida y los tragos les parecieron excelentes. Para quedarse más tiempo conversando y mirando pasar la gente, se corrieron a una mesa donde no daba el sol. Se acercó una persona y los saludó: "Me di cuenta que son argentinos porque están fumando *Le Mans*".

Volvieron al departamento. Tenía lo necesario para una confortable estadía: refrigerador con freezer, cocina a gas, hornito eléctrico, televisor, equipo de música. Mucho mejor que estar en un hotel. Los dos valoraban la independencia de poder cocinar o tomarse un café cuando quisieran. Aunque ella no estuvo tan de acuerdo —porque le parecía una exageración, como muchas de las cosas que él hacía— Marcos había llevado, pretendiendo reproducir la cotidianeidad santiagueña en Manhattan, fideos, arroz, cajas con alimentos preparados, café *La Virginia* y algunas botellas de vino. Después, cuando se enteraron del precio de los cigarrillos, lamentarían no haber llevado una suficiente provisión.

Él pasó la tarde leyendo el *Village Voice* y otras publicaciones que había tomado de uno de los expendedores de periódicos gratuitos de la esquina de la casa. Ella se dedicó a filmar el departamento y a hacer anotaciones en su libreta de viaje.

En la noche salieron a pasear, se sentaron en el muro de piedra que rodea Central Park y fumaron. Caminaron por los alrededores, deteniéndose en los pequeños negocios con flores y verduras en las veredas. Llegaron hasta el local de Barnes and Noble cercano a Columbus Circle y escogieron unos cuantos libros y revistas que fueron a leer en el café del cuarto piso. Al salir, en un supermercado que estaba abierto las 24 horas, compraron algunas provisiones y volvieron al departamento.

Marcos encendió el televisor y examinó todos los canales de cable, deteniéndose especialmente en tres canales hispanos. Comieron salchichas de pavo aderezadas con una mostaza de Dijon que de tan fuerte dilataba las vías respiratorias, e hicieron planes para los próximos días. Ella tenía casi un infinito listado de lugares por recorrer, donde figuraban tiendas, desde Blommingdale hasta Bergdorf-Goodman, y museos y recorridos. Él la acompañaría a todas partes, pero también había hecho su propio plan de lugares a donde ir.

Conversaron hasta muy tarde de todo lo que pensaban hacer. Para no olvidarse, de vez en cuando, anotaban algunos datos en sus libretas. Ella en silencio, con una lapicera de tinta negra, él a veces pronunciando en voz alta ciertos nombres que le parecían emblemáticos.

Los días transcurrieron en visitas a sitios excitantes, verdaderos o imaginados. Habían leído y visto tanto sobre la ciudad que, cuando llegaban a un lugar, muchas veces lo apreciaban en virtud de la adecua-

ción a la imagen previa que tenían de él. Jugaron al ajedrez en Bryant Park, compraron algo en Macy's, escucharon un concierto en la sala Alice Tully en el Lincoln Center y estuvieron por entrar a un teatro en Broadway. Ella se probó rimmel y pintura para los párpados en una tienda del Soho. Una noche él escogió un número al azar del directorio telefónico, hizo una llamada y trató de establecer una conversación. Quería sentir la voz de un neoyorquino típico, de alguien sorprendido en su casa, quizás mirando televisión.

Así pasaban los días.

Una tarde se encontraron con Gabriel y Cata para dar un paseo en auto. Ellos vivían en Astoria, cerca de la última estación del metro de Queens. Tomaron un tren en Times Square que luego de unas cuantas paradas empezó a correr por unas vías elevadas, desde las que se veían las terrazas y techos de unos edificios bajos, distintos a los de Manhattan.

Al llegar a la estación Mitland descendieron hasta la calle por una oscura escalinata de hierro y entraron a un negocio tipo drugstore —un maxikiosco de Argentina— para llamar por teléfono a Gabriel. Mientras lo esperaban, inspeccionaron la diversidad de mercaderías en venta. Les llamó la atención varios periódicos en caracteres rusos y griegos.

Aparecieron los amigos. Cata era una chica ecuatoriana que había conocido a Gabriel mientras cursaba un doctorado en literatura en la NYU. Tenía una desatada sonrisa juvenil, pero también cierta majestuosidad propia de su embarazo, de su maternidad inminente. El niño nacería en dos meses y eran padres

primerizos. Gabriel escribía libros y artículos de sociología, y Cata cuentos y libretos para una radio latina de Nueva York.

Dieron unas vueltas por Queens y luego enfilaron al sur, tomando la vía rápida junto al East River. Al llegar a la explanada de Promenade, bajaron y se sacaron fotos con los edificios de Manhattan al fondo. Estacionaron el auto y subieron a recorrer Brooklyn Heights.

En el atardecer, caminaron por una calle con árboles de troncos oscuros, cuyas copas, con los verdes nuevos del comienzo de la primavera, se entrecruzaban en lo alto de acera a acera. Los edificios eran casonas de dos y tres pisos con paredes ocre, sienas y marrones (*los brownstones*). En una esquina estaba el nombre de la calle: Montagu.

Mientras el cielo se inclinaba, algunas luces comenzaron a encenderse en el interior de las casas. Vieron salones iluminados tenuemente, a una mujer conversando en la cocina con una empleada negra de delantal, a un hombre leyendo el periódico mientras fumaba una pipa. A ellos, como a casi todo el mundo, les fascinaba fisgonear por las ventanas los interiores de las casas en el anochecer.

Conversaban animadamente; disponían de tiempo para hacerlo. Las mujeres iban adelante, una era más alta que la otra. De vez en cuando se tocaban el brazo o se miraban a la cara y reían. Mujeres. De qué conversarían. De pronto se detuvieron, dijeron algo y soltaron una carcajada, mirando hacia atrás. Hacia ellos.

El aire estaba fresco y el sol ya apenas se reflejaba en lo alto de los edificios que iban oscureciéndose.

se. Vieron un hombre —después lo recordarían, como alto, delgado y vestido de negro— que caminaba acercándose. A medida que se aproximaba Marcos quizás imaginó algo, pero permaneció en silencio. Pero cuando el hombre pasó junto a ellos, le dijo a Gabriel:

—Qué parecido ese tipo a Paul Auster. ¿No será él?

—No creo.

—Pero mirá que es parecido.

—Es cierto, sí. Y sé que vive por aquí cerca.

—Sí, yo también lo leí.

—¿Quién? —dijeron a un tiempo las mujeres

—Auster, dijo Marcos —El de *Ciudad de cristal*.

—El de la película *Cigarros* —agregó Gabriel.

—Ah —dijeron ellas. —Muy guapo, dijo Cata. —Me parece fantástico, dijo Quecha.

Siguieron unos pasos. Marcos miró hacia atrás y vio que el hombre se había detenido y anotaba algo en un cuaderno de tapas rojas, mientras escudriñaba en un jardín que había entre dos edificios

—Gabriel, me voy a sacar las dudas. Acompañame a hablar con él.

Fueron hacia él y en un momento Marcos pensó en echarse atrás, pero se acercó y le preguntó:

—Perdón, señor. ¿Es usted Paul Auster?

El hombre que estaba concentrado escribiendo tuvo un gesto de impaciencia, cerró el cuaderno y se retiró unos pasos hacia la reja del jardín.

—Es él —dijo Marcos.

—Es cierto —dijo Gabriel— pero hay que respetarlo, no quiere conversar.

—Está bien. Pero, al menos, quisiera contarle que vos lo mencionas en tu libro. Y eso es bien raro, casi

un homenaje, que un novelista sea citado en un libro de sociología.

Se acercó a Auster y se lo contó. Y le dio algunos detalles. Al principio la expresión de Auster fue de sorpresa o de que no comprendía del todo el asunto. Pero luego comenzó a sonreír, aunque con cierta incomodidad.

—Así que son de Argentina —dijo Auster. Yo conozco México. Les dió un apretón de manos a cada uno y se alejó.

El domingo amaneció soleado. Un día especial para pasear. Había llovido toda la noche, pero ahora el sol iluminaba el departamento. Por una ventana se veían las hojas húmedas del jardín interior. Era pequeño y algo descuidado, pero instalaba un espacio de frescura y placidez en medio del edificio. Había un banco pintado de blanco bajo un viejo arce, manchones de césped y matas de flores: prímulas, cardenales y pe-tunias. También una pequeña fuente de piedra con un león por cuyas fauces caía un hilo de agua.

A menudo discutían sobre muchas cosas, entre otras, acerca de los lugares a visitar. Pero esta vez no lo hicieron, habían acordado en ir a escuchar góspel en Harlem. Cargaron la filmadora, la máquina de fotos y las libretas de apuntes. Ella levantó la mano y buscó sus lentes entre la mata de pelo. Él se tocó el bolsillo de la camisa, comprobando que tenía la lapicera, el encendedor y los cigarrillos. Cerraron la puerta y salieron. Él se acordó de algo y volvió a poner unas latas de cerveza en el refrigerador. En la salida se toparon con Shaen que charlaba con una pareja. "Son conna-



cionales suyos", dijo presentándolos. Saludaron a un hombre de traje y corbata que había sido decano de la Facultad de Arquitectura de la UBA y a su esposa psicóloga. Ibarlucía, se llamaban.

Esa mañana en Central Park se celebraba una gran reunión con motivo del día del SIDA. Sintieron el rumor de la multitud. Por un momento pensaron en cambiar de planes e incorporarse a la reunión, pero desecharon la idea. Tomaron el bus 107 hacia Harlem e introdujeron las tarjetas Metrocard en una máquina junto al chofer (negro, naturalmente).

Ella le hizo una pregunta a una pasajera y se pusieron a conversar. Era una señora de unos setenta años. Al principio les resultaba difícil, pero luego aprendieron a calcular la edad de la gente de color. También aprendieron que los afroamericanos tomaban en serio los días domingo, poniéndose las mejores galas, vistiéndose con una elegancia casi exuberante. La señora lucía un amplio vestido rosa que era una especie de túnica y llevaba un vistoso sombrero en el mismo tono. Cuando Quecha le contó que iban a Abissinian Church, sonrió y le dijo que ella también.

Bajaron juntos y caminaron varias cuadras hacia el templo. La señora vivía en New Jersey, pero hasta que se casó siempre había vivido en Harlem. También les contó que era viuda y tenía hijos y nietos, pero que ahora vivía con una hermana, las dos solas. Hace veintiséis años que iba todos los domingos al templo.

Al llegar a la iglesia se encontraron con una fila de cerca de cien metros con turistas que pretendían ingresar. La señora les había dicho que creía tener

algunos privilegios como antigua feligresa y que trataría de hacerlos entrar con ella, pero sus gestiones resultaron inútiles. Peleó y discutió, pero fue en vano. Despidieron con afecto a la señora y fueron a hacer la cola. Pero ésta era tan larga y se desplazaba tan lentamente que pensaron que podían pasar el día entero ahí, por lo que decidieron buscar una iglesia en la que hubiera menos gente. Tenían un plano con las ubicaciones de los templos de Harlem. Marcharon al más cercano. Al entrar, advirtieron que casi toda la concurrencia eran mujeres vestidas enteramente de blanco, con cofias y zapatos blancos. Parecían enfermeras y se desplazaban en fila, yendo y viniendo a lo largo del templo. Casi no se escuchaba música. Colocaron una pequeña contribución en unos sobres y salieron.

Estuvieron dando vueltas, sin decidirse a dónde ir, hasta que pararon a un hombre, le dijeron lo que andaban buscando y le preguntaron si conocía algún lugar. Luego de aclararles que él no era creyente, les dio sin embargo una dirección. Les pareció emocionante que quedara en la calle Malcom X.

Al llegar, la apariencia no los convenció. El frente del local era intrascendente, no parecía una iglesia y solo un pequeño cartel con el nombre del culto lo diferenciaba de los edificios comerciales de la cuadra. Empujaron la puerta de entrada y les llegaron unos acordes lentos y sincopados. Cuando pasaron las puertas interiores la música ya era potente, nítida, resonando por todos lados. Marcos comenzó a sentir que la adrenalina le recorría el cuerpo. Tocó el brazo de Quecha, y percibió un temblor.

El recinto de la African Church era como un teatro en semicírculo. Adelante, en el medio, estaba el pastor, un hombre joven, apoyado en el atril. A su lado, tocaba una pequeña banda de baterista, teclado y bajo. Detrás, en un desnivel, una mujer ejecutaba un pequeño órgano. En ambos costados, tras unas balaustradas, se ubicaban los coros. A la izquierda, el de niños, alrededor de treinta chicos. A la derecha, el coro de adultos, los hombres con vestiduras negras y las mujeres con capas verdes.

En los templos de Harlem era usual que los turistas se ubicaran en el piso superior. Desde arriba se apreciaba muy bien el espectáculo, pero no se participaba del culto. Casi sin darse cuenta, Quecha y Marcos fueron quedándose abajo, y se sentaron entre los feligreses habituales.

Había parejas jóvenes con sus hijos. Una esbelta madre se hamacaba suavemente al compás de la música, con un niño entre los brazos. En el respaldo de las bancas estaban colocados misales y carpetas con las letras de los cantos. Las examinaron con interés. Marcos separó una, para llevársela.

Sobre el muro del fondo, ocupando todo el ancho del local, una inscripción decía: *La verdad de Cristo nos hará libres - African Church of Harlem*. En letras pequeñas estaba la dirección del sitio web de la iglesia.

El oficio comenzó y unos suaves acordes del armonio acompañaron las primeras palabras del pastor. Luego una mujer tomó un micrófono y comentó algunas novedades de la comunidad. A continuación, comenzaron los testimonios. Sucesivamente, dos jóvenes y un anciano contaron cómo se acercaron a la

iglesia y cuanto benefició sus vidas el encuentro con el templo. La mujer que hacía las veces de pastora, dirigiéndose a Quecha y Marcos, les instó a que dieran también su testimonio. Al principio no supieron qué hacer, pero ante la insistencia amable de las personas que estaban sentadas junto a ellos, Quecha se paró y dijo que eran de Argentina y querían conocer el templo. Sonaron aplausos.

Luego el pastor tomó el micrófono y alzó la voz agradeciendo a Dios las nuevas conversiones. Estallaron *aleluyas*, imprecaciones y gritos de *Thank You God*. Los coros comenzaron a cantar negro spiritual y góspel. Varias personas se levantaron de sus asientos y elevaron los brazos, acompañando con el cuerpo la vibración ondulante de los cantos. Quecha y Marcos miraban con asombro hacia todos lados. La música se dispersaba en el aire y penetraba en los cuerpos. En un momento Marcos se paró y se unió al clímax colectivo, al principio apenas moviendo las piernas, pero poco a poco fue dejándose llevar hacia lugares olvidados de su corazón.

Después dijeron que esa experiencia en Harlem fue tan intensa que justificaría un regreso a Nueva York. Aunque también vivieron otras que en su momento les parecieron memorables. Como la visita al bar Chumley, encontrándose con los recuerdos y las fotos de tantos escritores, o los Martinis que tomaron en el Waldorf, o la copiosa, emotiva y prolongada cena en un restaurante egipcio de la avenida Steinway, en Queens, con sociólogos argentinos y sus esposas.

A medida que el tiempo pasaba se sentían cada vez mejor y más instalados en la ciudad. De todas las ciudades que conocían era donde les gustaría vivir. No solo les fascina la diversidad de mundos que había en ella, sino que comenzaron a sentir la placidez de estar sin hacer nada, de quedarse en el departamento leyendo o conversando. El mero placer de sentirse en Nueva York.

Pero ya se acercaba el momento de emprender el regreso.

## II

Un lunes por la mañana miraron por última vez el departamento. Tomaron las maletas que había preparado la noche anterior y descendieron por la escalera. Fueron necesarios dos viajes. Abajo los esperaba Mr. Shalen; le entregaron las llaves, se despidieron y salieron a la calle. Corría un aire frío y por momentos asomaba el sol. Los taxis que circulaban estaban ocupados.

—No conseguimos taxis. Parece que Nueva York no quiere que nos vayamos —dijo Quecha.

Esperaron unos minutos y luego él supuso que quizás sería más fácil conseguir un vehículo libre en Columbus Avenue.

Ella quedó cuidando las maletas y él fue hacia la esquina, cruzándose con unas señoras que paseaban sus perros y una muchacha que salía de su casa con una pila de libros. En la avenida había mucho tráfico. Pasaron varios taxis con pasajeros, pero seguramente

ya llegaría uno libre, además en la esquina era la única persona que los esperaba. Pero se puso a su lado una mujer enyesada y con muletas que comenzó a levantar la mano. Se detuvo un vehículo, bajó un pasajero y la mujer lo tomó. No quiso discutir. Pasaron diez o quince minutos, casi una eternidad y finalmente paró un taxi. Lo tomó y le indicó al conductor que girara a la izquierda por la calle 68.

Cuando llegaron, las valijas estaban acomodadas en la vereda, pero ella no estaba. Él imaginó que estaría conversando con Mr. Shaen o que tal vez habría subido al departamento a recoger algo olvidado. "Está bien —pensó— esto no es la Argentina, pero no se pueden dejar abandonadas las maletas en la calle, ni aún en el Nueva York de Rudolph Giuliani".

Ayudó al taxista a poner las maletas en el baúl. Para tranquilizarse, encendió un cigarrillo y se apoyó en el auto. Pero luego entró al edificio y tocó el timbre de Shaen. Él no la había visto. Subió al departamento, pero tampoco estaba allí.

"Dios mío, qué es lo que pasa". Bajó y en la vereda estaba Shaen conversando con el taxista. Ambos lo observaron en silencio.

El tiempo pasaba. "Dios mío, perderemos el avión". Vio que Shaen le hablaba a un vecino que se acercó. Al rato ya se había reunido una pequeña multitud de miradas curiosas que pretendían ser solidarias. Alcanzó a escuchar que alguien decía: "Estas cosas pasan en Manhattan".

Tuvo conciencia de la gravedad del asunto cuando decidió bajar las maletas del auto y decirle al taxista que se

marchara. Permaneció ¿cerca de una hora? en la vereda, mirando hacia un lado y otro de la calle, sin entender, haciéndose preguntas. Su ánimo pasó de la preocupación frenética al desasosiego y luego casi a la resignación. Quiso poner un nombre a lo que estaba sucediendo, pero no pudo encontrar la palabra adecuada.

En un momento alentó la esperanza que ella hubiese ido por su cuenta al aeropuerto. Llamó por teléfono a la compañía, pero no tenían noticias. Les avisó que postergaban el vuelo.

—Viajaremos más adelante —se escuchó decir con un hilo de voz.

Tenía que quedarse a esperarla, a buscarla en esa ciudad infinita. Para colmo Shaen no tenía ningún departamento libre, el que ellos ocuparon ya estaba reservado. Uno de los vecinos que estaba en la vereda le informó de un hotel cercano, The Milburn, en la calle 76 oeste y allí fue a dejar el equipaje.

Luego regresó a instalarse en la entrada del edificio de Shaen. Le pareció que algunas de las personas que pasaban ya estaban advertidas y miraban con disimulo hacia el lugar. Un hombre cruzó la calle y se acercó.

—Sé lo que le pasó, amigo.

—¿A qué se refiere?

—Bueno, a lo de su esposa.

—¿Y cómo lo supo?

—Me lo dijo el portero de mi edificio, ahí al frente, al lado del colegio.

Marcos estaba tenso y con pocas ganas de conversar, pero la expresión del hombre le pareció amigable. Era de unos sesenta años, bajo y robusto, tenía una gorra y bigotazos entrecanos.

—¿Qué piensa hacer? —le preguntó.

—No sé, esperar...

—Está bien ¿pero ya avisó a la policía?

—Todavía no. ¿Dónde queda la comisaría de este barrio?

—Hay un precinto a unas cuadras de aquí, en Amsterdam y la calle 73, si quiere lo acompaño. Vamos, hombre. Arriba ese ánimo. Me llamo John Smykla —le dijo, extendiéndole la mano.

Marcos fue avisarle a Shaen del hotel donde ahora se alojaba y a pedirle que le informara ahí de cualquier novedad.

Mientras Marcos y Smykla iban hacia la estación de policía cruzaron algunas palabras. Smykla vivía solo. Su esposa, con la que estuvo casado cinco años y "separado veinte", ya había muerto y tenía dos hijas que vivían en California. Había tenido una vida bastante monótona: hasta que se retiró, tres años atrás, siempre había vivido en Pittsburg, trabajando en establecimientos siderúrgicos.

—Qué raro, no. Pensaba que la gente de este país cambiaba muchas veces de residencia y de ocupación —dijo Marcos.

—Y es así. Lo que pasa es que me casé muy joven. Pero ya lo ve, cuando me fue posible vine a Nueva York, porque siempre quise vivir en esta ciudad.

Llegaron a un edificio gris, con dos globos de luces encendidas en la entrada. Al frente estaban tres patrulleros con las letras NYPD en sus puertas, y por las ventanillas abiertas se escuchaban las voces y los ruidos de las comunicaciones policiales.

Subieron unos escalones, pasaron un pasillo, e in-



gresaron a la sala de recibo de la comisaría. En una fila de asientos junto a la pared, estaban sentadas varias personas que levantaron la vista cuando los vieron entrar. En los muros había carteles con anuncios y pedidos de captura. Se dirigieron a un mostrador donde un policía negro conversaba a los gritos por teléfono. Terminó de hablar y les preguntó qué querían.

—Vengo a denunciar una desaparición —dijo Marcos.

—Perdón, no lo entiendo.

—Mi esposa. No aparece —dijo Marcos, comenzando a inquietarse por su módico inglés.

—Ellos pensaban regresar hoy a la Argentina y la esposa del señor desapareció —intervino Smykla.

—Ah, es un código 29... Esperen un momento y los atenderán —Con un movimiento de cabeza les señaló la fila de asientos.

Se sentaron y se pusieron a conversar. Pasó el tiempo, mientras charlaban de sus vidas; hablando de trabajos, de mujeres y de hijos. Pero en cierto momento, Marcos le dijo a Smykla que le agradecía mucho su ayuda, pero que no deseaba molestarlo más, que continuara con sus cosas. Smykla, con gentileza, al principio protestó, pero luego se dispuso a partir, diciéndole que no dudara en llamarle si necesitaba ayuda o simplemente compañía.

Al rato apareció un tipo con campera de cuero, de unos treinta y cinco años, pelo negro y estatura mediana. Miró a la gente sentada y se acercó.

—¿Usted es el señor de Argentina?

—Sí, soy yo —le dijo Marcos sorprendido, porque esperaba encontrarse con alguien vestido con el uniforme azul de la policía.

—Soy el teniente Castañeda y hablo español —le dijo. Acompañeme, por favor.

Lo tomó del brazo y lo condujo hasta una puerta que se abrió a un ruidoso recinto lleno de escritorios. Había hombres y mujeres, algunos de ellos de uniforme, frente a computadoras, conversando, hablando por teléfono. Hacia el fondo se veían unos boxes vidriados.

Señaló uno de los escritorios y le dijo:

—Esta es mi "oficina", siéntese por favor. ¿Un café?

—Gracias. ¿Puedo fumar?

—Aquí se puede. Cuénteme que pasó.

—Vinimos de Argentina con mi esposa por unas semanas a Nueva York. Por asuntos académicos, pero sobre todo a pasear. Hoy debíamos regresar, pero mi mujer desapareció.

—¿Qué asuntos académicos?

—Por varias cosas. Por una reunión de sociología en la SUNY, para trabajar en bibliotecas buscando información sobre un tema que estoy escribiendo, y también para obtener datos de estudios de postgrado para mi hijo.

El teniente fue hacia una máquina de la que volvió con dos vasos de cartón con café. Le dio uno a Marcos, bebió un sorbo y se puso a hacer unas anotaciones.

—¿Usted a qué se dedica?

—Soy profesor de sociología. Trabajo en una universidad.

—¿Tiene una foto de su mujer? Además, anóteme sus datos personales.

Marcos les pasó unas fotos. El teniente las observó largamente. Después miró a Marcos, como si lo hicie-

ra por primera vez. Volvió a mirar los retratos, entre-  
cerrando los ojos, escudriñándolos. De un cajón del  
escritorio extrajo una carpeta y pegó dos de las fotos.

—Dígame cómo se llevaba con su mujer. ¿Algo le  
hizo pensar que pasaría lo que pasó? Si quiere que lo  
ayudemos tiene que ser sincero. ¿Cómo se llevaban  
ustedes? Cuénteme de discusiones o peleas recientes.

—Nos llevábamos bien —dijo Marcos, casi conven-  
cido. Teníamos las peleas de cualquier pareja normal.

Le contó algunos detalles de lo que quiso presen-  
tar, o imaginaba, como una armoniosa vida conyugal.  
Le habló de su trabajo en la universidad. Y de la vida  
de ella: su espíritu sonriente y positivo, su sensibili-  
dad, sus condiciones para el dibujo y la pintura. De  
cómo se conocieron, de los seis años sin verse, es-  
cribiéndose cartas. Mencionó los viajes que hicieron  
juntos y de las ganas que ella tenía de venir a Nueva  
York. Le informó de los lugares por donde anduvie-  
ron, de los recorridos por Manhattan, pero también  
por Brooklyn y Queens. Además, le contó de la gente  
con la que se vieron.

De vez en cuando el teniente apuntaba algo en su  
libreta. Marcos pensó que también estaba graban-  
do lo que él decía, por las miradas que dirigía hacia  
algo situado detrás de una pila de carpetas sobre el  
escritorio.

—Muy bien —dijo el teniente, consultando su reloj.  
Daremos aviso de la desaparición de su mujer y haré  
algunas averiguaciones. Ahora vaya a descansar y ma-  
ñana en la tarde me llama por teléfono.

Le entregó su tarjeta y se levantó acompañándolo  
hacia la salida.

Ya había llegado la noche. Marcos miró hacia ambos lados de la calle, tratando de ubicarse. Fue hasta una esquina y comenzó a caminar lentamente en dirección al hotel. Cuando pasaba frente a un bar o un restaurante miraba hacia adentro, quizás esperando descubrir una mujer sola sentada en una mesa. Al llegar al hotel, se detuvo y no entró. Quería pasar de nuevo frente al departamento de la calle 68. Fue hacia allí; la calle estaba desierta. Después fue hasta Harry's Burritos: bajó al bar, subió a los dos niveles superiores, saludó al mozo que siempre los atendía y le preguntó si la había visto. Luego salió y se paró en la esquina. Permaneció largo tiempo casi con los ojos cerrados, sintiendo su respiración.

Una lluvia gruesa que comenzó a caer lo sacó del ensimismamiento y decidió marchar al hotel. Pero antes entró en una tienda de licores y compró una petaca de whisky, porque no quiso llevar una botella de un litro.

Cuando estuvo en la pieza vio las maletas y no hizo ningún intento de abrirlas. No entendía nada. Se sentó en la cama a tratar de pensar. No pudo. En un vaso puso unos hielos que sacó de la nevera y vertió un chorro del whisky. Con el vaso en la mano se instaló en una esquina del cuarto. Apagó las luces y solo dejó encendida la lámpara de la mesita. Prendió un cigarro y trató de serenarse. Estaba viviendo algo increíble y no sabía qué hacer. Además, en algún momento tendría que hablar a Argentina para explicar la demora en regresar. No imaginaba qué pretexto podría poner.

Bebió dos vasos más, hasta que se terminó la pequeña botella. Lamentó no haber comprado una más

grande. Sin quitarse la ropa se tendió en la cama y cruzó los brazos tras la cabeza. Cerró los ojos, con la esperanza de que al despertar todo se hubiera tratado solo de un mal sueño.

Cuando despertó en la mañana, abrió una maleta y acomodó algo de ropa en el placard. Se duchó y bajó a tomar café en un Starbuck cercano. Desde un teléfono público llamó a su padre y luego a la madre de Quecha: les dijo que habían decidido quedarse unos días más a pasear, que ya les avisaría cuando regresaban.

Debía poner en claro sus ideas. Y la única manera de reflexionar que conocía era escribiendo, poniendo las ideas en un papel. Con ese propósito volvió al hotel. Porque quería fumar mientras escribiera y en ningún bar de los alrededores se permitía hacerlo.

Siempre que viajaba llevaba diversas cosas que necesitaría o, suponía, iba a necesitar. Una radio para escuchar las estaciones del lugar, una linterna delgada, unos pequeños prismáticos, lapiceras y algunos cuadernos. Eligió un cuaderno de tapas blandas y verdes, marca *Austral*. En él había planeado escribir una novela o una colección de poemas. Era un cuaderno sin líneas, como todos los que usaba.

Encendió un cigarrillo y contempló unos instantes la página en blanco. No sabía por dónde empezar. Pero la incertidumbre del comienzo no era una sensación extraña, siempre le pasaba. Aunque en este caso no se trataba de hacer literatura, sino de poner en orden las ideas. Un largo rato estuvo dudando. De pronto pensó que quizás le ayudaría ponerle un título

a lo que intentaba hacer, y arriba de la página anotó: *Dama desaparecida en Manhattan*.

Luego continuó escribiendo: "Siempre nos había gustado viajar. Lo hicimos varias veces, y era como regalos que nos prodigábamos...". Poco a poco, con vacilaciones, sin soltarse nunca a la espontaneidad, pero con persistencia, fue llenando algunas páginas.

Estuvo toda la mañana anotando detalles de los lugares a donde fueron y tratando de registrar todos los diálogos que mantuvieron, pensando que tal vez de alguno de ellos surgieran indicios que le sirvieran a él o al teniente Castañeda.

En la siesta fue al consulado argentino, a notificar lo que le había sucedido y a preguntar qué ayuda podían brindarle. Quizás porque se sentía desolado y perdido en la gran ciudad, lo reconfortó ver la bandera argentina flameando en un mástil de madera sobre la calle. Hasta miró con simpatía el retrato del presidente De la Rúa en el hall de entrada. Todo tenía un tono de familiaridad que necesitaba. El funcionario que lo atendió le pareció sinceramente interesado en ayudar: le hizo muchas preguntas y le ofreció utilizar el teléfono y el servicio de internet de la Embajada. Le dijo que no habían tenido casos similares al suyo, al menos desde que él estaba ahí, desde hacía dos años.

Cuando salió del consulado compró dos periódicos, el New York Times y el Post, y los leyó con detenimiento, buscando no sabía qué. Luego llamó a Castañeda al precinto. Le dijo que no había novedades, pero que al día siguiente fuera a verlo a las siete de la tarde.

También llamó a Gabriel y Cata para contarles lo que había pasado. Se impresionaron mucho. "Cómo, qué pasó, no puede ser. No, no es una broma, cómo se te ocurre, es increíble pero cierto". Le dijeron que fuera a verlos, o que ellos lo buscaban. Le ofrecieron alojarse en su casa. Les agradeció, pero no quería ir hasta Queens sino quedarse en el Upper West Side, en la zona que conocía, que creía conocer.

Al llegar la noche, en un puesto de la calle atendido por un muchacho negro que hablaba como un rapero y al que no le entendía una palabra, comió un hot dog y compró una lata de cerveza para llevar. El muchacho que llevaba una gorra de los *Knicks* lo despidió con una sonrisa y con un choque de palmas. Había visto a muchos jóvenes saludándose así. Caminó unos pasos, pero luego volvió y compró otra lata.

En el hotel no había ningún mensaje para él. Entró a su cuarto y por un momento esperó encontrarse con un mensaje colocado por debajo de la puerta, pero no había nada. Fue al baño, se lavó la cara y puso la cabeza bajo el chorro de agua fría. Se quitó la ropa, se puso las alpargatas y se sentó en la mesa: eran los mismos rituales de Santiago del Estero. Pero al mirar por la ventana no veía el resplandor morado de la santa rita, ni estaba Charlie para enroscarse a su lado. La pieza estaba en el piso séptimo y daba a la calle. Llovía y se sentían los autos desplazarse sobre el pavimento mojado. De tanto en tanto, se escuchaban lejanos sonidos de sirenas.

Hizo algunos ejercicios de relajación; aspiró y exhaló el aire tres veces, lentamente. Suponía que en

eso consistía la respiración profunda, una suerte de yoga express. Abrió el cuaderno de tapas verdes y miró lo que había escrito hasta entonces.

Necesitaba reflexionar y no podía pensar en silencio, ni tampoco en voz alta. Solo podía hacerlo, intentar hacerlo, escribiendo: colocando marcas, huellas, poniendo señales para que no se disiparan sus ideas. Estaba convencido que acontecía así, porque él carecía en verdad de vida profunda, de capacidad de interiorización.

Se puso a escribir y anotó: "Solo hay dos posibilidades: ella desapareció o fue secuestrada". En el primer caso la víctima era él, en el segundo caso las víctimas eran ellos dos. Es decir que en el primer caso la culpable era ella y en el segundo caso eran los otros. (Esta reflexión le pareció tan egoísta que no la anotó, mejor dicho, la escribió pero enseguida la tachó).

Quizás porque era sociólogo (tal vez por eso, aunque él no lo hubiera reconocido), Marcos estaba poseído por una suerte de ímpetu positivista que a menudo lo llevaba a razonar por medio de esquemas. De tal forma, le pareció lo más natural del mundo discriminar tres ámbitos, avanzar en su intento de reflexión mediante la escritura, diferenciando tres campos de problemas. Uno se llamaría "desaparición", otro "secuestro" y el tercero "tareas a realizar". Cada casillero lo iría llenando meticulosamente.

Puso manos a la obra y al principio se dedicó al segundo rubro, al secuestro, porque le parecía la explicación más plausible. Además, de entrada, lo eximía a él de toda responsabilidad o culpa.



Suponiendo que se tratara efectivamente de un secuestro, pensó, debía hacer una lista de potenciales culpables. No se le ocurría nada consistente, pero de todos modos anotó una serie de nombres, de la que excluyó, obviamente, a sus amigos. Y aunque le pareció ridículo, sí incluyó a Mr. Shaen, a los miembros de la iglesia africana, a los mozos de los bares por donde anduvieron, a un chofer de taxi paquistaní con el que discutieron, a una empleada de Bergdorf-Goodman, a la mafia argentina (¿había, acaso, una mafia de argentinos en Nueva York?).

Además, debía imaginar los motivos, las razones del secuestro. Enumeró probables causas: por dinero, por la locura de un psicópata, por venganza contra ella (de los fieles de la iglesia de Harlem, de un ex novio de ella, de una ex novia de él...). También podría tratarse de una venganza contra él, de los mismos responsables anteriores, o de miembros de alguna fracción de la Cuarta Internacional, o de un antiguo conocido de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA que encontró en la biblioteca de la SUNY en Stony Brook, o del mozo mexicano del Waldorf Astoria... Se dejó llevar por el vértigo y puso todo lo que se le vino a la cabeza.

Leyó lo que había escrito y le pareció una serie de desatinos. Abrió la última lata de cerveza. Hubiera necesitado una bebida más fuerte, que lo alentara a afrontar la otra hipótesis. La más turbadora, la de la desaparición: es decir, la decisión de ella de desaparecer. Enumerar las causas de un posible secuestro le había resultado casi un juego, con algo de macabro, pero juego al fin. En ese caso los responsables eran

ajenos, externos. En cambio, pensar en una desaparición voluntaria era meterse en un terreno enigmático y, al mismo tiempo, doloroso. Pero había que afrontarlo. ¿Por qué desapareció, por qué se fue? Hizo mentalmente una lista de razones y luego las anotó en el casillero correspondiente. Entre ellas, estaban las siguientes: necesidad de encontrarse consigo misma, ganas de emprender una nueva vida, hartazgo del matrimonio, odio a Santiago del Estero y su vida aldeana, regreso de incógnito hacia Chile...

Después de permanecer largo tiempo abrumado por la incertidumbre, lo tranquilizó advertir que también podía formular una explicación alternativa, en la que no hubiese culpables ajenos ni propios, sino una manifestación de los puros efectos del azar, de la causalidad: un accidente, amnesia, extravío... Era una hipótesis a tener en cuenta, se dijo.

No podía quedarse sentado en la mesa de un bar o tendido en la cama del hotel divagando o esperando que le llegaran noticias. Al principio, muchos días estuvo así, pero después decidió salir a buscarla por la ciudad.

Recorrió los lugares por donde anduvieron juntos. Fue al Museo Metropolitano, al Lincoln Center. Regresó a Chumley y a Wall Street. Anduvo por las calles de Brooklyn Heights. Pasaba muchas tardes caminando por Central Park: se sentaba en un banco, prendía un cigarro y miraba a lo lejos.

En todos los sitios buscaba rastros de ella y a veces creía percibir algo así como un aire, una brizna detenida de su presencia, como si se tratara de la persistencia de un perfume.

También la buscó en la mirada de las personas que la conocieron, o que la vieron en algún momento. Preguntó a mucha gente. A todos mostraba su retrato. La señora negra del sombrero vistoso del templo de Harlem no quiso hablar. El egipcio del restaurante de Queens dijo que no la recordaba. Pero el mozo mexicano del Waldorf, con el que habían charlado sobre las maneras de preparar el Martini seco, lo sorprendió contándole que la había visto. Marcos, ansiosamente, le pidió mayores detalles, pero le dijo que solo la había visto pasar.

Estuvo varias veces con sus amigos. Fueron gentiles y solidarios. Los hombres —Gabriel, Mark y Claudio—, los tres argentinos y sociólogos, conversaron largamente con él, lo consolaron, le dieron ánimo y cuando lo sentían desfallecer lo abrazaban con algo de torpeza, como es la ternura masculina, porque lo sentían víctima de la fatalidad. Las mujeres —Cata, Dolores y Maru— también lo consolaron, pero no sabía por qué, luego de hablar con ellas, sentía como si le hubieran dejado sembradas algunas semillas de inquietud, el malestar de algún tipo de culpa. Primero fue una de ellas, Maru, la que era fotógrafa (pero después también Cata) quien le dijo: “Está bien que la busques por la ciudad, pero también búscala dentro de ti mismo”. Otra vez, le dijeron algo que no entendió del todo, pero que se refería a “escucharla a ella”.

Anotó en el cuaderno: “mis amigos valoran la hipótesis del secuestro, en cambio sus mujeres parecerían creer en la posibilidad de una desaparición”.

Sin embargo, las mujeres lo ayudaron. Maru lo llevó a visitar a una mentalista mexicana del Bronx. Él

fue con un chal y una gorra de lana de ella. La pitonisa tomó las prendas y, cerrando los ojos, expresó unas cosas incomprensibles. Pero también les comunicó que ella estaba viva, que sentía sus latidos en cada una de las prendas.

Con el teniente Castañeda se comunicaba de vez en cuando. Le dijo que estaban haciendo todo lo que podían, que habían difundido los datos y la foto de Quecha por todos lados. También habían hecho averiguaciones en hospitales e, inclusive, en la morgue. Escuchó esta palabra con inquietud.

En muchas ocasiones inspeccionó con detenimiento, hasta casi aprenderse de memoria, todas las anotaciones que ella había escrito, tanto en su libreta como en papelitos aislados. A veces, creía encontrar una frase premonitoria, algo así como una advertencia velada, pero cuando la releía nuevamente no lograba penetrar un sentido oculto.

Lo mismo le pasó cuando hizo revelar las fotos y las películas que ella había tomado. Las examinó muchísimas veces, pero no pudo, o no supo, encontrar nada.

Cuando ya no sabía cuántos días, semanas o meses habían pasado, una mañana suena el teléfono. De Chile le habla Luz María, una de las hermanas de ella.

—Marcos, ¿cómo estás? Te cuento algo increíble. Me llegó una carta, creo que es de Quecha para ti. ¿Quieres que te la envíe, o que la abra y te la lea?

—Léemela, por favor.

## RECONOCIMIENTOS

Este libro, como entidad, como producto, se lo debo plenamente a Pablo De Santis. Cuando me atreví a enviarle un puñado de relatos, los leyó y me dijo que debía reunirlos en un volumen y publicarlos. Yo tenía dudas; él las disipó. Para terminar de convencerme, escribió el prólogo. Entonces todo se convirtió en irremediable. Y he aquí el libro.

Va a ser, sin duda, mi publicación postrera, pero gracias a Edunse no será póstuma.

De amistades y colegas de las ciencias sociales que conocieron estos textos recibí su estímulo: Hebe Vesuri, Catalina Wainerman, Juan Carlos Torre, Isidoro Cheresky, Gabriel Vommaro.

Como, para bien o para mal, siempre he llevado una doble vida entre la sociología y la literatura, menciono a quienes me ayudaron a comprender y asumir tal du-

plicidad: Gabriela Polit Dueñas, Lucía Álvarez, Luciana Strauss, Javier Auyero, Waldo Ansaldi, Hernán Maltz.

He contado con un atento y generoso lector en Pablo Tasso. De Jorge Raventos recibí atinadas sugerencias en materia de edición.

*In Memoriam.* En esta lista de agradecimientos he mencionado tan solo a coetáneos; para ser justo debería extenderla hacia atrás. Algunos de estos relatos, cuando estaban esbozados o en ciernes fueron alentados por Floreal Forni, Miguel Murmis, José Andrés Rivas, Eduardo Archetti y Roberto Benencia. Desde donde ahora ellos estén, espero su condescendencia.







## ÍNDICE

El poeta y los detectives por Pablo De Santis.....	9
Vidas ajenas .....	13
Lectura de un prontuario.....	29
Dinero de otro mundo .....	45
Tenemos que hablar .....	79
Suspiras, Irene .....	97
El misterio de la estancia El algarrobo.....	105
Ella no quería ir al cine sola .....	127
La doble muerte de un chileno en Buenos Aires .	139
Dama desaparecida en Manhattan.....	157
Reconocimientos .....	189





Este libro se diagramó en **EDUNSE** y se terminó de imprimir  
en Xanto conceptos gráficos, Rosario, Argentina.  
Septiembre, 2025



LITERATURAS

Hay un impulso narrativo en los poemas de Zurita (recogidos, por ejemplo, en su libro *A falta de otra cosa*) y un momento poético en sus cuentos policiales, porque a menudo la verdad (alguien resuelve un enigma, o alguien asiste de pronto a la revelación de su propio destino) aparece como suele mostrarse la poesía en los poemas: como un relámpago. Una luz que sabemos que va a llegar, pero que siempre nos resulta inesperada.

Pablo De Santis

ISBN 978-987-4456-54-0



9 789874 445654 0



**UNSE**  
Universidad Nacional  
de Santiago del Estero